



Guy de Maupassant

Selección de Cuentos

II

Índice

El asesino	4
El asunto de madame Luneau	15
La aventura de Walter Schnaffs	26
Una aventura parisiense	45
Un bandido corso	61
La baronesa	70
El barrilito	80
El bautismo (I)	93
El bautismo (II)	105
La becada	116
Las becas	122
La belleza inútil	139
I	139
II	154
III	160
IV	176
Berta	185
El beso	206
El bicho de Belhomme	217
El bigote	235
Blanco y azul	245
Boitelle	266
Bola de sebo	

El asesino

El culpable era defendido por un jovencísimo abogado, un novato que habló así:

—Los hechos son innegables, señores del jurado. Mi cliente, un hombre honesto, un empleado irreprochable, bondadoso y tímido, ha asesinado a su patrón en un arrebato de cólera que resulta incomprensible. ¿Me permiten ustedes hacer una sicología de este crimen, si puedo hablar así, sin atenuar nada, sin excusar nada? Después ustedes juzgarán. Jean-Nicolas Lougère es hijo de personas muy honorables que hicieron de él un hombre simple y respetuoso. Este es su crimen: ¡el respeto! Este es un sentimiento, señores, que nosotros hoy ya no conocemos, del que únicamente parece quedar todavía el nombre, y cuya fuerza ha desaparecido. Es necesario entrar en determinadas familias antiguas y modestas, para encontrar esta tradición severa, esta devoción a la cosa o al hombre, al sentimiento o a la creencia revestida de un carácter sagrado, esta fe que no soporta ni la duda ni la sonrisa ni el roce de la sospecha. No se puede ser un hombre honesto, un hombre honesto de verdad, con toda la fuerza que este término implica, si no se es respetuoso. El hombre que respeta con los ojos cerrados, cree. Nosotros, con nuestros ojos muy abiertos sobre el mundo, que vivimos aquí, en este palacio de justicia que es la cloaca de la sociedad, donde vienen a parar todas las infamias, nosotros que somos los confidentes de todas las vergüenzas, los defensores consagrados de todas las miserias humanas, el sostén, por no decir los defensores de todos los bribones y de todos los desvergonzados, desde los príncipes hasta los vagabundos de los arrabales, nosotros que acogemos con indulgencia, con complacencia, con una benevolencia sonriente a todos los culpables para defenderlos delante de ustedes, nosotros que, si amamos verdaderamente nuestro oficio, armonizamos nuestra simpatía de abogado con la dimensión del crimen, nosotros ya no podemos tener el alma respetuosa. Vemos demasiado este río de

corrupción que fluye de los más poderosos a los últimos pordioseros, sabemos muy bien cómo ocurre todo, cómo todo se da, cómo todo se vende. Plazas, funciones, honores, brutalmente a cambio de un poco de oro, hábilmente a cambio de títulos y de lotes de reparto en las empresas industriales, o simplemente por un beso de mujer. Nuestro deber y nuestra profesión nos fuerzan a no ignorar nada, a desconfiar de todo el mundo, ya que todo el mundo es sospechoso, y quedamos sorprendidos cuando nos encontramos enfrente de un hombre que tiene, como el asesino sentado delante de ustedes, la religión del respeto tan arraigada como para llegar a convertirse en un mártir. Nosotros, señores, hacemos uso del honor igual que del aseo personal, por repugnancia a la bajeza, por un sentimiento de dignidad personal y de orgullo; pero no llevamos al fondo del corazón la fe ciega, innata, brutal, como este hombre.

Déjenme contarles su vida.

Fue educado, como se educaba antaño a los niños, dividiendo en dos clases todos los actos humanos: lo que está bien y lo que está mal. Se le enseñó el bien, con una autoridad tan irresistible, que se le hizo distinguir del mal como se distingue el día de la noche. Su padre no pertenecía a esa raza de espíritus superiores que, mirando desde lo alto, ven los orígenes de las creencias y reconocen las necesidades sociales de donde nacen estas distinciones.

Creció, pues, religioso y confiado, entusiasta e íntegro.

Con veintidós años se casó. Se le hizo casar con una prima, educada como él, sencilla como él, pura como él. Tuvo cierta suerte inestimable de tener por compañía una honesta mujer virtuosa, es decir, lo que hay de más escaso y respetable en el mundo.

Tenía hacia su madre la veneración que rodea a las madres en las familias patriarcales, el culto profundo que se reserva a las divinidades. Trasladó sobre su madre un poco de esta religión, apenas atenuada por las familiaridades conyugales. Y vivió en una ignorancia absoluta de la picardía, en un estado de rectitud obstinada y de tranquila

dicha que hizo de él un ser aparte. No engañando a nadie, no sospechaba que se le pudiera engañar a él.

Algún tiempo antes de su boda había entrado como contable en la empresa del señor Langlais, asesinado por él hace unos días.

Sabemos, señores del jurado, por los testimonios de la señora Langlais, de su hermano, el señor Perthuis, asociado de su marido, de toda la familia y de todos los empleados superiores de este banco, que Lougère fue un empleado modelo, ejemplo de probidad, de sumisión, de dulzura, de deferencia hacia sus jefes y ejemplo de regularidad.

Se le trataba, por otra parte, con la consideración merecida por su conducta ejemplar. Estaba acostumbrado a este respeto y a la especie de veneración manifestada a la señora Lougère, cuyo elogio estaba en boca de todos.

Unos días después, ella murió de unas fiebres tifoideas.

Él sintió seguramente un dolor profundo, pero un dolor frío y tranquilo en su corazón metódico. Sólo se vio en su palidez y en la alteración de sus rasgos hasta qué punto había sido herido.

Entonces, señores, ocurrió algo muy natural.

Este hombre estaba casado desde hacía diez años. Desde hacía diez años tenía la costumbre de sentir una mujer cerca de él, siempre. Estaba acostumbrado a sus cuidados, a esta voz familiar cuando uno llega a casa, al adiós de la tarde, a los buenos días de la mañana, a ese suave sonido del vestido, tan del gusto femenino, a esta caricia ora amorosa, ora maternal que alivia la existencia, a esta presencia amada que hace menos lento el transcurrir de las horas. Estaba también acostumbrado a la condescendencia material de la mesa, a todas las atenciones que no se notan y que se vuelven poco a poco indispensables. Ya no podía vivir solo. Entonces, para pasar las interminables tardes, cogió la costumbre de ir a sentarse una hora o dos a la cervecería vecina. Bebía un bock y se quedaba allí,

inmóvil, siguiendo con una mirada distraída las bolas de billar corriendo una detrás de la otra bajo el humo de las pipas, escuchando, sin pensar en ello, las disputas de los jugadores, las discusiones de los vecinos sobre política y las carcajadas que provocaban a veces una broma pesada al otro extremo de la sala. Acababa a menudo por quedarse dormido de lasitud y aburrimiento. Pero tenía en el fondo de su corazón y de sus entrañas, la necesidad irresistible de un corazón y de un cuerpo de mujer; y sin pensarlo, se fue aproximando, un poco cada tarde, al mostrador donde reinaba la cajera, una rubia pequeña, atraído hacia ella invenciblemente por tratarse de una mujer.

Pronto conversaron, y él cogió la costumbre, muy agradable, de pasar todas las tardes a su lado. Era graciosa y atenta como se tiene que ser en estos amables ambientes, y se divertía renovando su consumición lo más a menudo posible, lo cual beneficiaba al negocio. Pero cada día Lougère se ataba más a esta mujer que no conocía, de la que ignoraba toda su existencia y que quiso únicamente porque no veía otra. La muchacha, que era astuta, pronto se dio cuenta que podría sacar partido de este ingenuo y buscó cuál sería la mejor forma de explotarlo. Lo más seguro era casarse. A esta conclusión llegó sin remordimiento alguno.

Tengo que decirles, señores del jurado, que la conducta de esta chica era de lo más irregular y que la boda, lejos de poner freno a sus extravíos, pareció al contrario hacerla más desvergonzada.

Por juego natural de la astucia femenina, pareció cogerle gusto a engañar a este honesto hombre con todos los empleados de su despacho. Digo "con todos". Tenemos cartas, señores. Pronto se convirtió en un escándalo público, que únicamente el marido, como todo, ignoraba.

Al fin esta pícara, con un interés fácil de concebir, sedujo al hijo del mismísimo patrón, joven de diecinueve años, sobre cuyo espíritu y sentido tuvo pronto ella una influencia deplorable. El señor Langlais, que hasta ese

momento tenía los ojos cerrados por la bondad, por amistad hacia su empleado, sintió, viendo a su hijo entre las manos, — debería decir entre los brazos de esta peligrosa criatura— una cólera legítima. Cometió el error de llamar inmediatamente a Lougère y de hablarle impelido por su indignación paternal.

Ya no me queda, señores, más que leerles el relato del crimen, formulado por los labios del mismo moribundo y recogido por la instrucción:

"Acababa de saber que mi hijo había donado, la misma víspera, diez mil francos a esta mujer y mi cólera ha sido más fuerte que mi razón. Verdaderamente, nunca he sospechado de la honorabilidad de Lougère, pero ciertas cegueras son más peligrosas que auténticas faltas.

Le hice pues llamar a mi lado y le dije que me veía obligado a privarme de sus servicios. Él permanecía de pie delante de mí, azorado, sin comprender. Terminó por pedir explicaciones con cierta vivacidad.

Yo rechacé dárselas, afirmando que mis razones eran de naturaleza íntima. Él creyó entonces que yo tenía sospechas de su falta de delicadeza, y, muy pálido, me rogó, me requirió que me explicara. Convencido de esto, se mostró arrogante y se tomó el derecho de levantarme la voz.

Como yo seguía callado, me injurió, me insultó, llegó a tal grado de exasperación que yo temía que pasara a la acción.

Ahora bien, de repente, con una palabra hiriente que me llegó a pleno corazón, le dije toda la verdad a la cara.

Se quedó de pie algunos segundos, mirándome con ojos huraños; después le vi coger de su despacho las largas tijeras que utilizo para recortar el margen de algunos documentos; a continuación le vi caer sobre mí con el brazo levantado, y sentí entrar algo en mi garganta, encima del pecho, sin sentir ningún dolor."

He aquí, señores del jurado, el sencillo relato de su muerte. ¿Qué más se puede decir para su defensa? Él ha respetado a su segunda mujer con ceguera porque había respetado a la primera con la razón.

Después de una corta deliberación, el acusado fue absuelto.

Gil Blas, 1 de noviembre de 1887

El asunto de
madame Luneau

Le case de Madame Luneau

El juez de paz, hombre panzudo, con un ojo cerrado y el otro abierto apenas, oía de mala gana las declaraciones de los comparecientes, lanzando a veces una especie de gruñido que podía interpretarse como una opinión, y otras veces interrumpía para dirigir preguntas, con voz aguda, semejante a la de un chiquillo.

Acababa de juzgar la denuncia presentada por el señor Joly contra el señor Petitpás, con motivo de una divisoria entre dos campos que, arando y por descuido, rebasó un jornalero del señor Petitpás.

Y pasaron al juicio de conciliación entre Hipólito Lacour, sacristán y cacharrero, y la señora Luneau, Celeste Cesarina, viuda de Isidoro Luneau.

Hipólito Lacour era un hombre de cuarenta y cinco años; seco, larguirucho, con el pelo bastante largo, la cara completamente afeitada, como un cura; su voz era una especie de canturreo.

La señora Luneau, a juzgar por las apariencias, tendría cuarenta años; robusta, carnosa, retenía malamente sus protuberancias en las estrecheces de su ropa ceñida. La redondez enorme de sus caderas se acentuaba por delante con un vientre descomunal que sostenía las ubres gelatinosas, rematando por detrás en las nalgas, tan llamativas y oscilantes como sus pechos. Tenía el cuello ancho, las facciones muy acentuadas y la voz rotunda; una voz que al producirse hacía vibrar los cristales. Los testigos de descargo, aguardaban.

El juez de paz abordó el asunto:

—Hipólito Lacour, precise usted su queja.

El hombre expuso:

—Voy a ello, señor juez de paz, con su permiso. Hará por San Miguel nueve meses que la señora Luneau me aguardó una tarde, y al salir yo de la iglesia después de tocar el Angelus, me dijo que no había quedado nunca embarazada...

—Entre de lleno en el asunto, sin preámbulos.

—Así lo haré, señor juez de paz. Ella quería una criatura y me invitaba, ofreciéndome cien francos, a realizar sus deseos. Todo fue lo mejor posible. Ahora me niega lo que me prometió. Y vengo a reclamar los cien francos por justicia.

—Más claro. "Quería una criatura." ¿Cómo? ¿Adoptar una criatura?

—No, señor juez; una criatura... nueva.

—Y ¿a qué llama usted unacriatura nueva?

—Pues a una criatura que nace cuando yo hubiera hecho con la señora lo que hace un marido con su mujer.

—No salgo de mi asombro. ¿Qué ventajas tenía para ella ese ofrecimiento?

—Al principio me dejó también algo confuso; como no hago nunca nada sin fundamento, quise conocer las razones que tenía esta señora para pedirme aquel servicio, y supe que, habiendo muerto su marido, Isidoro Luneau, a quien todos tratamos ocho días antes, pasaban sus bienes a la familia por no tener descendencia. Era una contrariedad; y un picapleitos la instruyó de que los conservaría si tuviera un hijo antes de diez meses; es decir, si paría en el décimo mes, a partir de la muerte del hombre. Resolvió probar fortuna, y fue a buscarme al salir yo de la iglesia, eligiéndome acaso porque soy padre de ocho hijos robustos, al mayor de los cuales tengo ya colocado en Caen...

—Suprima detalles inútiles. Al hecho.

—Voy, señor juez de paz. Esta señora me dijo: "Si lo consigues te daré cien francos así que pueda certificar un médico mi situación." Yo hice cuanto supe, señor para no errar el golpe. Ahora me niega los cien francos. Me los niega siempre que se los pido y hasta me insulta llamándome impotente y embustero. Ahí está la prueba de todo lo contrario.

—Usted, señora Luneau, ¿tiene que alegar?

—Digo, señor juez —adujo la señora—, que Hipólito es un embustero.

—¿No hizo lo posible..., como asegura?

—Sí; pero no tuvo resultado.

—¿Puede usted probar su afirmación?

¿Tiene usted una prueba convincente?
—¿Una prueba? ¿Qué prueba? ¿Cómo voy a tener una prueba de que la criatura no es del sacristán?—exclamó, sofocándose—. Y, sin embargo, juraría por la cabeza de mi difunto marido, que no, que no, ¡y que no!
—¿De quién es?
—¿Lo sé acaso?—masculló rabiosamente—. Puede ser... de cualquiera. Pregunte a mis ocho testigos y ellos le contestarán...
—Cálmese, y responda tranquilamente.
¿Qué razones tiene usted para dudar que sea este hombre el padre de la criatura?
—¿Qué razones? ¡Ciento, señor juez!
¡Doscientas!, ¡mil!, ¡un millón! Porque después de haberle buscado, atendiendo a su numerosa familia, he sabido que su mujer se divierte con otros, y que los hijos de su mujer son de los amantes; ¡los ocho!, ¡del primero al último!
—Son habladurías —insinuó el sacristán con mucha calma.
—¿Que son habladurías?... ¿Habladurías?—vociferaba la señora Luneau—. Su mujer tiene tratos con todo el mundo. Interrogue a mis testigos y verá el señor juez si son habladurías.
—No son más que habladurías —insistió Hipólito sin perder la tranquilidad.
—Y los rubios, de ojos azules, ¿también son obra tuya, los rubios de ojos azules?
—No puedo permitir esas indagaciones —dijo el juez—, y si usted insiste, me verá obligado a multarla.
—Recelosa de su capacidad —continuó la viuda, más templada —y pensando que no estorban las precauciones, recurrí a Cesáreo, mi primer testigo, el cual se puso inmediatamente a mi disposición.
Divulgándose la noticia, tuve un centenar de pretendientes. Mi segundo testigo, Lucas Chandeller, me advirtió que no debía darle a Hipólito Lacour los cien francos, porque los otros hicieron tanto como él, sin reclamarme nada.
—Que no me los hubiera ofrecido —indicó el sacristán—. Yo los he ganado, señor juez.
—¡Cien francos! ¡Cien francos!—voceaba la señora Luneau—. ¡Cien francos por eso! Ninguno me ha pedido nada, y tú, ¡cien

francos! Míralos: ocho mocetones como castillos y ninguno me ha pedido nada. Pude tener ciento si quisiera, ¡ciento, doscientos, quinientos de balde!

—¡Aunque tuviese cien mil!

—¡Y cien mil!

—Yo hice lo que ofrecí... Lo demás no me importa; lo prometido es deuda.

—Bien; ¡pruébame que lo que traigo aquí es tuyo!—y al decir esto la viuda, se golpeaba el vientre con las dos manos—. ¡Pruébalo si puedes!

—Tal vez será mío, tal vez de otro —dijo el sacristán con mucha calma—. Lo cierto es que me prometió cien francos por mi parte, si resultaba. Si usted quiso asegurarse, recurriendo a otros, no es mía la culpa. El trato es trato; yo no pedí que me ayudasen; me bastaba solo.

—¡Mentira! ¡Embustero! ¡Ahora lo dirán mis testigos!

El juez de paz los interrogó. Eran ocho mocetones robustos y desgalichados.

—Lucas Chandeller, ¿tiene usted motivos para suponerse padre de la criatura que la señora Luneau lleva en el vientre?

—Sí, señor juez.

—Pedro Celestino Sidoin, ¿tiene usted motivos para suponerse padre de la criatura que la señora Luneau lleva en el vientre?

—Sí, señor juez.

Los restantes respondieron de igual modo a la misma pregunta. El juez de paz, habiendo meditado la sentencia, dictó:

"Considerando que,
si bien Hipólito Lacour
tiene motivos para
suponerse padre de la
criatura que solicitaba
la señora Luneau, los
llamados Lucas
Chandelier, etcétera,
etc., tienen idénticos
motivos para poder
atribuirse cada uno de
por sí la paternidad;
"Considerando que
la señora Luneau había
solicitado
primeramente los

auxilios de Hipólito
Lacour, prometiéndole
una indemnización de
cien francos, en el caso
de que resultasen
fecundas las
aproximaciones.

"Considerando que,
aun comprobada la
buena fe y el acierto de
Hipólito Lacour, no
podía encargarse del
asunto, por ser casado
y, por consiguiente,
hallándose por la ley
sujeto a fidelidad
legítima;

"Considerando,
además, etcétera,
etcétera.

"Considero a la
señora Luneau a pagar
veinticinco francos por
daños y perjuicios a
Hipólito Lacour,
indemnizándole de esta
manera del tiempo
empleado
indebidamente.

Gil Blas, 21 de agosto de 1883

La aventura de
Walter Schnaffs

L'aventure de Walter Schnaffs

Desde su entrada en Francia con el ejército
invasor, Walter Schnaffs se consideraba el
más desdichado de los hombres. Era gordo,
le costaba andar, respiraba con dificultad y le
dolían espantosamente los pies, que tenía
muy planos y gruesos. Amén de eso era
pacífico y bondadoso, nada magnánimo o
sanguinario, padre de cuatro hijos a los
cuales adoraba y casado con una joven rubia
cuyas ternuras, cuidados y besos echaba
desesperadamente de menos todas las
noches. Le gustaba levantarse tarde y
acostarse pronto, comer lentamente cosas
buenas y tomar cerveza en las cervecerías.
Pensaba además que todas las dulzuras de la
existencia desaparecen con la vida y
encerraba en su corazón un odio espantoso,

instintivo y racional al mismo tiempo, hacia los carones, los fusiles, los revólveres y los sables, pero sobre todo hacia las bayonetas, sintiéndose incapaz de manejar ágilmente esa arma rápida para defender su grueso vientre.

Cuando se acostaba en el suelo, llegada la noche, envuelto en su capote junto a sus camaradas que roncaban, pensaba largamente en los suyos, dejados allí lejos, y en los peligros que alfombraban su camino: «Si lo mataban, ¿qué sería de los niños? ¿Quién los alimentaría y los educaría? Incluso ahora no eran ricos, pese a las deudas que él había contraído al marchar para dejarles algún dinero.» Y Walter Schnaffs lloraba a veces.

Al comenzar una batalla sentía tal debilidad en las piernas que se habría dejado caer, si no hubiera pensado que el ejército entero pasaría sobre su cuerpo. El silbido de las balas le ponía los pelos de punta.

Desde hacía meses vivía así, aterrorizado y angustiado.

Su cuerpo de ejército avanzaba hacia Normandía, y un día lo enviaron de reconocimiento con un reducido destacamento que debía limitarse a explorar parte de la comarca y replegarse a continuación. Todo parecía calmo en la campiña; nada indicaba una resistencia preparada.

Ahora bien, cuando los prusianos bajaban con tranquilidad a un vallecito cortado por profundos barrancos, una violenta descarga de fusilería los detuvo en seco, derribando a unos veinte; y una tropa de francotiradores, saliendo repentinamente de un bosquecillo del tamaño de la palma de la mano, se lanzó hacia adelante, con la bayoneta calada.

Walter Schnaffs se quedó inmóvil al principio, tan sorprendido y enloquecido que ni se le ocurrió huir. Después, lo asaltó un loco deseo de salir a escape; pero pensó al punto que corría como una tortuga en comparación con los delgados franceses que llegaban saltando como un rebaño de cabras. Entonces, divisando a seis pasos de él una ancha zanja llena de malezas, cubiertas de hojas secas, saltó a ella a pies juntillas, sin

pensar siquiera en su profundidad, como se salta desde un puente al río.

Pasó, como una flecha, a través de una espesa capa de bejucos y de espinos puntiagudos que le desollaron la cara y las manos, y cayó pesadamente sentado sobre un lecho de piedras.

Al levantar los ojos, vio el cielo por el agujero que había hecho. Aquel agujero revelador podía traicionarlo, y se arrastró con precaución, a cuatro patas, hasta el fondo de aquel hoyo, bajo el techo de ramajes entrelazados, yendo lo más deprisa posible, alejándose del lugar del combate. Después se detuvo y se sentó de nuevo, agazapado como una liebre entre las altas hierbas secas.

Oyó durante cierto tiempo detonaciones, gritos, que jas. Después los clamores de la lucha se debilitaron, cesaron. Todo volvió a estar mudo y calmo.

De pronto algo se removió cerca de él.

Tuvo un espantoso sobresalto. Era un pajarito que, habiéndose posado en una rama, agitaba las hojas secas. Durante casi una hora el corazón de Walter Schnaffs palpitó con latidos acelerados.

Caía la noche, llenando de sombras el barranco. Y el soldado se puso a meditar.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué sería de él?

¿Reunirse con su ejército?... Pero ¿cómo? ¿Y por dónde? ¿Tendría que volver a empezar la horrible vida de angustias, de espantos, de fatigas y de sufrimientos que llevaba desde el inicio de la guerra! ¡No! ¡Se sentía ya sin valor para eso! No tendría la energía necesaria para soportar marchas y afrontar peligros a cada minuto.

¿Qué hacer? No podía quedarse en aquel barranco y ocultarse allí hasta el final de las hostilidades. No, claro. Si no hubiera tenido que comer, aquella perspectiva no le hubiese aterrado demasiado; pero había que comer, y todos los días.

Se encontraba, así, solo, con armas, de uniforme, en territorio enemigo, lejos de quienes podían defenderlo. Leves temblores corrían por su piel.

De repente pensó: «¡Si al menos me hubieran hecho prisionero!», y su corazón se estremeció de deseo, de un deseo violento,

inmoderado, de ser prisionero de los franceses. ¡Prisionero! Estaría a salvo, alimentado, alojado, a cubierto de las balas y los sables. Sin el menor recelo, en una buena cárcel bien custodiada. ¡Prisionero! ¡Qué sueño!

Y de inmediato tomó una resolución:

«Voy a entregarme prisionero.»

Se levantó, resuelto a ejecutar su proyecto sin perder un minuto. Pero se quedó inmóvil, asaltado de pronto por enojosas reflexiones y por nuevos terrores.

¿Dónde entregarse prisionero? ¿Cómo?

¿Hacia qué lado—? Y espantosas imágenes, imágenes de muerte, invadieron su alma.

Iba a correr terribles peligros aventurándose solo, con su casco puntiagudo, por la campiña.

¿Y si se encontraba con unos campesinos?

Los campesinos, al ver un prusiano perdido, un prusiano indefenso, ¡lo matarían como a un perro vagabundo! ¡Lo destrozarían con sus horquillas, sus picos, sus hoces, sus palas! Lo harían papilla, picadillo, con el ensañamiento de vencidos exasperados.

¿Y si se encontraba con francotiradores?

Los francotiradores, insensatos sin ley ni disciplina, lo fusilarían para divertirse, por pasar el rato, sólo por reírse viendo su cara. Y se veía ya pegado a un muro frente a doce dones de fusil, cuyos agujeritos redondos y negros parecían mirarlo.

¿Y si se encontraba con el propio ejército francés? Los hombres de la vanguardia lo tomarían por un explorador, por un atrevido y astuto soldado que había salido solo de reconocimiento, y tirarían sobre él. Y oía ya las detonaciones irregulares de los soldados tumbados en las zarzas, mientras él, de pie en el centro de un campo, caía, agujereado como un colador por las balas que sentía entrar en su carne.

Volvió a sentarse, desesperado. Su situación le parecía sin salida.

La noche había caído del todo, la noche muda y negra. No se movía, estremeciéndose con todos los ruidos desconocidos y ligeros que cruzan por las tinieblas. Un conejo, al golpear con el culo el borde de una madriguera, a punto estuvo de hacer escapar

a Walter Schnaffs. Los chillidos de las lechuzas le desgarraban el alma, invadiéndola con miedos repentinos, tan dolorosos como una herida. Desencajaba sus grandes ojos para tratar de la ver en las sombras, y a cada momento se imaginaba que oía pasos cerca. Tras interminables horas y angustias de condenado vio, a través de su techo de ramas, que el cielo clareaba. Entonces lo inundó un inmenso alivio; sus miembros se relajaron, descansados de pronto, su corazón se apaciguó; se le cerraron los ojos y se durmió.

Cuando despertó, le pareció que el sol había llegado más o menos al centro del cielo; debía de ser mediodía. Ningún ruido turbaba la taciturna paz de los campos; y Walter Schnaffs se dio cuenta de que tenía mucha hambre.

Bostezaba, la boca se le hacía agua al pensar en el salchichón, en el buen salchichón de los soldados; y el estómago le dolía.

Se levantó, dio unos pasos, sintió flojera en las piernas, y volvió a sentarse para reflexionar. Durante dos o tres horas más pesó los pros y los contras, cambiando a cada momento de decisión, dudoso, desgraciado, atraído por las razones más encontradas.

Por fin una idea le pareció lógica y práctica; consistía en acechar el paso de un aldeano solo, sin armas, y sin aperos peligrosos, y en correr hacia él y ponerse en sus manos, haciéndole comprender claramente que se rendía.

Entonces se quitó el casco, cuya punta podía traicionarlo, y sacó la cabeza por el borde del hoyo, con infinitas precauciones. Ningún ser aislado aparecía en el horizonte. Allá abajo, a la derecha, un pueblecito enviaba al cielo el humo de sus tejados, ¡el humo de las cocinas! Allá, a la izquierda, distinguía, al final de los árboles de una avenida, un gran castillo flanqueado por torrecillas.

Esperó hasta la noche, sufriendo horrorosamente, sin ver más que vuelos de cuervos, sin oír más que los sordos lamentos de sus tripas.

Y la noche volvió a caer sobre él.

Se tendió en el fondo de su refugio y se durmió con un sueño febril, poblado de pesadillas, con un sueño de hombre hambriento.

La aurora se alzó de nuevo sobre su cabeza. Reanudó su observación. Pero el campo seguía tan vacío como la víspera; un nuevo temor penetró en el espíritu de Walter Schnaffs: ¡el temor de morir de hambre! Se veía extendido en el fondo de su hoyo, de espaldas, con los ojos cerrados. Después los animales, animalillos de todas clases, se acercaban a su cadáver y empezaban a comerlo, atacándolo por todas partes a la vez, deslizándose bajo las ropas para morder su piel fría. Y un gran cuervo le sacaba los ojos con su pico afilado.

Entonces enloqueció, imaginándose que iba a desmayarse de debilidad y que no podría caminar. Y ya se disponía a lanzarse hacia el pueblo, resuelto a atreverse a todo, a desafiarlo todo, cuando vio tres campesinos que iban hacia los campos con sus horquillas al hombro, y volvió a hundirse en su escondrijo.

Pero cuando la noche oscureció la llanura, salió lentamente de la zanja y se puso en camino, encorvado, temeroso, con el corazón palpitante, hacia el lejano castillo, prefiriendo entrar allí que en el pueblo, que le parecía tan temible como una guarida llena de tigres. Las ventanas de la planta baja brillaban. Incluso una estaba abierta; un intenso olor de carne guisada se escapaba por ella, un olor que penetró bruscamente por la nariz y hasta el fondo del vientre de Walter Schnaffs, lo crispó, le hizo jadear, atrayéndolo irresistiblemente, infundiéndole en su corazón una desesperada audacia.

Y bruscamente, sin reflexionar, apareció, con su casco, en el marco de la ventana. Ocho criados cenaban en torno a una gran mesa. Pero de repente una sirvienta se quedó con la boca abierta, dejando caer el vaso, con los ojos fijos. ¡Todas las miradas siguieron a la suya!

¡Y vieron al enemigo!

¡Señor! ¡Los prusianos atacaban el castillo!...

Resonó primero un grito, un único grito,

formado por ocho gritos lanzados en ocho diferentes tonos, un grito de horrible espanto; después hubo un tumultuoso levantarse, un atropellarse, una barahúnda, una enloquecida huida hacia la puerta del fondo. Las sillas caían, los hombres derribaban a las mujeres y pasaban por encima de ellas. En dos segundos la estancia quedó vacía, abandonada, con la mesa cubierta de condumio frente a un Walter Schnaffs estupefacto, que seguía de pie ante su ventana.

Tras unos instantes de vacilación, salvó el antepecho y avanzó hacia los platos. Su hambre desesperada le hacía temblar como un calenturiento; pero el terror lo retenía, lo paralizaba aún. Escuchó. Toda la casa parecía estremecerse; se cerraban puertas, rápidos pasos corrían por el entarimado del piso de arriba. El prusiano, inquieto, prestaba oídos a aquellos confusos rumores; luego oyó ruidos sordos, como si unos cuerpos hubiesen caído en la tierra blanda, al pie de los muros, cuerpos humanos que saltaban desde el primer piso.

Después cesaron los movimientos, la agitación, y el gran castillo quedó silencioso como una tumba.

Walter Schnaffs se sentó ante un plato que había quedado intacto, y empezó a comer. Comía a grandes bocados como si temiera que lo interrumpiesen pronto, no poder engullir bastante. Con las dos manos se metía los trozos en su boca abierta como una trampa; y bultos de comida bajaban uno tras otro al estómago, hinchando su garganta al pasar. A veces se interrumpía, a punto de reventar como un tubo demasiado lleno. Cogía entonces la jarra de sidra y se desatrancaba el estómago como quien limpia una cañería atascada.

Vació todos los platos, todas las fuentes y todas las botellas; después, borracho de líquido y de comida, embrutecido, colorado, sacudido por hipos, con el ánimo turbado y la boca grasienta, se desabrochó el uniforme para respirar, incapaz de dar un paso, por otra parte. Sus ojos se cerraban, sus ideas se embotaban; posó la pesada frente sobre sus brazos cruzados sobre la mesa, y perdió

suavemente la noción de las cosas y de los hechos.

Una media luna iluminaba vagamente el horizonte por encima de los árboles del parque. Era esa hora fría que precede al día. Unas sombras se deslizaban por la espesura, numerosas y mudas; y a veces un rayo de luna hacía relucir en la oscuridad una punta de acero.

El tranquilo castillo erguía su gran silueta negra. Sólo dos ventanas brillaban aún en la planta baja.

De repente una voz tonante gritó:

«¡Adelante! ¡Maldita sea! ¡Al asalto, hijos míos!

Entonces, en un instante, las puertas, las contraventanas y los vidrios se hundieron ante una marea de hombres que se abalanzó, lo rompió y destrozó todo, invadió la casa. En un instante cincuenta soldados armados hasta los dientes se lanzaron a la cocina donde descansaba pacíficamente Walter Schnaffs y, poniéndole en el pecho cincuenta fusiles cargados, lo derribaron, lo arrastraron, lo apresaron, lo ataron de pies y manos. El jadeaba de aturdimiento, demasiado embrutecido para entender nada, apaleado, maltratado y loco de miedo.

Y de pronto un grueso militar recargado de oros le plantó el pie en el vientre, vociferando:

«Es usted mi prisionero, ¡ríndase!»

El prusiano sólo entendió una palabra,

«prisionero», y gimió: «ya, ya, ya».

Sus vencedores, que resoplaban como ballenas, lo levantaron, lo ataron a una silla y lo examinaron con curiosidad. Varios de ellos se sentaron, pues no podían más de emoción y de cansancio.

El sonreía, sonreía ahora, ¡seguro de estar por fin prisionero!

Otro oficial entró y pronunció.

«Mi coronel, los enemigos han huido; parece que hemos herido a varios. Quedamos dueños de la plaza.» El grueso militar, que se enjugaba la frente, vociferó:

«Victoria!»

Y escribió en una pequeña agenda comercial que sacó del bolsillo:

«Tras encarnizada lucha, los prusianos han

tenido que batirse en retirada, llevándose sus muertos y sus heridos, que evaluamos en cincuenta hombres fuera de combate. Varios han quedado en nuestras manos.»

El joven oficial prosiguió:

«¿Qué disposiciones debo tomar, mi coronel?»

El coronel respondió:

«Vamos a replegarnos para evitar un contraataque con artillería y fuerzas superiores.»

Y dio la orden de marcharse.

La columna se formó en la oscuridad, bajo los muros del castillo, y se puso en movimiento, rodeando por todas partes a un Walter Schnaffs agarrotado, sujeto por seis guerreros con el revólver empuñado. Se enviaron exploradores a reconocer el camino. Avanzaban con prudencia, haciendo alto de vez en cuando.

Al rayar el día llegaron a la subprefectura de La Roche-Oysel, cuya guardia nacional había realizado aquel hecho de armas.

Los aguardaba una población ansiosa y sobreexcitada. Cuando divisaron el casco del prisionero, estallaron formidables clamores. Las mujeres alzaban los brazos; las viejas lloraban; un abuelo le lanzó su muleta al prusiano e hirió en la nariz a uno de sus guardianes.

El coronel chillaba:

«Velen por la seguridad del cautivo.»

Por fin llegaron a la casa consistorial.

Abrieron la cárcel y arrojaron en su interior a Walter Schnaffs, libre de sus ligaduras.

Doscientos hombres armados montaron guardia en torno al edificio.

Entonces, a pesar de los síntomas de indigestión que lo atormentaban desde hacía tiempo, el prusiano, loco de alegría, empezó a bailar, a bailar desenfrenadamente, alzando los brazos y piernas, a bailar lanzando gritos frenéticos, hasta el momento en que cayó, agotado, al pie de una pared.

¡Era prisionero! ¡Estaba salvado!

Es así cómo el castillo de Champignet fue reconquistado al enemigo después de sólo seis horas de ocupación.

El coronel Ratier comerciante de paños, que realizó la hazaña al frente de los guardias

nacionales de La RocheOysel, fue condecorado.

Le Gaulois, 11 de abril de 1833

Una aventura

parisiense

Une aventure parisienne (o Une épreuve)

¿Existe en la mujer un sentimiento más agudo que la curiosidad? ¡Oh! ¡saber, conocer, tocar lo que se ha soñado! ¿Qué no haría por ello? Una mujer, cuando su curiosidad impaciente está despierta cometerá todas las locuras, todas las imprudencias, tendrá todas las audacias, no retrocederá ante nada. Hablo de las mujeres realmente mujeres, dotadas de ese espíritu de triple fondo que parece, en la superficie razonable y frío, pero cuyos compartimentos secretos están los tres llenos: uno de inquietud femenina siempre agitada; otro de astucia coloreada de buena fe, de esa astucia de beato, sofisticada y temible; el último, por fin, de sinvergüencería encantadora de trapacería exquisita, de deliciosa perfidia, de todas esas perversas cualidades que empujan al suicidio a los amantes imbécilmente crédulos, pero que arroban a los otros.

Aquella cuya aventura quiero contar era una provinciana, vulgarmente honesta hasta entonces. Su vida tranquila en apariencia, discurría en su hogar, entre un marido muy ocupado y dos hijos a los que criaba como mujer irreprochable. Pero su corazón se estremecía de curiosidad insatisfecha, de un prurito de lo desconocido. Pensaba en París, sin cesar, y leía ávidamente los periódicos mundanos. La descripción de las fiestas, de los vestidos, de los placeres, hacía hervir sus deseos; pero sobre todo la turbaban misteriosamente los ecos llenos de sobreentendidos, los velos levantados a medias en frases hábiles, y que dejan entrever horizontes de disfrutes culpables y asoladores.

Desde allá lejos veía París en una apoteosis de lujo magnífico y corrompido. Y durante las largas noches de ensueño, acunada por los ronquidos regulares de su marido que dormía a su lado de espaldas, con un pañuelo en torno al cráneo, pensaba en los hombres conocidos cuyos nombres

aparecen en la primera página de los periódicos como grandes estrellas en un cielo sombrío; y se figuraba su vida enloquecedora entre un continuo desenfreno, orgías antiguas tremendamente voluptuosas y refinamientos de sensualidad tan complicados que ni siquiera podía figurárselos.

Los bulevares le parecían una especie de abismo de las pasiones humanas; y todas sus casas encerraban con seguridad prodigiosos misterios de amor.

Se sentía envejecer mientras tanto.

Envejecía sin haber conocido nada de la vida, salvo esas ocupaciones regulares, odiosamente monótonas y triviales, que constituyen dicen, la felicidad del hogar. Era aún bonita, conservada en aquella existencia tranquila como una fruta de invierno en un armario cerrado; pero estaba roída, asolada, trastornada por ardores secretos. Se preguntaba si moriría sin haber conocido todas esas embriagueces pecaminosas, sin haberse arrojado una vez, una sola vez, por entero, a esa oleada de voluptuosidades parisienses.

Con larga perseverancia preparó un viaje a París, invento un pretexto se hizo invitar por unos parientes, y, como su marido no podía acompañarla partió sola.

En cuanto llegó, supo imaginar razones que le permitirían en caso necesario ausentarse dos días o mejor dos noches, sí era preciso, pues había encontrado, decía, unos amigos que vivían en la campiña suburbana.

Y buscó. Recorrió los bulevares sin ver nada, salvo el vicio errante y numerado. Sondeó con la vista los grandes cafés, leyó atentamente los anuncios por palabras de Le Figaro, que se le presentaba cada mañana como un toque de rebato, una llamada al amor.

Y nunca nada la ponía sobre la pista de aquellas grandes orgías de artistas y de actrices; nada le revelaba los templos de aquellos excesos, que se imaginaba cerrados por una palabra mágica como la cueva de Las Mil y una noches y esas catacumbas de Roma donde se celebraban secretamente los misterios de una religión perseguida.

Sus parientes, pequeños burgueses no podían presentarle a ninguno de esos hombres conocidos cuyos nombres zumbaban en su cabeza; y, desesperada, pensaba ya en volverse, cuando el azar vino en su ayuda. Un día, bajando por la calle de la Chaussée d'Antin, se detuvo a contemplar una tienda repleta de esos objetos japoneses tan coloreados que constituyen una especie de gozo para la vista. Examinaba los graciosos marfiles grotescos, los grandes jarrones de esmaltes llameantes, los bronce raros, cuando oyó, en el interior de la tienda, al dueño, que, con muchas reverencias, mostraba a un hombrecito grueso de cráneo calvo y barba gris un enorme monigote ventrudo, pieza única según decía. Y a cada frase del comerciante el nombre del coleccionista, un nombre célebre, resonaba como un toque de clarín. Los otros clientes, jóvenes señoras, elegantes caballeros, contemplaban con una ojeada furtiva y rápida, una ojeada como es debido y manifiestamente respetuosos, al renombrado escritor, quien, por su parte, miraba apasionadamente el monigote de porcelana. Eran tan feos uno como otro, feos como dos hermanos salidos del mismo seno. El comerciante decía: "A usted, don Jean Varin, se lo dejaría en mil francos; es exactamente lo que me cuesta. Para todo el mundo sería mil quinientos francos; pero aprecio a mi clientela de artistas y le hago precios especiales. Todos vienen por aquí, don Jean Varin. Ayer, el señor Busnach me compró una gran copa antigua. El otro día vendí dos candelabros como estos (son bonitos, ¿verdad?) a don Alejandro Dumas. Mire, esa pieza que usted tiene, señor Varin, estaría ya vendida si la hubiera visto el señor Zola."

El escritor vacilaba, muy perplejo, tentado por el objeto, pero calculando la suma, y no se ocupaba más de las miradas que si hubiera estado solo en un desierto. Ella había entrado temblando, con la vista clavada descaradamente sobre él, y ni siquiera se preguntaba si era guapo, elegante o joven. Era Jean Varin en persona, ¡Jean Varin!

Tras un largo combate, una dolorosa vacilación, él dejó el jarrón sobre una mesa. "No, es demasiado caro", dijo. El comerciante redobló su elocuencia: "¡Oh, don Jean Varin! ¿demasiado caro? ¡Vale muy a gusto dos mil francos." El hombre de letras replicó tristemente, sin dejar de mirar la figurilla de ojos de esmalte: "No digo que no; pero es demasiado caro para mí." Entonces ella, asaltada por una enloquecida audacia, se adelantó: "Para mí, dijo, ¿cuánto vale este hombrecillo?" El comerciante, sorprendido, replicó: "Mil quinientos francos, señora. —Me lo quedo". El escritor, que hasta entonces ni se había fijado en ella, se volvió bruscamente, y la miró de pies a cabeza como un buen observador, con los ojos un poco cerrados; después, como un experto, la examinó en detalle. Estaba encantadora, animada, iluminada de pronto por aquella llama que hasta entonces dormía en ella. Y, además, una mujer que compra una chuchería por mil quinientos francos no es una cualquiera. Ella tuvo entonces un movimiento de arrobadora delicadeza; y, volviéndose hacia él, con voz temblorosa: "Perdón, caballero, quizás me mostré un poco viva; acaso usted no había dicho su última palabra." El se inclinó: "La había dicho, señora." Pero ella, muy emocionada: "En fin, caballero, hoy o más adelante, si decide cambiar de opinión, este objeto es suyo. Yo lo compré sólo porque le había gustado." El sonrió, visiblemente halagado: "¿Cómo? ¿Me conoce usted?", dijo. Entonces ella le habló de su admiración, le citó sus obras, fue elocuente. Para conversar, él se había acodado en un mueble y, clavando en ella sus ojos agudos, intentaba descifrarla. A veces el comerciante, encantado de poseer aquel reclamo viviente, cuando entraban clientes nuevos gritaba desde el otro extremo de la tienda: "Oiga, mire esto, don Jean Varin, ¿verdad que es bonito?"

Entonces todas las cabezas se alzaban, y ella se estremecía de placer al ser vista así, en íntima conversación con un Ilustre.

Por fin, embriagada, tuvo una audacia suprema, como los generales que van a emprender el asalto: "Caballero, dijo, hágame un favor, un grandísimo favor. Permítame que le ofrezca este monigote en recuerdo de una mujer que lo admira apasionadamente y a quien usted ha visto diez minutos."

El se negó. Ella insistía. Se resistió, divertido, riéndose de buena gana.

Ella, obstinada, le dijo: "¡Bueno! Voy a llevárselo a su casa ahora mismo; ¿dónde vive usted? "

Se negó a dar su dirección; pero ella, preguntándosela al comerciante, la supo y, una vez pagada su adquisición, escapó hacia un coche de punto. El escritor corrió para alcanzarla, sin querer exponerse a recibir aquel regalo, que no sabría a quién devolver. Se reunió con ella cuando saltaba al coche, y se lanzó, casi cayó sobre ella, derribado por el simón que se ponía en camino; después se sentó a su lado, muy molesto.

Por mucho que rogó, que insistió, ella se mostró intratable. Cuando llegaban delante de la puerta, puso sus condiciones:

"Accederé, dijo, a no dejarle esto, si usted cumple hoy todos mis deseos."

La cosa le pareció tan divertida que aceptó.

Ella preguntó: "¿Qué suele hacer usted a esta hora?"

Tras una leve vacilación: "Doy un paseo", dijo.

Entonces, con voz resuelta, ella ordenó:

"¡Al Bosque!"

Se pusieron en marcha.

Fue preciso que él le nombrara a todas las mujeres conocidas, sobre todo a las impuras, con detalles íntimos sobre ellas, sus vidas, sus hábitos sus pisos, sus vicios.

Atardeció "¿Qué hace usted todos los días a esta hora?", dijo ella.

El respondió riendo: "Tomo un ajenjo."

Entonces, gravemente agregó ella:

"Entonces, caballero, vamos a tomar un ajenjo."

Entraron en un gran café del bulevar que él frecuentaba, donde encontró a unos colegas. Se los presentó a todos. Ella estaba loca de alegría. Y en su cabeza sonaban sin cesar estas palabras: " ¡Al fin! ¡al fin! "

Pasaba el tiempo, y ella preguntó: "¿Es su hora de cenar?"

El respondió: "Sí, señora.

—Pues entonces, vamos a cenar".

Y, al salir del café Bignon: "¿Qué hace usted por la noche?", dijo.

Ella miró fijamente: "Depende: a veces voy al teatro.

—Pues bien, caballero vamos al teatro".

Entraron en el Vaudeville, gratis, gracias a él, y, gloria suprema, toda la sala la vio a su lado, sentada en una butaca de palco.

Terminada la representación, él le besó galantemente la mano: "Sólo me queda, señora, agradecerle el delicioso día... " Ella lo interrumpió: "A esta hora, ¿qué hace usted todas las noches?"

—Pues..., pues..., vuelvo a casa".

Ella se echó a reír, con una risa trémula.

"Pues bien, caballero..., volvamos a casa." Y no hablaron más. Ella se estremecía a ratos, temblorosa de pies a cabeza, con ganas de huir y ganas de quedarse, con, en lo más hondo de su corazón, una voluntad muy firme de llegar hasta el final.

En la escalera, se aferraba al pasamanos, tan viva era su emoción; y él subía delante, sin resuello, con una cerilla en la mano.

En cuanto estuvo en el dormitorio, ella se desnudó a toda prisa y se metió en la cama sin pronunciar una palabra; y esperó, acurrucada contra la pared.

Pero ella era tan simple como puede serlo la esposa legítima de un notario de provincias, y él más exigente que un bajá de tres colas. No se entendieron en absoluto.

Entonces él se durmió. La noche transcurrió, turbada solamente por el tictac del reloj, y ella, inmóvil, pensaba en las noches conyugales; y bajo los rayos amarillos de un farol chino miraba, consternada, a su lado, a aquel hombrecillo, de espaldas, rechoncho, cuyo vientre de bola levantaba la sábana como un globo de gas. Roncaba con un ruido de tubo de órgano, con resoplidos

prolongados, con cómicos estrangulamientos. Sus veinte cabellos aprovechaban aquel reposo para levantarse extrañamente, cansados de su prolongada fijeza sobre aquel cráneo desnudo cuyos estragos debían velar. Y un hilillo de saliva corría por una comisura de su boca entreabierta.

La aurora deslizó por fin un poco de luz entre las cortinas corridas. Ella se levantó, se vistió sin hacer ruido y ya había abierto a medias la puerta cuando hizo rechinar la cerradura y él se despertó restregándose los ojos.

Se quedó unos segundos sin recobrar enteramente los sentidos, y después, cuando recordó su aventura preguntó: "¿Qué? ¿Se marcha usted?"

Ella permanecía en pie, confusa. Balbució: "Pues sí, ya es de día."

El se incorporó: "Veamos, dijo, tengo, a mi vez, algo que preguntarle."

Ella no respondía, y él prosiguió: "Me tiene usted muy extrañado desde ayer. Sea franca, confíeseme por qué ha hecho todo esto, pues no entiendo nada."

Ella se acercó despacito, ruborizada como una virgen:

"Quise conocer..., el... vicio.., y, bueno... y, bueno, no es muy divertido."

Y escapó, bajó la escalera, se lanzó a la calle.

El ejército de los barrenderos barría. Barrían las aceras, los adoquines, empujando toda la basura al arroyo. Con un movimiento regular, el mismo movimiento de los segadores en un prado, empujaban el barro en semicírculo ante sí; y, calle tras calle, ella los encontraba como juguetes de cuerda, movidos automáticamente por el mismo resorte.

Y le parecía que también en ella acababan de barrer algo, de empujar al arroyo, a la cloaca, sus ensueños sobreexcitados.

Regresó a casa, sin resuello, helada, guardando sólo en la cabeza la sensación de aquel movimiento de las escobas que limpiaban París por la mañana.

Y, en cuanto estuvo en su habitación, sollozó.

Gil Blas, 22 de diciembre de 1881

Un bandido corso

Un bandit corse

El camino ascendía suavemente hacia el centro del bosque de Al-tone. Los desmesurados abetos formaban sobre nuestras cabezas una bóveda quejumbrosa, dejaban oír algo así como un lamento continuo y triste, mientras que a derecha e izquierda sus delgados y rectos troncos semejaban un ejército de tubos de órgano, de los que parecía salir la monótona música del viento en las cimas.

Al cabo de tres horas de marcha, el número de aquellos largos y juntos maderos disminuyó; de trecho en trecho un árbol gigantesco, apartado de los demás, y abierto como una sombrilla enorme, ostentaba su copa de un sombrero verde; y de pronto llegamos al límite del bosque, a unos cien metros por debajo del desfiladero que conduce al inculto valle de Niolo.

En las dos altas cumbres que dominan este paraje, algunos viejos árboles disformes parecen haber subido penosamente, como exploradores enviados delante de una compacta muchedumbre. Volviéndonos, divisamos todo el bosque, extendido a nuestros pies, semejante a una inmensa cubeta de madera cuyos bordes, que parecían tocar el cielo, eran desnudas rocas que lo cerraban por todas partes.

De nuevo nos pusimos en marcha, y diez minutos después llegábamos al desfiladero. Entonces contemplé un país sorprendente. A la conclusión de otro bosque un valle, pero un valle como no los había yo visto, una soledad de piedra de diez leguas de longitud, extendida entre dos montañas de dos mil metros de altura y sin un sembrado, sin un árbol a la vista. Es el Niolo, la patria de la libertad corsa, la inaccesible ciudadela de donde nunca los invasores pudieron expulsar a los montañeses.

—Ahí es también donde están refugiados todos nuestros bandidos-me dijo mi acompañante.

Pronto llegamos al fondo de aquel agujero inculto y de indescriptible belleza.

Ni una hierba, ni una planta; granito, nada más que granito. Delante de nosotros, hasta

donde alcanza la vista, un desierto de granito resplandeciente, calentado como un horno por un furioso sol que parece expresamente suspendido sobre aquel desfiladero de piedra. Cuando se alzan los ojos hacia las cuestas, se queda deslumbrado y estupefacto. Se muestran rojas y labradas como festones de coral; todas las cimas son de pórvido; y el cielo, por encima de ellas, parece violeta, lila, descolorido por la vecindad de aquellos extraños montes. Más abajo el granito es gris chispeante, y a nuestros pies parece raspado, molido: caminamos sobre un polvo reluciente. A nuestra derecha, en un largo y tortuoso carril, un tumultuoso torrente ruge y corre. Y se tambalea uno bajo aquel calor, entre aquella lava, en aquel valle ardiente, árido, inculto, cortado por aquel arroyo turbulento, que parece tener prisa por huir, impotente para fecundar las rocas, perdido en aquel horno que se lo bebe ávidamente sin verse nunca por él atravesado y refrescado. Pero de pronto apareció a nuestra izquierda una cruz de madera clavada en un pequeño montón de piedras. Un hombre había sido muerto allí. Dije a mi acompañante:

—Hábleme usted de sus bandidos.

El me contestó:

—He conocido al más célebre, al más terrible de todos ellos, al llamado Santa Lucía, y voy a referir a usted su historia. Al ser muerto su padre en una disputa, por un joven del país, según se dijo, Santa Lucía quedó solo con su hermana. Era un muchacho débil y tímido, pequeño, enfermizo, sin ninguna energía. No prometió la vendetta al asesino de su padre. Todos sus parientes le fueron a ver, le suplicaron que se vengase; él permanecía sordo a sus amenazas y sus ruegos.

Entonces, siguiendo la vieja costumbre corsa, la hermana, llena de indignación, le quitó su ropa negra, a fin de que no llevase luto por el fallecimiento de una persona muerta sin venganza. Pues también insensible a este ultraje, y, por no descolgar la escopeta, aún cargada, de su padre, se encerró en un aposento de la casa, dejando de salir en absoluto, incapaz de arrostrar las

desdeñosas miradas de los mozos del país.

Transcurrieron dos meses. Parecía haber olvidado hasta el crimen, y vivía con su hermana en el fondo de su casa.

Y, un día, aquel en quien recaía la sospecha del asesinato, se casó. A Santa Lucía no pareció impresionarle la noticia; mas he aquí que, para desafiarle sin duda, el supuesto criminal pasó, al ir a la iglesia, por delante de la morada de los huérfanos.

El hermano y la hermana comían, asomados a la ventana, unos pastelillos fritos, cuando el joven divisó a la gente de la boda desfilando delante de su casa. De repente empezó a temblar; se incorporó, sin decir una palabra; se santiguó; tomó la escopeta, que tenía colgada en el hogar, y salió a la calle.

Cuando, más adelante, hablaba de esto, decía:

—No sé lo que sentí; fue como un calor súbito en la sangre; y comprendí que era necesario hacer aquello; que, a pesar de todo, yo no hubiera podido resistir, y fui a esconder la escopeta en el bosque del camino de Corte.

Una hora después regresaba sin nada en las manos, con su aire habitual, fatigado y triste. Su hermana se creyó que no tenía ninguna idea.

Pero, al anochecer, desapareció.

Su enemigo debía ir a Corte aquella noche misma, a pie y con sus dos testigos de boda. Avanzaban por el camino cantando; Santa Lucía se irguió de pronto ante ellos, y, mirando frente a frente al asesino, exclamó:

—¡Ha llegado tu hora!

Luego, a quema ropa, disparó sobre él su escopeta.

Uno de los testigos escapó; el otro miraba al joven, murmurando:

—¿Qué has hecho, Santa Lucía? ¿Qué has hecho?

Después quiso ir a Corte a buscar quien auxiliase al herido.

Pero Santa Lucía le gritó:

—Si das un paso más, te rompo una pierna.

El otro, que conocía su timidez, le replicó:

—No eres capaz.

Y siguió corriendo.

Más no tardó en caer con el muslo roto de un balazo.

Y Santa Lucía, acercándose a él, agregó:

—Voy a examinar tu contusión. Si no es grave, me contentaré con eso; si es grave, te remataré.

Miró detenidamente la herida; juzgándola mortal, volvió a cargar lentamente la escopeta, invitó al herido a rezar una oración y le partió el cráneo.

Al siguiente día estaba en el monte.

—¿Y sabe usted lo que el tal Santa Lucía hizo luego?

Toda su familia fue detenida por los gendarmes. Su tío el cura, quien se sospechaba le había incitado a la venganza, fue también encarcelado y acusado por los parientes del muerto. Pero se escapó, cogió a su vez una escopeta y se reunió con su sobrino en el bosque.

Entonces Santa Lucía mató, uno tras otro, a los acusadores de su tío, sacándoles los ojos para enseñar a los demás a no afirmar lo que no hubiesen visto.

Mató a todos los parientes, a todos los aliados de la familia enemiga. Mató además a catorce gendarmes, incendió las casas de sus adversarios y fue hasta su muerte el más terrible de todos los bandidos de que se tiene memoria.

El sol desaparecía detrás de Monte Cinto y la sombra inmensa de la montaña de granito se extendía sobre el granito del valle.

Apretamos el paso para llegar antes que anoheciera al pueblecillo de Albertacce, especie de montón de piedras pegadas a los costados de piedra del árido desfiladero. Y dije pensando en el bandido:

—¿Qué terrible costumbre la de vuestra vendetta!

Mi acompañante replicó con resignación:

—¿Qué quiere usted? ¿Se cumple con un deber!

Gil Blas, 25 de mayo de 1882

La baronesa

La baronne

"Podrás ver antigüedades interesantes — me dijo mi amigo Boisrené—., ven conmigo."

Me llevó, pues, al primer piso de una hermosa casa, en una gran calle de París. Nos recibió un hombre de excelente porte, de modales perfectos, que nos paseó de estancia en estancia enseñándonos objetos raros cuyo precio decía con negligencia. Las grandes sumas, diez, veinte, treinta, cincuenta mil francos salían de sus labios con tanta gracia y facilidad que no cabía duda de que la caja fuerte de aquel comerciante hombre de mundo encerraba millones.

Yo lo conocía de nombre desde hacía tiempo. Muy hábil, muy flexible, muy inteligente, servía de intermediario para toda clase de transacciones. Relacionado con todos los coleccionistas más ricos de París, e incluso de Europa y América, conocedor de sus gustos, de sus preferencias del momento, los avisaba con un billete o un despacho, si vivían en una ciudad lejana, en cuanto sabía de un objeto en venta que pudiera convenirles.

Hombres de la mejor sociedad habían recurrido a él en trances apurados, bien para conseguir dinero para el juego, bien para pagar una deuda, bien para vender un cuadro, una joya de familia, un tapiz e incluso un caballo o una finca en los días de crisis aguda.

Decían que jamás negaba sus servicios cuando preveía una posibilidad de ganancia. Boisrené parecía íntimo de aquel curioso comerciante. Habían debido de tratar juntos más de un negocio. Yo miraba al hombre con mucho interés.

Era alto, delgado, calvo, elegantísimo. Su voz suave, insinuante, tenía un encanto particular, un encanto tentador que daba a las cosas un valor especial. Cuando tenía un objeto en sus dedos, le daba vueltas y más vueltas, lo miraba con tanta maña, agilidad, elegancia y simpatía que el bibelot parecía al punto embellecido, transformado por su tacto y su mirada. Y de inmediato se le valoraba mucho más que antes de haber pasado de la vitrina a sus manos.

" ¿Y su Cristo —dijo Boisrené—, ese hermoso Cristo renacentista que me enseñó el año pasado? "

El hombre sonrió, y contestó:

"Se ha vendido, y de una forma muy rara. Se trata de una historia parisiense, faltaría más. ¿Quiere que se la cuente?"

—Claro que sí.

—¿Conoce usted a la baronesa de Samoris?"

—Sí y no. La he visto una vez, ¡pero sé quién es!

—Lo sabe... ¿del todo?"

—Sí.

—Quiere decírmelo, para que vea si no se equivoca usted.

—De muy buena gana. La señora Samoris es una mujer de mundo que tiene una hija sin que jamás se haya conocido a su marido. En cualquier caso, sí no ha tenido marido, tiene amantes de forma discreta, pues la reciben en cierta sociedad tolerante o ciega.

"Frecuenta la iglesia, recibe los sacramentos con unción, de forma que eso se sepa, y no se compromete jamás. Espera que su hija haga una buena boda. ¿Es eso?"

—Sí, pero completaré sus informes: es una man tenida que se hace respetar por sus amantes más que si no se acostara con ellos. Y eso es un raro mérito, pues, de esta forma, se consigue de un hombre lo que se quiera. Aquel que ha elegido, sin que él lo sospeche, la corteja mucho tiempo, la desea con temor, la solícita con pudor, la obtiene con asombro y la posee con consideración. No se da cuenta de que la paga, pues ella se desenvuelve con un gran tacto; y mantiene sus relaciones en tal tono de reserva, de dignidad, de conveniencia, que al salir de su cama él abofetearía al hombre capaz de desconfiar de la virtud de su amante. Y lo haría con la mejor fe del mundo. "

"He prestado algunos servicios a esa señora, en varias ocasiones. Y no tiene secretos para mí.

"Ahora bien, en los primeros días de enero vino a verme para pedirme prestados treinta mil francos. No se los di, por supuesto; pero, como deseaba servirla, le rogué que me expusiera muy detalladamente su situación con el fin de ver lo que podría hacer por ella.

"Me dijo las cosas con tales precauciones de lenguaje que no me habría contado más delicadamente la primera comunión de su

hijita. Comprendí al final que los tiempos eran duros y que se hallaba sin un céntimo.

"La crisis comercial, las inquietudes políticas que el actual Gobierno parece mantener a propósito, los rumores de guerra, la penuria general han hecho que el dinero escasee, incluso en manos de los enamorados. Y además aquella honrada mujer no podía entregarse al primero que llegase.

"Necesitaba un hombre de mundo, de la mejor sociedad, que consolidase su reputación al tiempo que proveyera a las necesidades cotidianas. Un vividor, incluso riquísimo, la habría comprometido para siempre, haciendo problemática la boda de su hija. Tampoco podía pensar en las agencias galantes, en los intermediarios deshonorosos que habrían podido, durante algún tiempo, sacarla del aprieto.

"Ahora bien, tenía que sostener el tren de su casa, que continuar recibiendo a todo el mundo para no perder la esperanza de encontrar, entre la multitud de visitantes, el amigo discreto y distinguido que esperaba, que elegiría.

"Yo le hice observar que mis treinta mil francos tenían pocas posibilidades de volver a mí; porque, cuando se los hubiera comido, tendría que conseguir, de una sola vez, por lo menos sesenta mil para devolverme la mitad.

"Parecía desolada, al escucharme. Y ya no sabía yo qué inventar cuando cruzó por mi mente una idea, una idea realmente genial.

"Acababa de comprar ese Cristo renacentista que le enseñé, una pieza admirable, la más hermosa de ese estilo que he visto nunca.

"Mi querida amiga —le dije—, voy a mandar que lleven a su casa ese marfil. Invente usted una historia ingeniosa, conmovedora, poética, lo que quiera, para explicar su deseo de deshacerse de él. Es, por supuesto, un recuerdo de familia heredado de su padre.

"Yo le enviaré compradores, y se los llevaré yo mismo. El resto es asunto suyo. La informaré de su posición con un billete, la víspera. Ese Cristo vale cincuenta mil francos; pero lo dejaré en treinta mil. La

diferencia será para usted."

"Reflexionó unos instantes con aire profundo y respondió: "Si, quizá sea buena idea. Se lo agradezco mucho."

"Al día siguiente, mandé llevar mi Cristo a su casa, y esa misma noche le envié al barón de Saint-Hospital.

"Durante tres meses le remití clientes, los mejores que tengo, lo más escogido de mis relaciones de negocios. Pero no volví a oír hablar de ella.

"Ahora bien, habiendo recibido la visita de un extranjero que hablaba muy mal francés, me decidí a presentarlo yo mismo en casa de la Samoris, para ver.

"Un lacayo vestido de negro nos recibió y nos hizo pasar a un bonito salón, oscuro, amueblado con gusto, donde esperamos unos minutos. Apareció ella, encantadora, me tendió la mano, nos hizo sentar; y cuando le hube explicado el motivo de mi visita, llamó.

"Reapareció el lacayo.

" "Vea, dijo ella, si la señorita Isabelle puede dejarnos entrar en su capilla."

"La jovencita trajo en persona la respuesta. Tenía quince años, un aire modesto y bondadoso, toda la frescura de su juventud.

"Quería conducirnos ella misma a la capilla.

"Era una especie de camarín piadoso donde ardía una lámpara de plata delante del Cristo, mi Cristo, tendido en un lecho de terciopelo negro. La decoración era encantadora y muy hábil.

"La niña hizo la señal de la cruz, después nos dijo:

"Miren, caballeros. ¿Verdad que es hermoso?"

"Cogí el objeto, lo examiné y declaré que era muy notable. El extranjero también lo consideró, pero parecía mucho más interesado por las dos mujeres que por el Cristo.

"Oía bien en la casa, olía a incienso, a flores y a perfumes. Uno se encontraba a gusto. Se trataba realmente de una morada confortable que invitaba a quedarse.

"Cuando regresamos al salón, abordé, con reserva y delicadeza, la cuestión del precio.

La señora Samonis pidió, bajando los ojos, cincuenta mil francos.

"Después agregó: "Si desea volver a verlo, caballero, nunca salgo antes de las tres; y se me encuentra todos los días."

"En la calle, el extranjero me preguntó detalles sobre la baronesa, a quien había encontrado exquisita. Pero no volví a oír hablar ni de él ni de ella.

"Transcurrieron tres meses más.

"Una mañana, hace apenas quince días, ella llegó a mi casa a la hora del almuerzo y, poniéndome una cartera entre las manos, dijo: "Querido, es usted un ángel. Ahí tiene cincuenta mil francos; soy yo la que compro el Cristo, y pago veinte mil francos más del precio convenido, a condición de que me siga enviando..., nuevos clientes..., pues mi Cristo.. .está aún en venta..."

Gil Blas, 17 de mayo de 1887

El barrilito

Le petit fût

A Adolphe Tavernier

El amo Chicot, mesonero de Épreville, paró su cochecito delante de la granja de la tía Magloire. Era un hombre robusto, de cuarenta años, colorado y ventrudo, y pasaba por ser algo malicioso.

Ató su caballo al poste de la barrera y luego penetró en el patio de la granja. Poseía una finca contigua a las tierras de la vieja, que codiciaba desde hacía mucho tiempo. Veinte veces había intentado comprárselas, pero la tía Magloire se había negado con obstinación.

—Donde he nacido, moriré —decía.

La encontró mondando patatas a la puerta de casa. Tenía setenta y dos años de edad, y estaba seca, arrugada y encorvada, pero era infatigable como una joven. Chicot le dió unos golpecitos amistosos en la espalda, y se sentó en un escabel, junto a ella.

—¡Qué!, ¿cómo va esa salud, tía Magloire? ¿Bien?...

—No va mal, ¿y la suya, amo Prosper?

—Vaya, con algunos dolores; por lo demás, perfectamente.

—Bueno, pues está bien.

Y no dijo más. Chicot se quedó contemplando cómo hacía faena. Sus dedos

corvos, nudosos y duros como patas de cangrejo, cogían, como si fuesen unas pinzas, los tubérculos grisáceos que estaban en un capacho, y vivamente empezaba a darles vueltas con una mano, y la iba pelando con la hoja de un viejo cuchillo que tenía en la otra mano, sacando largas cáscaras. Y cuando la patata quedaba toda amarilla, la tiraba en un cubo lleno de agua. Tres gallinas atrevidas se aproximaban una tras de la otra hasta su falda a recoger las mondaduras, y luego se echaban a todo correr de sus patas, llevando en el pico su botín.

Chicot parecía estar preocupado, indeciso y como con ganas de decir algo que tenía en la punta de la lengua y que no se atrevía a soltar. Al fin, se decidió:

—Dígame, tía Magloire...

—¿Qué se le ofrece?

—Esta granja..., nunca ha querido vendérmela...

—No, ni piense usted en ello. Ya se lo he dicho, y no vuelva a las mismas.

—Es que he encontrado un arreglo que nos beneficiaría a los dos.

—¿Cuál es?

—Mire, usted me la vende y, sin embargo, se queda en ella. ¿No acierta usted? Siga mi razonamiento.

La vieja cesó de mondar sus legumbres y fijó en el mesonero sus ojos vivos bajo sus párpados arrugados.

—Me explicaré —continuó él—. Le doy todos los meses ciento cincuenta francos.

¿Me entiende? Cada mes yo llego aquí, en mi cochecito. Y le entrego treinta escudos de cien sueldos. Y después nada ha cambiado; nada en absoluto; usted continúa aquí, no se preocupa de mí lo más mínimo, pues no me debe nada. Usted no hace más que coger mi dinero. ¿Está de acuerdo?

Y la miraba con una cara sonriente, de muy buen humor.

La vieja lo examinaba con desconfianza, buscando la trampa. Le preguntó:

—Eso es para mí; pero, la granja, ¿no tengo que dársela a usted?

—No se preocupe por eso —añadió—.

Usted permanecerá en ella tanto tiempo como Dios la deje vivir. Usted en su casa.

Únicamente me firmará un papelito ante notario para que, después que usted haya muerto, sea mía. Usted no tiene hijos, sólo unos sobrinos que apenas se preocupa de ellos. ¿De acuerdo? Conserva su propiedad durante toda su vida, y yo le doy treinta escudos de cien sueldos al mes. Para usted todo son ganancias.

La vieja se quedó sorprendida, inquieta; pero se sintió tentada.

—No diga nada —replicó—. Solamente quiero pensarlo un poco. No me vuelva a hablar de esto hasta la próxima semana. Entonces, le daré una respuesta definitiva. Y el amo Chicot se fue más contento que un rey que acaba de conquistar un imperio. La tía Magloire se quedó pensativa.

Aquella noche no durmió, y durante cuatro días estuvo en una constante vacilación.

Presentía alguna mala consecuencia para ella, pero el pensamiento de los treinta escudos mensuales, de ese hermoso dinero contante y sonante que entraría en su faltriquera, como llovido del cielo, sin hacer nada, la llenaba de deseo.

Entonces fue a casa del notario y le contó su caso. Le aconsejó que aceptase la proposición de Chicot, pero que le pidiese cincuenta escudos de cien sueldos en vez de treinta, pues su granja valía, evaluándola al más bajo precio, sesenta mil francos.

—Si usted vive quince años —le decía el notario— no le pagaría aún, de esta manera, más que cuarenta y cinco mil francos.

La vieja se estremeció ante la perspectiva de cincuenta escudos de cien sueldos al mes; pero desconfiaba aún, temiendo mil cosas imprevistas, astucias ocultas, y se estuvo hasta el anochecer haciéndole preguntas, sin decidirse a marchar. Por fin, le ordenó que preparase el acta, y regresó a su casa como si hubiese bebido cuatro jarros de sidra de cosecha reciente.

Cuando fue Chicot a enterarse de la respuesta, se hizo mucho de rogar, y le declaró que no quería, pero estaba temblando de miedo por si él no consentía en darle los cincuenta escudos de cien sueldos. Como insistía tanto, le dijo al fin sus pretensiones.

El mesonero sufrió un sobresalto de contrariedad y rehusó.

Entonces, para convencerle, ella se puso a razonar sobre la probable duración de su vida.

—No tengo más que cinco o seis años de vida, lo más seguro. Voy para los setenta y tres, y ya estoy poco valiente. La otra noche, creí que iba a morirme; me parecía que se me vaciaba el cuerpo, y tuvieron que llevarme a la cama.

Pero Chicot no se dejaba engañar.

—Vamos, vamos, vieja práctica, está usted más firme que el campanario de la iglesia. Vivirá por lo menos cien años, y seguro que será usted quien me entierre a mí.

Se pasaron todo el día en discusiones.

Pero como la vieja no cedió, el mesonero tuvo que consentir, al fin, en dar los cincuenta escudos.

Al día siguiente firmaron el acta de propiedad. Y la tía Magloire exigió diez escudos de cántaros de vino.

Transcurrieron tres años. La buena mujer estaba que era un encanto; parecía que no había pasado ni un solo día, y Chicot se desesperaba. Le parecía que estaba pagando esta renta desde hacía medio siglo, que habla sido engañado, estafado, arruinado. De cuando en cuando, iba a hacerle una visita a la granjera, como se va en el mes de julio al campo a ver si los trigos han madurado para la siega. Lo recibía con una mirada maliciosa. Se diría que se felicitaba de la buena trastada que le había jugado; y él se volvía en seguida a su cochecito, murmurando:

—¡No reventarás ya, carcamal!

Chicot no sabía qué hacer; le hubiese gustado estrangularla al verla. La odiaba ferozmente, con un odio socarrón de campesino robado.

Entonces trató de buscar otros procedimientos. Por fin, un día fue a verla frotándose las manos de satisfacción, como la primera vez que le propuso el trato.

Y después de haber charlado unos minutos:

—Dígame, tía Magloire, ¿por qué no va a comer al mesón, cuando vaya a Épreville?

Charlamos, y así se dice que somos amigos, y eso no causa pena. Ya usted sabe que en mi casa no necesita pagar nada, y no me duele una comida más o menos. Vaya por allí cuando quiera, sin ninguna reserva, me causará gran placer verla.

La tía Magloire no se le hizo repetir, y a los pocos días, cuando iba al mercado en su calesa conducida por su criado Célestin, dejó su caballo, sin ningún apuro, en la cuadra del amo Chicot, y reclamó su comida.

El mesonero, lleno de alegría, la trató como a una señora, le sirvió pollo, unas morcillas de sangre y de carne de cerdo, cordero asado y coles con tocino. Pero no comió casi nada, pues era sobria desde la infancia y se había alimentado sólo de un poco de sopa y una tostada untada de manteca.

Chicot insistía, contrariado. Como tampoco bebía, rehusó tomar café.

—Al menos, tomará una copita——le dijo con cierta exigencia.

—¡Ah, eso sí! No digo que no.

Y el mesonero gritó a pleno pulmón, desde allí mismo:

—Rosalie, trae aguardiente del más fino, del refinado.

Y la criada apareció con una botella larga y adornada con una hoja de parra en su etiqueta.

El mesonero llenó dos vasos.

—Pruébela tía Magloire, es excelente.

Y la buena mujer bebió muy despacio, a traguitos, saboreándolo agradablemente.

Cuando vació su vaso, lo escurrió, y luego declaró:

—Sí, es excelente.

No había acabado de hablar y ya Chicot le servía otro vaso. Quiso rehusar, pero era demasiado tarde, y lo saboreó tanto como el primer vaso.

Quiso entonces hacerle aceptar otro más, pero se resistió.

—Esto es como leche —insistía él—, beba usted; mire, yo bebo diez o doce sin ninguna dificultad. Pasa como si fuese azúcar; no se siente nada ni en el vientre ni en la cabeza; es como si se evaporase en la lengua. No hay nada mejor para la salud.

Como le gustaba mucho, cedió, pero le rogó que sólo lo llenase por la mitad.

Entonces Chicot, en un arranque de generosidad, exclamó:

—Mire, puesto que le gusta, le voy a regalar un barrilito, para demostrarle que somos buenos amigos.

La buena mujer no dijo que no, y se fue un poco achispada.

Al día siguiente, el mesonero entró en el patio de la tía Magloire, y sacó del fondo de su coche una pequeña barrica, rodeada de aros de hierro. En seguida quiso hacerle probar el contenido, para demostrarle que era del mismo; y, después de haberse bebido cada uno sus tres buenas copas, Chicot le dijo, al marcharse:

—Y ya sabe usted que cuando se acabe, hay más; no se apure, que a mí no me pesa dárselo. Cuando más pronto lo acabe, más contento estaré.

Y se metió en su cochecito.

Volvió cuatro días más tarde. La vieja estaba delante de la puerta, ocupada en cortar el pan para la sopa.

Se acercó, le dio los buenos días, le habló aproximándose a su nariz, a fin de oler su aliento; reconoció un hálito de alcohol, y entonces su rostro se iluminó.

—Ofrézcame una copita de aguardiente — dijo.

Y se trincaron dos o tres copas.

Mas, en seguida se corrió por toda la comarca el rumor de que la tía Magloire se embriagaba a solas. Tan pronto la tenían que recoger borracha en la cocina, como en el patio de su granja o por los caminos de los alrededores, y era preciso llevarla a su casa, inerte como un cadáver.

Chicot no iba por su casa y, cuando se le hablaba de la campesina, contestaba con cara triste:

—Es una desgracia haber cogido esa costumbre a su edad. Ya saben ustedes que cuando se es viejo, no se tiene resistencia.

¡Eso acabaré por jugarle una mala trastada!

Y, en efecto; le jugó una mala pasada.

Murió al invierno siguiente, hacia navidad, pues se cayó borracha entre la nieve del camino y allí sé quedó.

Y el amo Chicot, al heredar la granja,
declaró:

—Si esa palurda no se hubiese entregado a
la bebida, hubiera vivido aún diez años más.

Le Gaulois, 7 de abril de 1884

El bautismo (I)

Le baptême

A Guillemet

Los hombres, vestidos con sus trajes de
día de fiesta, esperaban a la puerta de la
granja. El sol de mayo derramaba su luz
esplendorosa sobre los manzanos en flor, que
parecían enormes ramos redondos, blancos,
rosáceos y perfumados, que cubrían todo el
patio con un techo florido. De todos ellos caía
constantemente una nieve de pequeños
pétalos, formando remolinos y ondulaciones
en el aire, antes de posarse en la hierba alta,
en la que brillaban como llamas los dientes
del león, y las amapolas semejabán gotas de
sangre.

Una cerda madre, de vientre enorme y
ubres abultadas, dormitaba al borde del
estercolero, y una multitud de cerditos corría
a su alrededor con el rabo ensortijado como
una cuerda.

De pronto empezó a sonar la campana de
la iglesia, a lo lejos, más allá de los árboles
de las granjas. Su metálica voz lanzaba en
los cielos gozosos su débil llamada lejana. Las
golondrinas cruzaban como flechas por el
inmenso espacio azul encuadrado en las
grandes hayas inmóviles. De cuando en
cuando pasaba una vaharada de establo y se
mezclaba con el aroma suave y dulzón de los
manzanos.

Uno de los hombres que estaban en pie
delante de la puerta, se volvió hacia la casa y
gritó:

—Ea, Melina, vamos ya, que están
tocando.

Tendría unos treinta años. Era un
campesino fornido, al que todavía no habían
conseguido deformar, ni encorvar, los
muchos años de trabajo en la tierra. Un viejo,
su padre, avellanado como un tronco de
haya, de muñecas abultadas y piernas
torcidas, sentenció:

—Está visto, nunca acaban de prepararse
las mujeres.

Los otros dos hijos del viejo se echaron a reír; uno de ellos se volvió hacia el hermano mayor, que era quien primero había hablado, y le dijo:

—Ve en su busca, Polito; de otro modo, no estarán antes del mediodía.

El joven entró en su casa.

Una bandada de patos, que se había detenido cerca del grupo de campesinos, empezó a graznar sacudiendo sus alas; después se alejaron hacia la charca con calmoso contoneo.

En la puerta de entrada de la casa, que había quedado abierta, apareció una voluminosa mujer, que llevaba en brazos un niño de dos meses. Las cintas blancas con que sujetaba su alto gorrito, le caían sobre un mantoncillo rojo, deslumbrante como llamarada, y el niño, envuelto en telas blancas, descansaba sobre la joroba que formaba el vientre de la comadrona. Salió detrás, fresca y sonriente, cogida del brazo de su marido, la madre, mujer alta y fuerte, que apenas tendría dieciocho años, y a continuación seguían las abuelas, ajadas como manzanas viejas, encorvadas de cintura por efecto del trabajo rudo y continuo, aunque haciendo ahora un esfuerzo por enderezarse, que se traslucía en su expresión de dolor. Una de ellas era viuda; se cogió del brazo del abuelo, que había permanecido delante de la puerta, y se pusieron al frente del cortejo, inmediatamente después del niño y de la comadrona. Los demás de la familia siguieron detrás. Los más jóvenes llevaban bolsas de papel llenas de caramelos.

La campanita sonaba a lo lejos sin descanso, llamando con toda su fuerza al chiquillo esperado. Los muchachos se subían a las cercas; los mayores se asomaban a las vallas; algunas criadas de granja se detenían con un cubo de leche a cada lado, para contemplar el bautizo. La comadrona llevaba con orgullo su carga viviente, y evitaba con cuidado los charcos de agua en los caminos, que cruzaban por entre ribazos plantados de árboles. Seguían después los ancianos, muy solemnes, aunque caminaban con alguna irregularidad por efecto de los años y de los achaques; los jóvenes sentían ganas de

bailar, y miraban a las mozas que acudían para verlos pasar; y el padre y la madre marchaban muy formales, más serios que los demás, detrás de aquel hijo que tomaría, andando el tiempo, su puesto en la vida, y que había de perpetuar en la región su apellido Dentu, que era conocido en todo el distrito.

Salieron al llano, y siguieron a campo traviesa para ahorrarse el largo rodeo que daba el camino.

Ya se distinguía la iglesia, con su puntiagudo campanario. Debajo mismo del techo de pizarra, tenía una abertura que lo cruzaba de parte a parte; y en su interior se movía algo, que pasaba y repasaba con rápido vaivén, por detrás de la angosta ventana. Era la campana que no dejaba de tocar, invitando al recién nacido a que fuese por vez primera a la mansión del Señor. Un perro echó a andar tras el cortejo. Le tiraban confites, y él daba saltos alrededor de las personas.

La puerta de la iglesia estaba abierta. El sacerdote aguardaba junto al altar: era un mocetón de cabellos rojos, seco y fuerte, también Dentu de apellido, y tío del niño, porque era hermano del padre. Bautizó, cumpliendo todos los ritos, a su sobrino Próspero César, y éste rompió a llorar cuando sintió el sabor de la simbólica sal.

Terminada la ceremonia, la familia esperó en el umbral de la puerta, mientras el sacerdote se quitaba la sobrepelliz; y, a continuación, echaron a andar. Ahora caminaban aprisa, pensando en la comida. Iba tras ellos toda la chiquillería del pueblo, y a cada puñado de caramelos que les tiraban se entablaba un furioso revoltijo, luchas cuerpo a cuerpo, y alguno se llevaba de un tirón los cabellos de otro. También el perro se lanzaba al montón, en busca de algún confite, y aunque le tiraban del rabo, de las orejas, de las patas, se mostraba más obstinado que los mismos muchachos.

La comadrona, un poco cansada, se dirigió al cura, que caminaba a su lado.

—Dígame, señor cura, ¿le importaría llevar un rato a su sobrino, mientras yo descanso un poco? Estoy sintiendo casi calambres en el

estómago. Tomó el sacerdote al niño, y la albura de las ropas de éste formó como un manchón luminoso sobre la negra sotana; lo besó; aquella carga tan liviana le embarazaba, porque no sabía cómo tenerlo, ni de dónde agarrarlo. Todos se echaron a reír. Una de las abuelas le preguntó desde lejos:

—Oye, curita, ¿no te da tristeza el pensar que no tendrás nunca uno como ése, que sea tuyo?

El sacerdote no contestó. Caminaba dando grandes zancadas, con la vista clavada en el arrapiezo de ojos azules, sintiendo ganas de besar otra vez sus carrillos mofletudos. No pudo resistir más, lo alzó hasta la altura de su boca, y le dio un beso muy largo.

—El padre le gritó:

—Eh, señor cura. ¡Si quieres otro como ése, no tienes más que pedirlo!

Y empezaron las cuchufletas, al estilo campesino.

Así que se sentaron a la mesa, estalló, como una tormenta, la alegría pesadota de la gente del campo. También los otros dos hijos iban a contraer pronto matrimonio; allí estaban sus novias, que únicamente habían sido invitadas a la comida; y todo era hablar los comensales acerca de las futuras generaciones que de tales bodas se esperaban.

Se lanzaban frases gruesas, muy cargadas de pimienta, que hacían reír por lo bajo a las mozas y retorcerse de risa a los hombres.

Golpeaban con el puño en la mesa, al mismo tiempo que dejaban escapar exclamaciones.

El padre y el abuelo eran una fuente inagotable de dichos picarescos. La madre se sonreía; también las abuelas tomaban su parte en el regocijo y lanzaban alguna que otra chocarrería.

El sacerdote, acostumbrado a aquella clase de excesos campesinos, no se daba por enterado; estaba sentado junto a la comadrona y hacía a su sobrino cosquillas con el dedo en la boca para hacerle reír.

Parecía sorprendido a la vista de aquel niño, como si fuese el primero que veía. Lo miraba con atención pensativa, con una seriedad soñadora, con la ternura que de pronto se

había despertado en lo íntimo de su ser; una ternura nueva, extraña, viva y algo triste, hacia aquella frágil criatura nacida de un hermano suyo.

No escuchaba ni veía nada, absorto en la contemplación del niño. Se sentía conmovido ante aquella larva de hombre, como un misterio inefable en el nunca había pensado; un misterio augusto y santo: el de la encarnación de un alma nueva, el gran misterio de la vida que empieza, del amor que se despierta, de la raza que se perpetúa, de la Humanidad que sigue siempre adelante. La comadre comía con cara congestionada y ojos brillantes, y el niño la molestaba, porque la alejaba de la mesa.

El cura le dijo:

—Démelo. Yo no tengo ganas de comer.

Volvió a cogerlo en brazos. Todo cuanto le rodeaba desapareció para él, como si se borrara; no tenía ojos sino para aquella carita sonrosada y mofletuda; poco a poco, a través de las mantillas y de la sotana, el calor de aquel cuerpecito le fue llegando a las piernas, le fue calando como una caricia muy leve, muy agradable, muy casta; era una caricia deliciosa que le empañaba los ojos de lágrimas.

El barullo de los comensales se iba haciendo terrible. El niño, desasosegado por aquel vocerío, rompió a llorar.

Alguien gritó:

—Oye, tú, curita; dale de mamar.

La explosión de carcajadas hizo retemblar el comedor. La madre se levantó, cogió a su hijo y se lo llevó a la habitación de al lado. Al cabo de algunos minutos volvió, diciendo que el niño dormía tranquilo en su cuna.

Siguieron comiendo. Hombres y mujeres salían de cuando en cuando al corral, y al rato volvían a la mesa. Los platos de carne, de legumbres, la sidra y el vino desaparecían en las bocas como en una sima, hinchaban los estómagos, encandilaban los ojos, ponían en delirio las cabezas.

Empezaba a hacerse de noche cuando se sirvió el café. Hacía rato que el cura había desaparecido, sin que a nadie llamase la atención su ausencia.

La joven madre se levantó, al fin, para ir a

ver si el pequeño seguía dormido. Estaba ya oscuro. Entró a tientas en la habitación; se adelantó, extendiendo hacia adelante los brazos, para no tropezar con los muebles. Un ruido extraño la detuvo en seco y se volvió atrás asustada, con la certeza de haber oído que alguien se movía. Entró en el comedor, pálida y temblorosa, y lo contó. Todos los hombres se levantaron con estrépito, ebrios y amenazadores; el padre cogió una lámpara y se precipitó dentro de la habitación.

De rodillas junto a la cuna, con la frente apoyada en la almohada en que descansaba la cabeza del niño, el señor cura sollozaba.

Le Gaulois, 14 de enero de 1884

El bautismo (II)

Le baptême

Vamos, doctor, un poco de coñac.

—Con mucho gusto.

Y el viejo médico de marina, después de alargar el brazo para presentar su copita, vio cómo ésta se iba llenando hasta los bordes con la deliciosa bebida de reflejos dorados.

Luego se la puso a la altura de los ojos, para mirar a través la luz de la lámpara; se la acercó a las narices y aspiró; se la llevó a los labios, vertió algunas gotas en ellos, las paladeó delicadamente y dijo:

—¡Oh, el precioso veneno, el seductor asesino, el delicioso destructor de los pueblos! Vosotros no lo conocéis. Leísteis seguramente el admirable libro que se llama L 'Assomenoir; pero no habéis visto, como yo, de qué manera exterminaba una tribu de salvajes el inhumano alcohol, llevado en toneles panzudos y desembarcado tranquilamente por los marineros ingleses de barbillas rojas.

Y he visto también, con estos ojos míos, un drama producido por el alcohol, bien extraño y conmovedor, muy cerca de aquí, en Bretaña, en un villorrio de las cercanías de Pont l'Abbé.

Habitaba yo entonces, durante una licencia de un año, una casa de campo que me había dejado mi padre. Ya conocéis esa región plana, con la costa arenosa donde el viento sopla en los juncales de noche y de día, donde a trechos aparecen de pie o echadas esas enormes piedras que fueron dioses y

que han guardado algo de alarmante en su postura, en su aspecto y en su forma.

Siempre me parece que han de animarse de pronto y recorrer la campiña con paso lento y pesado, con paso firme de colosos de granito, o volar con alas inmensas, con alas de piedra también, hacia el paraíso de los druidas.

El mar cierra y domina el horizonte; el mar agitado, lleno de escollos rodeados siempre de espuma, como negras cabezas de perros que aguardan a los pescadores.

Y los hombres se lanzan a ese mar terrible que vuelca sus traineras con una sacudida de su lomo verde y las traga como píldoras. Se lanzan en sus barquichuelos de día y de noche, atrevidos, afanosos y borrachos.

Borrachos lo están con mucha frecuencia, y lo disculpan con estas palabras: "Mientras la bota está llena se ven los escollos, pero en cuanto la vaciamos, ya no vemos nada amenazador."

Entrad en sus cabañas. Nunca encontraréis al hombre. Y si preguntáis a la mujer dónde se halla el marido, tenderá su brazo hacia el mar terrible que ruge y salpica la costa con sus blancos salivazos. El hombre naufragó una noche, borracho. El hijo mayor, también. Quedan aún cuatro muchachotes crecidos, robustos y rubios. Pronto les llegará su vez.

En mi casa de campo, cerca de Pont L'Abhé, vivía yo solo con mi criado, un viejo marinero, y una familia bretona que guardaba la finca en mi ausencia y se componía de tres individuos: dos hermanas y un hombre casado con una de ellas, que me servía de hortelano.

Aquel año, hacia Navidad, la casada parió, y me hicieron padrino de la criatura. No pude negarme; y el padre, al exponerme su pretensión, me pidió diez francos para los gastos de la parroquia.

La ceremonia debía celebrarse el 2 de Febrero. Desde ocho días antes la tierra estaba cubierta de nieve, como si una inmensa alfombra blanca y dura se hubiera extendido sobre la campiña. El mar ennegrecido contrastaba con la playa, y alzaba su lomo deshecho en olas amenazadoras, como si quisiera arrojarse sobre su vecina, que parecía muerta: de tal

modo se mostraba silenciosa, fría y pálida la playa.

A las nueve de la mañana Kerandec llegó a mi puerta con su cuñada Kermagan; tras ellos iba la comadrona con el niño envuelto en una colcha.

Y nos dirigimos a la iglesia. El frío era glacial, bastante para hendir los dólmenes; uno de esos fríos desgarradores que cuarteán la piel y hacen padecer horriblemente con su contacto que hiela y abrasa. Yo iba preocupado por el pobre recién nacido y pensaba que la raza bretona debía ser de hierro, puesto que sus hijos resistían aquellas temperaturas desde la hora de nacer. No habían abierto aún la puerta de la iglesia. El párroco se retrasaba.

Sentada la comadrona en un pozo cerca del umbral, empezó a desenvolver al niño.

Creí que lo hacía para doblar el pañal mojado, pero dejó desnudo al infeliz, completamente desnudo, y a merced del aire helado. Me indignó tal imprudencia, y la dije: —¿Se ha vuelto usted loca o se propone matarlo?

La mujer respondió plácidamente:

—No, señor amo; debe presentarse a Dios completamente desnudo.

El padre y la tía miraban aquello con tranquilidad. Era la costumbre. De no hacerlo así, hubieran, supuesto que sería desgraciado el niño.

Me incomodé, insulté al hombre y amenacé con irme si no abrigan a la tierna criatura. Todo fué inútil; la comadrona huía de mí, corriendo sobre la nieve, y el cuerpo de mi ahijado se amorataba. Ya me había resuelto a retirarme para no ser cómplice de aquellas bestias, cuando apareció el párroco seguido del sacristán y de un muchachuelo. Corrí hacia él para darle cuenta 'de mi justa indignación en tono violento. Ni sorprendido, ni apresurado, se limitó a responderme con tranquilidad:

—Qué quiere usted, caballero; es la costumbre. Como lo hacen todos, no es posible impedir que lo hagan éstos.

—Pues ya que ha de ser así, apresure usted la ceremonia —le dije.

El repuso:

—No puedo ir más de prisa.

Y entró en la sacristía mientras nosotros quedábamos en el umbral de la iglesia. Yo padecía más que mi pobre ahijado, el cual no dejaba de berrear al dolerse de las mordeduras del frío.

La puerta se abrió al fin, y entramos.

Tuvieron desnudo al niño durante la ceremonia, que fue interminable.

El párroco mascullaba las frases latinas que salían de su boca deshechas contra sentido. Se movía con lentitud con una lentitud de tortuga sagrada, y la sobrepelliz blanca helaba mi corazón como otra nieve en que se envolviera para hacer sufrir en nombre de un Dios inclemente y bárbaro a la pobre larva humana torturada por el frío.

Terminados todos los ritos bautismales, la comadrona envolvió nuevamente en la colcha, al niño helado que no dejaba de lamentarse con voz aguda y dolorida.

El sacerdote me preguntó:

—¿Quiere usted firmar el registro?

Dirigiéndome a mi hortelano, exclamé:

—Pronto, a casa de prisa; y calentad bien a esa criatura.

Le di algunos consejos para evitar —si era tiempo aún— la pulmonía.

El hombre prometió obedecerme, y se fue con su cuñada y la comadrona. Yo entré con el párroco en la sacristía.

Cuando hube firmado me pidió cinco francos por los derechos.

Como había dado ya diez para este objeto, seguro que los derechos estaban pagados me. negué a satisfacerlos. El cura me amenazó con rasgar la hoja del registro y anular la ceremonia. Yo le amenacé con recurrir al Juzgado.

Después de una querrela muy larga y desagradable, acabé por pagar.

Apenas llegado a mi casa quise enterarme de si había ocurrido algún contratiempo a la criatura.

Pero ni Kerandec, ni su cuñada, ni habían vuelto aún.

La parida estaba sola; temblaba en la cama y decía tener hambre, por no haber comido nada desde el día anterior.

—¿A dónde demonios habrán ido? —

pregunté.

Y ella respondió, como la cosa más natural del mundo:

—Habrán ido a celebrar el acontecimiento.

Era la costumbre.

Me acordé al punto de mis diez francos pedidos para pagar los derechos de la parroquia, y sin duda empleados en alcohol.

Envié un caldo a la madre y mandé preparar abundante fuego en su chimenea.

Ansioso y furioso, me prometía echar de casa a tales bestias, y me preguntaba con terror qué sería del miserable pequeñuelo.

A las seis de la tarde no habían comparecido aún. Dije a mi criado que los aguardara y me acosté.

Dormíme pronto, con el sueño pesado de un marinero.

A la madrugada me despertó mi criado con el agua caliente para afeitarme.

Al abrir los ojos, pregunté:

—¿Y Kerandec?

Mi criado, después de dudar un momento balbuceó:

—Ah, señor amo; ha vuelto después de media noche, borracho como una cuba; tan borracho que apenas podía moverse! Y su cuñada también; y la comadrona también. Creo que han dormido en el campo. De manera que la criatura se ha muerto sin que ninguno de los tres lo notara.

Levantándome de un salto, exclamé:

—¿Ha muerto el niño?

—Sí, señor. Lo han llevado muerto a su madre.

Cuando lo ha visto se ha puesto a llorar, y para consolarla la han hecho beber.

—¿Cómo?. ¿La han hecho beber?

—Sí, señor. Acabo de saberlo ahora mismo. Como Kerandec no tenía ni aguardiente, ni dinero, cogió la botella del petróleo y bebieron los cuatro hasta la última gota. La parida está grave.

Apresuradamente me vestí; eché mano a un bastón, resuelto a castigar la bestialidad de aquellas gentes, y fuí a la casa del hortelano.

La madre agonizaba, borracha de petróleo, junto al cadáver del niño.

Kerandec, la comadrona y la cuñada,

roncaban tendidos en el suelo.

Tuve que cuidar a la enferma, la cual murió a las pocas horas.

Cuando el médico hubo acabado su narración, cogió de nuevo la botella del coñac, y alzando su copita, observó cómo se iba ésta llenando hasta los bordes con el delicioso líquido de reflejos dorados; y después de mirar al trasluz aquel jugo transparente, semejante a un topacio derretido, tragó de un sorbo el veneno pérfido y ardiente.

Gil Blas, 13 de enero de 1885

La becada

La bécase

El anciano barón de Ravots había sido durante cuarenta años el rey de los cazadores de su provincia. Pero hacia ya cinco o seis que una parálisis de las piernas lo tenía clavado en su sillón, y tenía que contentarse con tirar a las palomas desde una ventana de la sala o desde la gran escalinata de su palacio.

El resto del tiempo lo pasaba leyendo.

Era hombre de trato agradable, que había conservado mucho de la afición a las letras que distinguió al siglo pasado. Le encantaban las historietas picarescas, y también le encantaban las anécdotas auténticas de que eran protagonistas personas allegadas suyas. En cuanto llegaba de visita un amigo le preguntaba:

—¿Qué novedades hay?

Tenía la habilidad de un juez de instrucción para interrogar.

En los días de sol se hacía llevar en su amplio sillón de ruedas que parecía una cama, a la puerta del palacio. Detrás de él se situaba un criado con las escopetas, las cargaba y se las iba pasando a su señor. Otro criado, oculto en un bosquecillo, daba suelta a un pichón de cuando en cuando, a intervalos regulares, para que le cogiese de sorpresa, obligándolo a estar en constante alerta.

Se pasaba el día tirando a aquellas aves ligeras, se desesperaba si conseguían burlarle y se reía hasta saltársele las lágrimas cuando el animal caía a plomo o daba alguna voltereta extraña y cómica. Se volvía

entonces hacia el mozo que le cargaba las armas y le preguntaba con espasmódica alegría:

—¡A ése le di lo suyo, José! ¿Viste cómo cayó?

Y José respondía indefectiblemente:

—El señor barón no marra uno.

Al llegar el otoño, y con él la temporada de caza, invitaba como en sus buenos tiempos a sus amigos y disfrutaba oyendo a lo lejos las detonaciones. Iba contándolas y le llenaba de felicidad el que se repitiesen aceleradamente.

Por la noche exigía a cada cazador un minucioso relato de las incidencias del día.

Y los contertulios y el barón permanecían tres horas de sobremesa contando lances de caza.

Los cazadores son gente verbosa y relataban complacidos cien aventuras extrañas e inverosímiles. Algunas se han hecho clásicas y se repetían con toda regularidad. La del conejo que el vizcondesito de Bourril falló en el vestíbulo mismo de su palacio no perdía gracia, y todos los años les hacía retorcerse de risa. No se pasaban cinco minutos sin que surgiese un nuevo narrador.

—Oigo un "¡Biiiiirrrr!... ", y se levanta un bando magnífico a diez pasos de distancia.

Encañono: "¡Pif, paf!", y veo que llueven como botas. ¡Siete cayeron!

Relatos así los dejaban extáticos, porque era norma el prestarse fe mutuamente. Pero, además, era de tradición en aquella casa lo que se conocía con el nombre de "el cuento de la becada". Todos los años, coincidiendo con el paso de estas aves, que constituyen la presa más apetecible, se repetía idéntica ceremonia.

Todas las noches se servía en la cena una de estas aves por barba, porque el barón era aficionadísimo al incomparable bocado; pero las cabezas se dejaban aparte, en un plato.

Después de esto, el barón, con toda la gravedad de un obispo que oficia en el altar, mandaba que le trajesen otro plato con grasa, y ungía cuidadosamente las preciosas cabezas, sosteniéndolas de la punta del pico, delgado y largo como una aguja. Le ponían al alcance una vela encendida y se callaban todos, esperando con ansiedad.

Tomaba a continuación una de las cabezas así preparadas, la pasaba con un largo alfiler, pinchaba en el otro extremo un corcho y equilibraba los respectivos pesos con palitos colocados como balancines; después, y con mucho tiento, plantaba aquel chirimbolo sobre el gollete de una botella, como un palillo de barquillero.

Todos los comensales contaban al unísono y en alta voz:

—¡Una..., dos..., tres!

El barón, dándole un golpecito con un dedo, hacía girar el juguete.

El convidado al que apuntaba el pico puntiagudo al dejar de girar quedaba dueño de todas las cabezas, bocado exquisito que hacía poner los ojos en blanco a sus compañeros de mesa.

El agraciado las iba cogiendo una a una, y las asaba en la llama de la vela. La grasa chisporroteaba, la piel dorada humeaba y el favorecido por la suerte hacía crujir entre sus dientes la cabeza grasienta, sosteniéndola por el pico, dejando escapar exclamaciones de placer.

A cada cabeza levantaban los restantes convidados sus vasos y bebían a su salud. Para final, después de comérselas todas, estaba obligado, en el momento que el barón se lo indicase, a relatar una historia, para indemnizar de este modo a los que no habían tenido su suerte.

Gil Blas, 5 de diciembre de 1882

Las becasas

Les bécasses

Mi adorable amiga: Me preguntas por qué no regreso a París; te asombra y casi te disgusta mi retraso. El motivo que te voy a indicar tal vez no te parezca conveniente ni galante, pero es de peso. ¿Imaginas que un cazador puede volver a París precisamente al pasar las becasas?

Mucho me gusta, ya lo sabes, la vida en una ciudad populosa, la casa y la calle; pero en otoño, prefiero la vida ruda y libre del cazador.

En París, me parece que nunca salgo de un interior, porque las calles, en suma, no son más que habitaciones comunes, largas y sin techo. Andamos entre paredes, pisando un

suelo de piedra o de madera, y los edificios limitan la mirada que no puede nunca extenderse hasta un horizonte de verdura, bosques o sembrados. Millares de personas, codeándose con nosotros, nos tropiezan, nos saludan o nos hablan, y el hecho de tener que librarse de la lluvia con un paraguas, no es bastante para dar la sensación del "aire libre".

Aquí distingo perfectamente, deliciosamente, las diferencias entre lo interior y lo exterior... Pero, no era esto lo que me proponía tratar.

Las becasas emigran, vienen de paso. Vivo en un caserón de Normandía, en un valle cerca de un riachuelo, y salgo de caza desde que amanece, casi todos los días. Cuando no cazo, leo a veces obras que nuestros amigos de París no pueden conocer por falta de tiempo; lectura seria, de observación profunda, labor meditada y minuciosa de un sabio que pasa la vida estudiando el mismo asunto y observando los mismos hechos, para deducir cómo el funcionamiento de nuestros órganos modifica nuestras facultades intelectuales.

Vuelvo a las becasas. Mis dos amigos los hermanos Ormegol estarán conmigo aquí hasta que apunten los primeros fríos. Entonces nos iremos a la finca de Cannelot, cerca de Fécamp, donde hay un bosquecillo delicioso, encantador, en el cual hacen alto, al pasar, todas las becasas.

Ya conoces a los Ormegol, esos gigantes normandos, varones de la vieja y poderosa raza de conquistadores que invadieron la Francia, sometieron a Inglaterra y extendieron su dominio sobre todas las costas de Europa. Construyeron ciudades, pasaron como una ola sobre Sicilia y crearon un arte admirable; derrotaron a los reyes y se apoderaron de sus riquezas; fueron más ladinos que los papas, y sobre todo, fecundaron con su vitalidad a todas las mujeres de la tierra. Los Ormegol son dos ejemplares perfectos de su raza; tienen la voz, la expresión y el alma de sus antecesores, los cabellos dorados como las mieses, y los ojos azules como el mar. Reunidos, hablamos el dialecto de la tierra,

vivimos y pensamos como normandos y sentimos el terruño más que nuestros gañanes.

Hace quince días que aguardamos el paso de las becasas.

Cada mañana, el mayor de los Ormegol me decía:

—Sopla viento del Este. Nevará, y las tendremos aquí dentro de dos días.

El otro, más exacto en sus apreciaciones, anuncia solo una cosa cuando acaba de verla.

Pero el jueves último, al amanecer, entró en mi alcoba dando voces:

—¡Ya está blanca la tierra! Dos días como éste y en marcha, camino de Cannetot.

En efecto, al tercer día salimos para Cannetot. Si llegas a vernos te ríes de nosotros. Nos colocamos en un coche de caza que mi padre hizo construir hace tiempo, una especie de almacén con cuatro ruedas enormes que hacen temblar el suelo cuando avanzan. Todo tiene su lugar allí dentro: hay departamentos para municiones, armas, comestibles y ropa; los hay con rejillas para los perros; todo está resguardado, atendido, menos los cazadores, que han de encaramarse en unas banquetas altas como un tercer piso.

Encaramarse no es cosa muy sencilla; nos valemos de los pies, de las manos y hasta de los dientes en ocasiones, porque nadie se preocupó de poner escalera ni estribos que facilitaran el acceso a tales alturas.

Los dos Ormegol escalaron conmigo aquel edificio tan original como nuestra vestimenta: zamarras de pastor, medias gruesas de lana, por encima de los pantalones, y polainas por encima de las medias; gorras negras de pelo y guantes blancos de pelleja. Cuando estamos instalados, Juan, mi criado, nos tira nuestros tres perros, Pif, Paf y Duc. Pif es el de Simón; Paf, el de Gaspar, y Duc el mío; parecen tres cocodrilos peludos, largos de cuerpo y cortos de talla, patosos y menudos. Apenas asoman sus ojos negros y sus colmillos blancos entre las marañas del pelo que parece un felpudo, y nunca los encerramos en la perrera. Cada uno de nosotros lleva su basset sobre los pies, como un abrigo.

¡En marcha! espantosamente sacudidos por el traqueteo del infame coche. Nieva, nieva de firme, y esto nos alegra. Llegamos a las cinco. El colono Picot nos espera en la puerta. Es achaparrado, resistente, torzudo, —zorro; siempre sonrío, todo le alegra. El paso de las becasas, para Pícot, es la mayor fiesta del año.

La casa es grande y de construcción antigua; la rodean cuatro filas de hayas que la resguardan contra el viento del mar y una pomareda.

Entramos en la cocina y nos acercamos al hogar donde arden gruesos leños; allí está servida la mesa; gira el asador, y las llamas doran un capón jugoso, cuya grasa cae gota a gota en un plato.

La mujer de Picot se acerca y nos saluda.; es alta, prudente, hacendosa, callada; los asuntos domésticos la ocupan sin cesar; tiene la cabeza llena de cifras: los precios de los granos, de las aves de corral, de los huevos, de las cabras, de los bueyes.

Una mujer inteligente, ordenada, infatigable, de cuya laboriosidad y buen juicio se cuentan maravillas en toda la comarca.

En el centro de la cocina vemos la mesa grande y los dos bancos donde irán a sentarse todos los criados y trabajadores de la casa, carreteros, labradores, hortelanos, mozos, criadas y pastores; y todos comerán en silencio, bajo la vigilancia del ama, viéndonos comer en compañía de su amo, Picot, el cual nos hará reír con sus observaciones ingeniosas.

Luego, cuando todos acaben, la mujer comerá sola, rápida y frugalmente, sin quitar ojo de lo que haga la cocinera.

En los días ordinarios, ella y él comen con los demás en la cabecera de la mesa grande.

Los tres cazadores dormimos en una habitación blanqueada, limpia y espaciosa; pero sin otros muebles que tres camas, cuatro sillas y un lavabo.

Gaspar despierta el primero y toca una diana estridente. A la media hora ya estamos todos en disposición de salir.

Picot se une al grupo: caza con nosotros y me prefiere a sus amos. ¿Por qué?

Seguramente porque no soy su amo. El y yo

nos dirigimos hacia la derecha del bosque, mientras Gaspar y Simón se dirigen hacia la izquierda. Vamos a cazar conejos, convencidos ya de que no hay que buscar las becasas; hay que encontrarlas. Salen al paso y se ponen a tiro. Esto es todo. Cuando el cazador se propone descubrirlas, no da con ellas.

Me gusta oír, vibrando en el aire fresco de la mañana, una detonación, y luego la voz formidable de Gaspar que grita: —"¡Becada! ¡Ya cayó una!"

Yo soy más redomado; si mato una becada grito: "¡Un conejo!" —y al mostrar, cuando nos reunimos a medio día, las piezas cobradas, gozo al ver el asombro de mis amigos. Alegra mi almuerzo aquel engaño inocente.

Picot me acompaña. Cruzamos el bosquecillo; caen de las ramas las hojas marchitas, con su murmullo continuado, suave y seco; es algo triste la reposada lluvia de hojas muertas. Hace frío, un frío penetrante que hormiguea en la nariz, en los ojos, en las orejas, y que ha cubierto de un polvillo helado y brillante las hierbas incultas y los terrenos labrados.

Gracias a las pieles de oveja que nos dan un calorcito muy agradable, vamos bien. Da gusto cazar en los bosques durante las mañanas del invierno.

Un perro ladra. Es Pif; le reconozco. Luego calla. Otro ladrado, otro y otro. Ahora Paf le refuerza. ¿Qué hace Duc en silencio? ¡Ah! Gime sin atreverse a ladrar, gime como una gallina estrangulada. Levanta un conejo. Cuidado, Picot...

Se alejan, vuelven, y otra vez se van y otra vez se aproximan. Seguimos todos las evoluciones que hacen, con los ojos y el oído alerta y el dedo en el gatillo.

Se dirigen a la llanura; nosotros detrás. De pronto, un bulto gris, una sombra, cruza el sendero. Apunto y disparo. El humo se disipa en el aire azul; y entre la hierba se agita un copo blanquecino. — "¡Conejo! ¡Conejo! ¡Cayó!" —y lo señalo a los perros, a los tres cocodrilos peludos que agitan la cola felicitándome; luego se van a levantar otro. Duc no dejaba de gimotear. Picot me dice:

"Acaso husmea una liebre: avancemos"
Pero en el límite del bosque, a diez pasos de mí, veo de pie, con su gorro de lana, envuelto en su tapabocas amarillo y haciendo media, como la mayoría de nuestros pastores, a Gargán el mudo, que guarda su ganado. Le digo, como tengo por costumbre: —"Buenos días, pastor"— y él echa mano al gorro y da un alarido. Aun cuando no me oye, comprende que me dirijo a él.

Hace quince años que le conozco; hace quince años que le veo todos los otoños, de pie, haciendo calceta, parado entre el bosque y la llanura. Su rebaño le sigue, obediente a su mirada y a los movimientos de sus brazos. Picot me hace un guiño y dice:

—Mató a su mujer este pastor. La noticia me produjo asombro:

—¿Gargán? ¿El sordomudo?

—Sí; a principios de invierno. Le procesaron.

Y ocultándonos detrás de unos matorrales, para que Gargán no sorprendiera con los ojos las palabras de Picot al salir de los labios, como Picot adivinaba los pensamientos de Gargán en sus acciones, en sus gestos y en la expresión de su mirada, me lo refirió todo. Verás la historia; es un suceso trágico y sencillo.

Gargán, sordomudo de nacimiento, y de familia humilde, desde la niñez era pastor, inteligente y honrado en su oficio. A los treinta y tres años parecía un viejo: tenía buena estatura y una barba patriarcal.

Hace tiempo, al morir una pobre mujer, dejó una hija de quince años, a la cual apodaban "La Gota" por su afición al aguardiente.

Picot recogió a la muchacha; la daba de comer a cambio de alguna faena en la corraliza o en el pajar, donde todas las noches dormía, porque darle cama y salario ya hubiera sido mucho. Sucedió que simpatizaron el sordomudo y ella de tal modo que iban siempre juntos. ¿Cómo se comprendieron y estimaron aquellos dos miserables? ¿Había conocido a otra mujer, antes que a la vagabunda, el hombre que a nadie trataba? ¿Acaso la muchacha le sedujo y encadenó, como Eva tentadora,

entregándose a la orilla de un camino? No es posible averiguarlo; pero vivieron juntos como marido y mujer.

Nadie lo extrañaba y a Picot le parecía bien aquello.

Pero el cura, indignado, al dar sus quejas a los colonos auguró misteriosos y providenciales castigos por su escandalosa tolerancia.

¿Qué hacer? Muy sencillo: casarlos. Ni él ni ella tenían cosa que perder; unos pantalones remendados y una saya llena de jirones eran el único patrimonio de los dos. Nada se oponía en ese caso a que la religión y el decoro quedaran satisfechos. La boda se hizo. En adelante, los mozos creyeron muy divertido ponerle cuernos a Gargán. Mientras no estuvieran casados a nadie se le ocurrió acercarse a "la Gota"; pero luego todos la pretendían. Hay que divertirse con algo. Un vaso de aguardiente a espaldas del marido, y... como una seda. Tuvo tal resonancia la risible aventura que acudieron señores de Gordeville para cerciorarse.

Por medio litro de aguardiente "la Gota" daba el espectáculo a todos con el primero que se prestaba, en un ribazo, arrimados a una pared, en cualquier parte desde donde se viera la figura de Gargán, de pie, haciendo media. Y los hombres reían como locos en todos los cafetines y tabernas de la comarca; no se hablaba de otra cosa en los hogares, y las gentes se paraban en los caminos para decirse: —"¿Has pagado unas copas a la mujer de Gargán?" Sabían todos lo que aquello significaba.

El pastor, indiferente, no había observado nada; pero una tarde, un mozo de Gareville hizo señas a "la Gota" para darle una botella detrás de un paredón. Ella fue corriendo, muerta de risa; y cuando se hallaban más atareados en su empresa criminal, apareció junto a ellos el sordomudo. El mozo escapo, sujetándose los pantalones con las manos, mientras el pastor, con alaridos feroces, agarrotaba el cuello de su mujer.

Acudieron los que trabajaban en las tierras próximas. Era tarde para salvarla; tenía la lengua negra, los ojos fuera de las órbitas; un hilo de sangre la salía de las narices y la

manchaba el rostro.

El pastor fue conducido a la cárcel y se vio el proceso ante la Audiencia de Ruen. Como era mudo, Picot le servía de intérprete. Los detalles del sumario entretuvieron mucho al auditorio.

Picot se había propuesto salvarle, y refirió a los jueces la historia del sordomudo, su matrimonio, y al llegar a las causas del crimen, interrogó al asesino.

En la sala se hizo un silencio profundo.

Picot hablaba despacio, dirigiéndose a Gargán, y al mismo tiempo le hacía señas con los ojos:

—¿Sabías que te burlaba?

El mudo hizo que "no" con la cabeza.

—¿Estaban echados junto a la tapia cuando los sorprendiste?

Al decir esto, Picot hacía una mueca desapacible, como al ver una cosa repugnante, y el mudo hizo que "sí" con la cabeza.

Entonces, el colono, imitando los movimientos del cura cuando echa la bendición, preguntó al sordomudo si mató su mujer porque se había unido a él ante Dios y ante los hombres.

El pastor hizo que "sí" con la cabeza.

Picot expresó claramente:

—Danos a entender cómo sucedió.

Entonces, el sordomudo, por señas, declaró lo que había visto, y, erguido entre los dos gendarmes que le guardaban, imitó la obscena postura de la pareja criminal, enlazada en sus goces.

Alborotó la sala una risa tumultuosa, pero se apagó repentinamente, cuando el pastor, con los ojos encendidos y la barba estremecida rechinaba los dientes como si mordiera, y con los brazos tendidos y los dedos agarrotados, imitaba la terrible actitud del asesino al estrangular a su víctima.

Aullaba furiosamente y su cólera era tan grande como si aún tuviese a la mujer entre las manos y la matara de nuevo.

Los gendarmes le hicieron sentar a viva fuerza y fue difícil calmarle.

Un temblor de angustia se comunicó a la sala entera. Picot apoyó una mano en la cabeza del sordomudo, y dijo:

—"¡Es un hombre honrado!"

Le absolvieron.

Por lo que me incumbe, te aseguro que oí la historia con emoción profunda, y si te la refiero un poco groseramente ahora, es porque juzgo necesario conservar su rudeza campesina.

Sonó un disparo, y la voz formidable de Gaspar como un cañonazo, surgió en el aire.

¡Becada! ¡Ya cayó!

Así empleo mis días, persiguiendo a los conejos y esperando que las becadas pasen cerca de mí, como tú esperas, al salir a paseo en tu coche, que pasen cerca de ti las nuevas modas que pensáis lucir este invierno.

Gil Blas, 20 de noviembre de 1885

La belleza inútil

L'inutile beauté

I

Delante de la escalinata del palacio esperaba una victoria muy elegante, tirada por dos magníficos caballos negros. Era a fines del mes de junio, a eso de las cinco y media de la tarde, y por entre el recuadro de tejados del patio principal se distinguía un cielo rebosante de claridad, luz y alegría.

La condesa de Mascaret apareció en la escalinata, en el momento mismo en que su marido, de regreso, entraba por la puerta de coches. Se detuvo unos segundos para contemplar a su mujer, y palideció ligeramente. Era muy hermosa, esbelta, y el óvalo alargado de su cara, su cutis de brillante marfil, sus rasgados ojos grises y negros cabellos le daban un aire de distinción. Subió ella al carruaje sin dirigirle una mirada, como si no lo hubiese visto, con actitud tan altanera que el marido sintió en el corazón una nueva mordedura de los celos que lo devoraban desde hacía mucho tiempo. Se acercó y la saludó, diciendo:

—¿Sale usted de paseo?

Ella dejó escapar cuatro palabras por entre sus labios desdeñosos:

—Ya lo ve usted.

—¿Al Bosque?

—Es probable.

—¿Me permitirá acompañarla?

—Usted es el dueño del carruaje.

Sin manifestar extrañeza por el tono en

que ella le contestaba, subió al coche, tomó asiento junto a su mujer y ordenó:

—Al Bosque.

El lacayo saltó al pescante, junto al cochero, y los caballos, siguiendo su costumbre, piafaron y saludaron con la cabeza, hasta que pisaron la calzada de la calle.

Los dos esposos permanecían uno al lado del otro, sin despegar los labios. El marido buscaba la manera de trabar conversación, pero era tal la dureza del semblante de su mujer, que no se arriesgaba a ello.

Deslizó disimuladamente su mano hacia la mano enguantada de la condesa, y tropezó con ella como por casualidad; pero su mujer retiró el brazo tan vivamente y con un gesto de tal repugnancia, que lo dejó desconcertado, a pesar de sus hábitos autoritarios y despóticos.

Entonces dijo en voz baja:

—¡Gabriela!

Ella le preguntó, sin volver la cabeza:

—¿Qué quiere usted?

—La encuentro a usted adorable.

Ella no contestó, y siguió arrellanada en el coche con aire de reina irritada.

Subían por la cuesta de los Campos Elíseos hacia el Arco de Triunfo de la Estrella. A un extremo de aquella larga avenida, el inmenso monumento abría su arco colosal sobre un cielo rojo. Parecía que el sol, cayendo sobre él, levantaba por todo el horizonte un polvillo de fuego.

Los carruajes, salpicados de destellos luminosos en los cobres, en la plata y en la cristalería de sus arneses y linternas, formaban un río de doble corriente, una hacia el Bosque, la otra hacia la ciudad.

El conde Mascaret volvió a decir:

—¡Mi querida Gabriela!

Ella, entonces, sin poderse contener más, le replicó con voz exasperada:

—Le ruego que me deje en paz. Ya no me queda ni la libertad de pasear sola en mi coche.

Hizo él como que no la había oído, e insistió:

—Está usted hoy más hermosa que nunca.

La mujer, que había llegado al límite de su

paciencia, le contestó, abandonándose a su cólera:

—Hace usted mal en fijarse en mi hermosura, porque yo le juro que jamás volveré a ser de usted.

Esta vez sí que el marido quedó estupefacto y desconcertado; pero, dejándose llevar por sus hábitos de violencia, lanzó un "¿Cómo dice usted?", que delataba, más que al hombre enamorado, al amo brutal.

Aunque sus servidores no podían oírlos, por el ruido ensordecedor de las ruedas, ella repitió en voz baja:

—¡Ya está ahí el de siempre! ¿Cómo dice usted? ¿Cómo dice usted? Pues bien: ¿se empeña en que se lo diga?

—Sí.

—¿En que yo se lo diga todo?

—Si.

—¿Todo lo que llevo como un peso encima del corazón desde que vengo siendo la víctima de su egoísmo feroz?

El marido se había puesto rojo de asombro y de irritación; y gruñó con los dientes cerrados:

—Sí, hable usted.

Era hombre de mucha estatura, hombros anchos, poblada barba roja; un hombre apuesto, un caballero del gran mundo, reputado de marido modelo y padre excelente.

Por vez primera desde que habían salido del palacio se volvió ella para mirarlo cara a cara:

—Sea, pues. Va usted a oír cosas muy desagradables; pero sepa que estoy dispuesta a todo, que lo desafiaré todo, que no temo a nada y a usted menos que a nadie. También él la miraba a los ojos, alterado ya por la ira, y resolló:

—¡Está usted loca!

—Lo que no estoy es dispuesta a seguir siendo la víctima del suplicio odioso de perpetua maternidad que me viene usted imponiendo desde hace once años. Quiero vivir alguna vez como mujer de sociedad, porque tengo derecho a ello, como lo tienen todas las mujeres.

El marido volvió a palidecer súbitamente, y

balbuceó:

—No entiendo lo que quiere decir.

—Sí que me entiende usted. Hace tres meses que di a luz a mi último hijo, y ya le parece a usted que es hora de que vuelva a estar encinta, porque soy todavía muy hermosa, y, a pesar de todo lo que usted hace, no pierdo mis formas, como usted mismo ha advertido hace un momento, el verme en la escalinata.

—¡Usted desvaría!

—No. Tengo siete hijos y treinta y dos años; hace sólo once que nos casamos y usted echa cuentas de que seguiremos así diez años más. Hasta entonces no dejará usted de estar celoso.

El marido la agarró del brazo y se lo oprimió:

—No le tolero que siga usted hablándome de ese modo.

—Pues yo estoy resuelta a no callar hasta que le haya dicho todo lo que tengo que decirle. Como trate usted de impedírmelo, alzaré la voz para que me oigan los criados que van en el pescante. Si consentí en que subiese al coche fue por eso, porque aquí tengo testigos que le obligarán a escucharme y a dominarse. Óigame bien. Siempre me fue usted antipático, y se lo demostré en toda ocasión, porque yo no miento nunca, caballero. Me casé con usted contra mi voluntad; violentó usted la de mis padres, aprovechando que es usted rico y que ellos se hallaban en situación difícil. Después de muchas lágrimas, tuve que ceder.

"Usted me compró, y luego, cuando me tuvo en su poder, cuando yo empezaba a ser una compañera dispuesta a quererle, a olvidar sus procedimientos de intimidación y de coerción, acordándome únicamente de que tenía el deber de portarme como esposa abnegada, dándole todo el cariño de que yo era capaz, usted se convirtió en un marido celoso, celoso como nadie lo ha sido jamás, con unos celos de espía: bajos, innobles, degradantes para usted y ofensivos para mi persona. No llevaba casada ocho meses y ya usted me creyó capaz de todas las perfidias. Hasta llegó a dármele e entender. ¡Qué ignominia! Como no podía usted impedirme

ser hermosa y agradar, que me calificasen en los salones y en los periódicos como una de las mujeres más hermosas de París, se dio usted a buscar un medio para apartar de mi persona los homenajes que me dedicaban, y se le ocurrió la idea execrable de hacerme pasar la vida en una preñez perpetua, hasta que mi cuerpo inspirase repugnancia a todos los hombres. No; no lo niegue usted. Mucho tardé en comprenderlo; pero, al fin, lo adiviné. Llegó usted a jactarse de ese propósito delante de su hermana, que me lo repitió, porque me quiere y porque le indignó semejante grosería, propia de un hombre zafio.

"¡Acuérdese de las veces que hemos reñido! ¡De las puertas rotas y de las cerraduras forzadas! Me ha tenido usted condenada durante once años a una existencia de yegua madre, recluida en una casa de remonta. En cuanto se manifestaba mi preñez, usted mismo se alejaba de mí, y se pasaba meses sin que lo viese. Me expedía usted al campo, al castillo de la familia, al verde, al prado, para que fuese gestando a mi hijo. Y cuando yo reaparecía, hermosa y lozana, indestructible, siempre seductora y siempre asediada de homenajes, y cuando yo esperaba poder llevar por algún tiempo la vida de una mujer rica, joven y relacionada en sociedad, despertaban otra vez los celos de usted y se iniciaba de nuevo la persecución a que lo empujaba ese anhelo infame y rencoroso que ahora mismo lo agujonea al verse a mi lado. No es el anhelo de poseerme —nunca me negaría yo a ese deseo—, es el anhelo de deformar mi cuerpo. "Ha habido más. Ha habido una táctica abominable y misteriosa que me ha costado mucho tiempo descifrar —pero en su escuela he aprendido a ser astuta—: el cariño que siente usted por sus hijos arranca de que ellos constituían la seguridad suya cuando yo los llevaba en mis entrañas. El amor a los hijos lo ha forjado usted con todo el aborrecimiento que por mí sentía, con los viles recelos momentáneamente calmados, con el gozo de ver cómo mi talle se deformaba.

"¡Cuántas veces he tenido la sensación de

ese gozo suyo, y lo he descubierto en sus ojos, y lo he adivinado! Quiere usted a sus hijos como a otras tantas victorias conseguidas, no porque lleven su sangre. Son victorias obtenidas sobre mí, sobre mi juventud, sobre mi belleza, sobre mis encantos, sobre las galanterías que me dirigían y sobre las que, sin decírmelas directamente, se susurraban en voz baja a mi alrededor. Por eso está usted orgulloso de ellos, y los pasea en break por el Bosque de Bolonia o los hace cabalgar en borriquitos por Montmorency. Y los lleva usted por la tarde al teatro para que, viéndolo rodeado de sus hijos, diga la gente: '¡Qué padre modelo!', y lo vayan repitiendo por..."

El marido la había cogido de la muñeca con brutalidad salvaje, y se la estrujaba con tal violencia que ella se calló, ahogando un lamento que reventaba en su garganta.

Al fin le dijo, en tono muy bajo:

—Quiero a mis hijos, ¿lo oye usted? Es vergonzoso oír a una madre expresarse como lo ha hecho usted. Pero usted me pertenece. Soy el señor..., su señor..., y puedo exigirle lo que quiera y cuanto quiera... La ley..., está de mi parte.

Apretaba con las tenazas de su puño musculoso, como queriendo destrozarle los dedos. Ella, lívida de dolor, hacia esfuerzos inútiles por liberar la mano de aquel torno que se la estrujaba; respiraba fatigosamente y se le saltaban las lágrimas.

—Ya ve usted que soy yo quien manda, y que soy el más fuerte —le dijo el marido.

Aflojó un poco la presión, y entonces ella le dijo:

—¿Cree usted que soy una mujer creyente?

—Sí —balbuceó él, sorprendido.

—¿Está usted convencido de que creo en Dios?

—Desde luego.

—¿Me supone capaz de jurar en falso delante de un altar en el que está guardado el cuerpo de Cristo?

—No.

—¿Quiere usted acompañarme a una iglesia?

—¿Para qué?

—Ya lo verá. ¿Quiere?

—Si usted se empeña, sí.

Ella llamó en voz alta:

—Felipe.

El cochero, inclinando un poco el cuello, pero sin apartar la vista de los caballos, pareció que volvía únicamente la oreja hacia su señora. Ésta siguió diciendo:

—A la Iglesia de San Felipe de Roule.

La victoria, que estaba ya llegando al Bosque de Bolonia, volvió a tomar la dirección de París.

Marido y mujer no cambiaron entre sí una sola palabra en todo este trayecto. Cuando el carruaje se detuvo delante de la puerta del templo, la señora de Mascaret saltó al suelo, y entró en él, seguida a pocos pasos por el conde.

Avanzó sin detenerse hasta la verja del coro, se arrodilló en una silla y oró. Oró largo rato, y el marido, que permanecía en pie a sus espaldas, advirtió, por fin, que lloraba. Lloraba silenciosamente, como suelen llorar las mujeres en los momentos de pena desgarradora. Era un estremecimiento ondulatorio de todo su cuerpo, que terminaba en un débil sollozo, oculto, ahogado; entre sus dedos.

El conde de Mascaret juzgó que la situación se prolongaba con exceso, y la tocó en el hombro.

Este contacto la hizo volver en sí como si hubiese recibido una quemadura. Se irguió y clavó sus ojos en los de él.

—Lo que tengo que decirle es esto. No me asusta nada y puede hacer usted lo que mejor le parezca. Puede matarme si le parece bien. Uno de sus hijos no es suyo. Lo juro delante de Dios que me está escuchando. Era la única venganza que podía tomarme de usted, de su execrable tiranía de macho, de los trabajos forzados de perpetua preñez a que me tiene condenada. ¿Que quién fue mi amante? No lo sabrá usted jamás.

Sospechará usted de todos, pero no logrará descubrirlo. Me di a él sin amor y sin placer, sólo por engañarle a usted. Y también él me hizo madre, como usted. Son siete los que tengo, ¡busque! Pensaba habérselo dicho más adelante, mucho más adelante, porque la

venganza de engañar a un hombre no es tal mientras él no lo sabe. Usted me ha obligado a que se lo confesase hoy. No tengo más que decir.

Huyó hacia la puerta de la iglesia, que estaba abierta, calculando oír detrás de ella el peso presuroso del marido así provocado y esperando caer de un momento a otro al suelo bajo el golpe aplastador de su puño. Pero nada oyó, y fue hasta su coche. Subió a él de un salto, crispada de angustia, jadeante de miedo, y gritó al cochero:

—¡Al palacio!

Los caballos arrancaron a trote ligero.

II

Encerrada en su habitación, la condesa de Mascaret esperaba la hora de la cena, lo mismo que un condenado a muerte espera la del suplicio. ¿Qué haría su marido? ¿Había regresado a casa? ¿Qué habría meditado, qué prepararía, qué tendría resuelto aquel hombre despótico, arrebatado, dispuesto siempre a la violencia? En el palacio no se oía el menor ruido, y ella miraba a cada instante las agujas del reloj. Vino la doncella para vestirla de noche, y después se marchó. Dieron las ocho, y casi en el acto dieron dos golpes en la puerta.

—Adelante.

Apareció el mayordomo, y dijo:

—La señora condesa está servida.

—¿Ha vuelto el señor conde?

—Sí, señora condesa. El señor conde está en el comedor.

Tuvo por un instante el pensamiento de armarse de un pequeño revólver que había comprado hacía poco, en previsión del drama que se preparaba en su corazón. Pero se le ocurrió pensar que estarían allí todos los niños, y sólo se armó de un frasco de sales. Cuando entró en el comedor, su marido esperaba en pie junto a su silla. Cruzaron un ligero saludo y tomaron asiento. Después de ellos, se sentaron los hijos. Los tres varones, con su preceptor, el abate Marín, a la derecha de la madre; las tres niñas, con el aya inglesa, la señora Smith, a la izquierda. El más pequeño, de tres meses, era el único que se quedaba en la habitación con su nodriza.

Las tres niñas, completamente rubias, la mayor de diez años, y con vestidos azules adornados de puntillitas blancas, parecían otras tantas muñecas exquisitas. La más pequeña no había cumplido aún los tres años. Todas eran bonitas y prometían llegar a ser tan hermosas como su madre.

Los tres niños, dos de pelo castaño claro y el otro, de nueve años, castaño oscuro, presentaban perspectivas de desarrollarse como hombres vigorosos, de mucha estatura y anchos hombros. Toda la familia parecía de la misma raza, fuerte y llena de vida.

El señor abate rezó la bendición según tenía por costumbre cuando no había invitados, porque cuando había gente extraña a la casa no se sentaban los hijos a la mesa.

Después se pusieron a comer.

La condesa, atenazada por una emoción que no había previsto, no levantaba los ojos.

El conde miraba tan pronto a los tres niños como a las tres niñas; sus ojos, inseguros, enturbiados por la angustia, examinaban una a una aquellas cabezas. De pronto, al colocar su copa en la mesa, se le quebró, y el líquido rojizo se corrió por el mantel. Bastó aquel ligero ruido para que la condesa se levantara, sobresaltada, de su silla. Se miraron por vez primera marido y mujer. Y siguieron cruzando a cada momento sus miradas; a pesar suyo, a pesar del encrespamiento de su carne y de su corazón que provocaba cada uno de aquellos encuentros, las pupilas de uno buscaban las del otro como se buscan las bocas de dos pistolas.

El sacerdote se daba cuenta de que algo embarazoso ocurría, y se esforzaba en insinuar una conversación. Iba desgranando temas, sin que sus inútiles tentativas hiciesen brotar una idea o arrancasen una palabra.

Dos o tres veces intentó contestarle la condesa, por delicadeza femenina, obedeciendo a sus instintos de mujer de mundo; pero fue en vano. En el desconcierto de su espíritu le fallaban las frases apropiadas, y casi le daba miedo oír su voz en medio del silencio del gran salón, en el que sólo se oía el tintineo de los cubiertos de plata y de la porcelana.

De pronto se inclinó su marido hacia ella y

le dijo:

—¿Me jura usted aquí, en medio de sus hijos, que lo que hace un rato me dijo era sincero?

El rencor fermentado dentro de sus venas la sacudió con una súbita rebelión, y contestando a la pregunta con igual energía que contestaba a sus miradas, alzó las dos manos, la derecha hacia la frente de sus hijos, la izquierda hacia la de sus hijas, y dijo con acento firme resuelto, y sin vacilaciones: —Juro sobre la cabeza de mis hijos que lo que le he dicho es la verdad.

El conde se levantó, tiró la servilleta a la mesa con gesto irritado; al darse la vuelta dio un empujón a la silla, enviándola contra la pared, y salió sin agregar palabra.

Ella, entonces, dejó escapar un profundo suspiro, como si hubiese obtenido la primera victoria, y siguió hablando con mucha tranquilidad.

—No le den importancia, hijitos. Su papá ha tenido hace un rato un gran disgusto, y sufre mucho todavía. En cuanto pasen unos días ya no le importará nada.

Conversó con el abate; conversó con la señora Smith; tuvo para todos sus hijos palabras tiernas, cariñosas, y mimos de madre que ensanchan de felicidad los corazoncitos de los pequeños.

Terminada la cena, pasó al salón con toda su pollada. Hizo charlar a los mayores, contó cuentos a los más pequeños, y cuando llegó la hora de acostarse todos, les dio un beso muy largo, los envió a dormir, y se retiró sola a su habitación.

Aguardó, porque estaba segura de que él vendría. Y como ya sus hijos estaban lejos de ella, se aprestó a defender su vida de ser humano, del mismo modo que había defendido su vida de mujer de mundo, y ocultó en un bolsillo el pequeño revólver cargado que había adquirido unos días antes.

Las horas pasaban; sonaban las horas en el reloj. Se apagaron todos los ruidos del palacio. Únicamente se oía a lo lejos, a través de las tapicerías de los muros, el retumbo suave y lejano de los coches en las calles.

La condesa aguardaba, enérgica y nerviosa. Ya no le temía; estaba dispuesta a

todo, y se consideraba triunfante, porque el suplicio a que lo tenía sometido duraría toda la vida, sin darle un momento de tregua. Las primeras luces del día se deslizaron por debajo de los flecos de las cortinas, y el conde no había aparecido todavía en el cuarto. Entonces ella comprendió que no volvería nunca más, y se quedó estupefacta. Cerró la puerta con llave y corrió el cerrojo de seguridad que ella había hecho colocar; luego se acostó y permaneció en la cama con los ojos abiertos, meditando, sin acabar de comprender, sin poder adivinar qué haría su marido.

III

Fue en el teatro de la Ópera durante un entreacto de Roberto el Diablo. Los caballeros estaban en pie en el patio de butacas, con el sombrero en la cabeza, vistiendo chaleco de ancha boca, que dejaba ver la camisa blanca, en la que brillaban el oro y las piedras preciosas de las abotonaduras; miraban a los palcos, cuajados de mujeres escotadas, llenas de diamantes y de perlas, como flores de un invernadero en el que la belleza de los rostros y el esplendor de los hombros desnudos abriesen sus cálices a todas las miradas, con un acompañamiento de música y de conversaciones.

Dos amigos, vueltos de espaldas a la orquesta, charlaban, mirando al mismo tiempo aquella colección de elegancias, aquella exposición de encantos, verdaderos o falsos, de joyas, de lujo, de jactancia, que se explayaban en círculo alrededor del gran teatro.

Roger de Salins, que era uno de los dos, dijo a su compañero, Bernardo Grandin: —Fíjate qué hermosa sigue siempre la condesa Mascaret.

Entonces el otro miró con fijeza a un palco de enfrente, en el que había una señora alta muy joven, y que atraía todas las miradas de la sala con su deslumbrante belleza. Su tez pálida, con reflejos de marfil, le daba un aire de estatua; y sus cabellos, negros como la noche, ostentaban una estrecha diadema de diamantes, que brillaba como una vía láctea. Bernardo Grandin, después de mirarla un buen rato, contestó con acento juguetón, en

el que se transparentaba un sincero convencimiento:

—¡Vaya que si es hermosa! ¿Qué edad puede tener?

—Espera. Te lo voy a decir con exactitud. La conozco desde su niñez. Estuve presente cuando debutó en sociedad, de jovencita. Tiene..., tiene... treinta..., treinta..., treinta y seis años.

—No es posible.

—Estoy completamente seguro.

—Aparenta veinticinco.

—Ha tenido siete hijos.

—Es increíble.

—Viven los siete y es una buena madre. Visito de cuando en cuando su casa, que resulta agradable, muy tranquila y de un ambiente sano. Esta mujer ha realizado el fenómeno de vivir en familia sin dejar la vida social.

—¿Te parece extraordinaria? ¿Y nunca ha dado motivo a que se hable de ella?

—Nunca.

—Y ¿qué me dices de su marido? Es un tipo extraño, ¿verdad?

—Sí y no. Tal vez hay entre ellos un pequeño drama, uno de esos pequeños dramas del matrimonio cuya existencia se sospecha, que no llegan a clarearse bien, pero que se adivinan con bastante aproximación.

—Y ¿cuál es?

—Yo no sé nada. Mascaret, que era antes un marido perfecto, es hoy un gran juerguista. Cuando era buen marido, tenía un carácter infernal, siempre suspicaz y áspero. Desde que se dedica a divertirse, se ha hecho muy tratable; pero se diría que oculta una preocupación, un pesar, un gusano que lo roe. Y envejece mucho, al revés de su mujer. Los dos amigos dedicaron entonces unos minutos a filosofar acerca de las penas secretas, misteriosas, que pueden surgir en una familia como consecuencia de la diversidad de caracteres o de antipatías físicas inadvertidas al principio.

Roger de Salins, que seguía con la atención fija en la señora de Mascaret, agregó:

—¿Quién va a creer que esa mujer ha

tenido siete hijos?

—Pues los ha tenido, sí señor, en once años. Cuando llegó a los treinta, cerró su período de producción, para entrar en el de exhibición, cuyo final no se adivina todavía.

—¡Pobres mujeres!

—¿Por qué las compadeces?

—¿Por qué? Ponte a pensar un poco, amigo mío. ¡Once años de preñez para una mujer como ésa! ¡Qué infierno! Es la juventud entera, es toda la belleza, son las esperanzas de triunfo, todo el ideal poético de una vida brillante lo que se sacrifica a esa ley odiosa de la reproducción, que convierte a una mujer normal en una simple máquina de hacer hijos.

—Y ¿qué le vas a hacer? Es la Naturaleza.

—Sí; pero yo sostengo que la Naturaleza es nuestra enemiga, que debemos luchar siempre contra ella, porque tiende siempre a reducirnos a la vida animal. Lo que hay en la tierra de limpio, de bonito, de elegante y de ideal no es obra de Dios, sino del hombre, del cerebro humano. Somos nosotros los que nos hemos apoderado de la creación, cantándola, interpretándola, admirándola como poetas, idealizándola como artistas, explicándolo como sabios, que se equivocan, es cierto, pero que encuentran razones ingeniosas y un poco de gracia, de belleza, de encanto oculto y de misterio a los fenómenos. Dios no hizo sino unos seres groseros, llenos de gérmenes de enfermedades, y que, después de unos pocos años de florecimiento animal, envejecen con todas las dolencias, fealdades y decrepitudes humanas. Parece que no los hubiera hecho sino para reproducirse asquerosamente y morir a continuación, como los efímeros insectos de las noches otoñales. He dicho "para reproducirse asquerosamente" y lo sostengo, e insisto. ¿Hay, en efecto, algo más innoble y repugnante que el acto indecente y ridículo de la reproducción de los seres, acto contra el cual se rebelan y se rebelarán eternamente todas las almas delicadas? Este Creador económico y malévolo que a todos los órganos ideados por Él dio dos finalidades distintas, ¿por qué no confió esta misión sagrada, la más noble y la más sagrada de

las actividades humanas, a otros órganos menos desaseados y sucios? La boca, que nutre al cuerpo con los alimentos materiales, derrama también la palabra y el pensamiento. Sana la carne, al mismo tiempo que comunica la idea. El olfato, que proporciona el aire vital a los pulmones, lleva al cerebro todos los perfumes del mundo: el de las flores, el de los bosques, el de los árboles, el de la mar. La oreja, con la que recibimos la comunicación de nuestros semejantes, nos ha permitido asimismo inventar la música, y con ella el ensueño, la dicha, el infinito, además del placer físico del sonido. Pero cualquiera diría que el Creador, astuto y cínico, quiso privar para siempre al hombre de la posibilidad de ennoblecer, revestir de belleza, idealizar su unión con la mujer. Sin embargo, el hombre ha descubierto el amor, lo cual ya es algo, como réplica al Dios marrullero, y ha sabido ataviarlo tan bien de poesía literaria, que consigue que la mujer olvide a veces los contactos a que se ve sometida. Y aquellos de nosotros que sienten su impotencia para engañarse exaltándose, han inventado el vicio y refinado el libertinaje, lo cual constituye igualmente una manera de chasquear a Dios y de rendir homenaje a la belleza, aunque sea un homenaje impúdico. Pero el ser normal hace hijos a estilo de bestia apareada por la ley. ¡Fíjate en esa mujer! ¿No da grima pensar que semejante alhaja, que una perla como ésa, nacida para ser hermosa, admirada, festejada y adorada, haya tenido que pasar once años de su vida dando herederos al conde de Mascaret? Bernardo Grandin contestó, riéndose: —Hay mucho de verdad en lo que has dicho; pero hay muy pocas personas capaces de comprenderte. Salins se fue animando. —¿Sabes cómo concibo yo a Dios? —dijo—. Como a un monstruoso órgano creador, desconocido de nosotros, que siembra por el espacio millones de mundos, de la misma manera que un pez sembraría sus huevos en la mar si estuviese solo. Crea, porque crear es la función de Dios; pero no sabe lo que hace, es estúpidamente prolífico y no tiene

conciencia de toda la serie de combinaciones a que da lugar con la difusión de sus gérmenes. Uno de los pequeños accidentes imprevistos de sus fecundidades ha sido el pensamiento humano; accidente local, pasajero, imprevisto, condenado a desaparecer con la tierra, para resurgir aquí o en otra parte, igual o distinto, en alguna de las combinaciones nuevas del eterno recomenzar de las cosas. Este pequeño accidente de la inteligencia tiene la culpa de que nos sintamos tan incómodos en lo que no había sido hecho ex profeso para nosotros, en lo que no estaba preparado para recibir, alojar, alimentar y dar satisfacción a seres dotados de pensamiento; y él también nos obliga a luchar constantemente, una vez que hemos llegado a ser verdaderamente refinados y civilizados, contra eso que se sigue llamando los designios de la Providencia.

Grandin, que lo escuchaba con atención, porque conocía de tiempo atrás las deslumbradoras paradojas de su fantasía, le preguntó:

—Según eso, ¿el pensamiento humano es un producto espontáneo de la ciega fecundidad divina?

—¡Desde luego! Una función fortuita de los centros nerviosos de nuestro cerebro, por el estilo de las reacciones químicas imprevistas producidas por nuevas mezclas por el estilo también de una producción de electricidad creada por frotamientos o yuxtaposiciones inesperadas, parecidas, en fin, a todos los fenómenos engendrados por las fermentaciones infinitas y fecundas de la materia viva. Amigo mío, basta mirar a nuestro alrededor para que se nos entre la prueba por los ojos. Si un creador consciente hubiese previsto que el pensamiento humano había de llegar a ser lo que es hoy, una cosa tan distinta del pensamiento y de la resignación de los animales, exigente, investigadora, agitada, inquieta, ¿hubiera creado para recibir al hombre de hoy este incómodo recinto de animaluchos, este campo de hortalizas, esta huerta de legumbres silvestres, rocosa y esférica, que nuestra imprevisora Providencia nos preparó

para que viviésemos en él desnudos, dentro de grutas o en los árboles, alimentándonos con la carne de los animales, hermanos nuestros, qué matásemos, o con hierbas crudas que crecen a la intemperie del sol o de la lluvia?

"Basta un segundo de reflexión para comprender que este mundo no ha sido hecho para criaturas como nosotros. El pensamiento, que brotó y se desarrolló por un milagro nervioso de las células de nuestro cerebro, hace de todos nosotros, los intelectuales, unos lamentables y perpetuos desterrados en la tierra, porque es y será siempre impotente, ignorante y lleno de confusiones.

"Contéplala, a esta tierra nuestra, tal y como Dios la ha entregado a los que en ella habitan. ¿No es evidente que está dispuesta, con sus plantas y bosques, únicamente para que vivan en ella animales? ¿Qué se encuentra en ella para nosotros? Nada. Ellos, en cambio, lo tienen todo: las cavernas, los árboles, el follaje, los manantiales, el cobijo, el alimento y la bebida. Por eso las personas exigentes como yo se encuentran siempre en ella a disgusto. Tan sólo aquellos que se parecen mucho al bruto están aquí contentos y satisfechos. Los demás, los poetas, los exquisitos, los soñadores, los investigadores, los inquietos... ¡Ah, qué pobres diablos!

"Comemos repollos y zanahorias, sí señor, y cebollas, nabos y rábanos, porque no hemos tenido más remedio que acostumbrarnos a comer todas esas cosas y hasta a aficionarnos a ellas, porque es lo único que aquí se cría; pero lo cierto es que se trata de una comida de conejos y de cabras, lo mismo que la hierba y el trébol son alimentos de caballos y de vacas. Cuando contemplo las espigas de un campo de trigo maduro, no pongo ni por un momento en duda que aquello ha brotado del suelo para que se lo coma el pico de los gorriones o de las alondras, pero no mi boca. Por consiguiente, cuando mastico el pan, no hago otra cosa que robar lo suyo a los pájaros, lo mismo que les robo a la comadreja y a la zorra cuando como gallinas. La codorniz, la paloma y la perdiz, ¿no son la presa natural

del gavilán? El carnero, el corzo y el buey, ¿no lo son de los grandes animales carniceros? ¿O es que creemos que están destinados al engorde, para que nos sirvan a nosotros su carne asada, con trufas que los cerdos desentierran ex profeso para nosotros?

"Los animales no tienen aquí abajo otra preocupación que la de vivir. Están en su propia casa, alojados y alimentados, y no tienen que ocuparse más que de pacer, cazar o comerse entre ellos, de acuerdo con sus instintos, porque Dios no previó jamás la benignidad y las costumbres pacíficas; lo único que Él ha previsto es la muerte de los seres, que se destruyen unos a otros y se devoran con encarnizamiento.

"En cuanto a nosotros, ¡qué de trabajo, esfuerzos, paciencia, inventiva, imaginación; qué de habilidad, talento y genio han sido necesarios para hacer casi habitable este suelo pedregoso y salvaje!

"Piensa por un momento en todo lo que hemos tenido que llevar a cabo, a pesar de la Naturaleza o contra la Naturaleza, para instalarnos de una manera menos que mediana, con muy poca comodidad y elegancia, en condiciones indignas de nosotros.

"Cuanto más civilizados, inteligentes y refinados seamos, más obligados estamos a vencer y domar el instinto animal, que es la representación dentro de nosotros de la voluntad de Dios.

"Piensa en que hemos tenido necesidad de inventar la civilización, conjunto que tantas cosas abarca, tantas, tantísimas, desde los calcetines hasta el teléfono. Piensa en todo lo que tienes delante de los ojos todos los días, en todas las cosas de que nos servimos de una manera u otra.

"Para hacer más llevadero nuestro destino de brutos, hemos descubierto y fabricado toda clase de objetos, empezando por las casas y siguiendo por los alimentos más exquisitos, bombones, pastelería, bebidas, licores, telas, vestidos, adornos, camas, colchones, carruajes, ferrocarriles y toda suerte de máquinas; hemos descubierto, además, las ciencias y las artes, La escritura

y los versos. Sí; hemos creado las artes, la poesía, la música, la pintura. De nosotros, los hombres, arranca todo el ideal, y también toda la coquetería de la vida, el atavío de las mujeres y el talento de los hombres, cosas todas que han acabado por adornar, por hacer menos árida, monótona y dura esta existencia de simples reproductores, única para la que nos infundió aliento la divina Providencia.

"Fíjate en este teatro. ¿Qué ves aquí dentro sino un mundo no previsto por los destinos inmortales, ignorado por ellos, que sólo nuestras inteligencias son capaces de comprender; una distracción agradable, sensual e inteligente, inventada ex profeso para nosotros, bestezuelas descontentadizas e inquietas?

"Observa a esa mujer, la señora de Mascaret. Dios la hizo para vivir en una caverna, desnuda o arrebujada en pieles de animales. ¿No está mucho mejor tal como la vemos? Y, a propósito: ¿se sabe cómo y por qué su marido, teniendo a su lado una compañera como ella, la abandonó de pronto y se dio a correr detrás de cualquier pérdida, sobre todo después de haber sido lo bastante patán para hacerla siete veces madre?

Grandin le contestó:

—¡Alto ahí, querido! Esa es probablemente la única razón, su cazurrería. Acabó descubriendo que el dormir en casa le salía demasiado caro. Llegó, por cálculos de economía doméstica, a las mismas conclusiones a que tú llegas con la filosofía. Sonaron los tres golpes que indicaban que iba a empezar el tercer acto. Los dos amigos se volvieron de cara al escenario, se descubrieron y tomaron asiento.

IV

El conde y la condesa de Mascaret, sentados el uno al lado del otro dentro del cupé que los llevaba a casa, no despegaban los labios. Pero, de pronto, dijo el marido a su mujer:

—¡Gabriela!

—¿Qué me quiere usted?

—¿No le parece que esto ha durado ya bastante?

—¿A qué se refiere?

—Al suplicio ignominioso a que me tiene sometido desde hace seis años.

—Yo nada puedo hacer.

—¿Cuál de ellos es? Dígame de una vez.

—Jamás.

—Piense usted que ya no puedo mirar a mis hijos ni sentirlos a mi lado sin que la duda me destroce el alma. Dígame cuál de ellos es, y yo le juro que perdonaré y que lo trataré igual que a los demás.

—No tengo derecho a obrar de esa manera.

—¿No ve usted que ya no puedo soportar más esta vida, esta idea que me corroe, esta pregunta que me formulo constantemente y que constituye mi tormento cada vez que los miro? Acabaré por volverme loco.

—Entonces, ¿ha sufrido usted mucho?

—De un modo espantoso. Sin ese sufrimiento no me habría resignado yo al horror de vivir al lado de usted ni al horror, más grande todavía, de saber que hay entre ellos uno, que yo no puedo saber cuál es, que me impide querer a los otros.

Ella insistió:

—¿De modo que ha sufrido usted, real y verdaderamente?

El marido le contestó con acento que delataba su dolor:

—¿No le vengo repitiendo todos los días que ya no puedo soportar más semejante suplicio? Si yo no quisiese a mis hijos, ¿habría vuelto, habría seguido viviendo en esta casa, a su lado y al lado de ellos? Se ha portado usted conmigo de una manera execrable. Sabe usted perfectamente que todas las ternuras de mi corazón son para mis hijos. Soy para ellos un padre a la antigua, lo mismo que he sido para usted un marido por el estilo de las antiguas familias, porque yo sigo siendo un instintivo, un hombre primitivo, de otros tiempos. Sí, lo reconozco; usted despertó en mí unos celos atroces, porque es una mujer de otra raza, de otra alma, con otras necesidades. No olvidaré jamás sus palabras, no las olvidaré jamás. A decir verdad, a partir de aquel día no me he preocupado ya de lo que usted pudiese hacer. Si no la maté fue porque, matándola, desaparecería para mí toda

esperanza de saber cuál de nuestros..., de los hijos de usted, no es mío. He esperado, pero he sufrido más de lo que usted podría imaginarse, porque ya no me atrevo a quererlos, con excepción quizá de los dos mayores; no me atrevo a mirarlos, ni a llamarlos, ni a besarlos, ni a coger a uno sobre mis rodillas, sin que en seguida me pregunte: "¿No será éste?" Y desde hace seis años me he conducido correctamente con usted, y hasta he sido cariñoso y complaciente. Dígame la verdad, y yo le juro que no haré nada malo.

A pesar de la oscuridad del carruaje, creyó él adivinar que su mujer estaba conmovida, y tuvo la sensación de que, por fin, iba a hablar. Por eso insistió:

—Se lo ruego, se lo suplico a usted.

Ella dijo con voz muy queda:

—Quizás he sido más culpable de lo que usted me supone; pero yo no podía, se lo aseguro, continuar con aquella vida odiosa de perpetua preñez. Sólo un recurso tenía para alejarlo a usted de mi lecho. Mentí delante de Dios, y mentí cuando juré con la mano levantada sobre la cabeza de mis hijos, porque jamás lo he engañado.

Él la agarró del brazo en la oscuridad y se lo estrujó de la misma manera que el día terrible de su paseo al Bosque, diciéndole:

—¿Es cierto?

—Es cierto.

Pero él, estremecido de angustia, gimió:

—¡Ahora me voy a ver envuelto en nuevas dudas, y no saldré de ellas jamás! ¿Cuándo mintió usted: entonces o en este momento?

¿Cómo voy a creerle lo que me dice? ¿Cómo dar fe, después de esto, a las palabras de una mujer? No conseguiré nunca saber a qué atenerme. Hubiera preferido que me dijese: "Es Santiago o es Juana..."

El carruaje entraba en el patio del palacio.

Como siempre, cuando aquél se detuvo delante de la escalinata, descendió el conde el primero, y ofreció el brazo a su mujer para subir las escaleras.

Cuando llegaron al primer piso, volvió a decirle:

—¿Puedo hablar algunos instantes más con usted?

Ella le contestó:

—Con mucho gusto.

Entraron en un salón pequeño y un lacayo encendió las luces, sorprendido.

Cuando estuvieron a solas, siguió hablando:

—¿Cómo voy a saber la verdad? Mil veces le pedí que hablase, y usted se encerró en su mutismo, permaneció impenetrable, inflexible, inexorable, y ahora, de pronto, me dice usted que mintió. ¡Y me ha mantenido usted por espacio de seis años en semejante creencia! No; cuando miente es hoy; no sé por qué razón, por compasión quizá.

Ella le contestó con expresión sincera y convencida:

—Si no hubiese procedido así, habría tenido en estos seis años cuatro hijos más.

Entonces él exclamó:

—¿Es ése el lenguaje de una madre?

—¿Cómo? —contestó ella—. Yo no me siento madre de los hijos que aún no han nacido; me basta con serlo de los que ya tengo, y con amarlos con todo mi corazón. Yo soy..., nosotras somos mujeres de un mundo civilizado, caballero. No somos ya, y nos negamos a serlo, simples hembras destinadas a repoblar la tierra.

La condesa se puso en pie, pero él le agarró las manos.

—Una palabra, Gabriela; una sola palabra. ¡Dígame la verdad!

—Acabo de hacerlo. Jamás lo engañé.

Él la miró a la cara y la vio muy hermosa, con sus ojos grises como un cielo frío.

Brillaba en su oscuro peinado, en la opaca noche de sus negros cabellos, la diadema salpicada de diamantes, semejante a una vía láctea. Y sintió de pronto, lo sintió por una especie de intuición, que aquel ser que tenía delante no era una simple mujer destinada a perpetuar su raza, sino el producto extraño y misterioso de tantos complicados anhelos que los siglos han ido amontonando en nosotros, anhelos que, apartándose de su primitiva y divina finalidad, persiguen una belleza mística, entrevista e inalcanzable. Así son algunas mujeres, flores de ensueño únicamente, ataviadas de todo cuanto la civilización ha puesto de poesía, de lujo ideal,

de coquetería y de encanto estético en torno a la mujer, estatua de carne que despierta apetitos inmateriales en tanto grado como la fiebre de la sensualidad.

El esposo permanecía en pie delante de ella, estupefacto de aquel tardío descubrimiento, palpitando confusamente la causa de sus antiguos celos y sin ver claro todavía en aquel problema. Y, al fin, dijo: —Creo lo que me dice. Me doy cuenta de que ahora dice usted la verdad. En aquella ocasión, efectivamente, tuve siempre el recelo de que mentía.

Ella le alargó la mano:

—Entonces, ¿quedamos amigos?

Él se la tomó y se la besó, contestándole:

—Quedamos amigos. Gracias, Gabriela.

Se retiró, sin dejar de mirarla, maravillado de lo hermosa que era todavía, sintiendo nacer en su interior una emoción extraña, más temible quizá que su antiguo y sencillo amor.

L'Echo de Paris, 2 de abril de 1890

Berta

Berthe

Mi viejo amigo — solemos tener a veces amigos de bastante más edad—, mi viejo amigo el doctor Bonnet, me había invitado varias veces a pasar unos días en su casa de Riom. Yo no había estado nunca en la Auvernia, y me resolví, avanzado ya el verano de mil ochocientos setenta y seis, a conocer aquella tierra.

Llegué en el tren de la mañana, y la primera figura que se ofreció a mis ojos, en el andén de la estación, fué la de mi amigo.

Vestía un traje gris y cubría su cabeza un sombrero negro de fieltro blando, cuya copa, bastante alta, iba estrechándose como un tubo de chimenea; un verdadero sombrero de auvernés, que le daba aspecto de carbonero.

Vestido así, el doctor parecía un joven avejentado, con su cuerpo endeble y su abultada cabeza con el pelo blanco.

Me abrazó, con la visible alegría que sienten los provincianos al ver llegar a un amigo cuya visita esperaban impacientes; luego levantó el brazo derecho y lo hizo girar con la mano extendida, satisfecho y orgulloso al decir: "¡Esta es la Auvernia!" Pero yo no

veía más que una cadena de montañas, cuyas cúspides, cual cono truncados, debieron de ser antiguos volcanes. Y, por último, con el índice levantado hacia el nombre de la estación puesto en la fachada, dijo:

—Riom; patria de magistrados, orgullo de la magistratura, que más bien debería llamarse patria de médicos.

En seguida le pregunté:

—¿Por qué?

Y él me respondió sonriente:

—¿Por qué? Lea "Riom, empezando por el final esa palabra, y resultará moir, morir. Esta es la razón, mi joven amigo, que me indujo a instalarme en esta tierra.

Y satisfecho de su broma, guío mis pasos hacia su casa.

En cuanto hube ingerido una taza de café, salimos para que viera yo la población.

Admiré la farmacia y otros edificios famosos con preciosas fachadas de piedra esculpida, ennegrecidas por el tiempo y admirables como joyas. Contemplé la imagen de la Virgen, patrona de los carniceros, y acerca del particular oí el relato de una interesante aventura que reservo para otra ocasión.

Luego el doctor Bonnet me dijo:

—Permitame que le deje durante cinco minutos: he de visitar a una enferma, y cuando termine subiremos a la colina de Châtel-Guyon para mostrarle antes de la hora de comer el aspecto general de la población y la cadena de montañas del Puy de Dome. No se mueva de aquí, porque subo y bajo al momento.

Estábamos frente a una vieja casa de las que abundan en provincias, tristes, cerradas, silenciosas, lúgubres; pero aquélla me pareció de aspecto más acentuadamente misterioso, porque todos los ventanales del piso alto estaban cubiertos, en su mitad inferior, por tablas que impedían asomarse, como si se tratara de que desde aquellas habitaciones fuera imposible ver la calle.

Cuando el doctor volvió a reunirse conmigo, le comuniqué mi suposición, y sus palabras confirmaron mi sospecha:

—No se ha equivocado usted. Una infeliz persona que vive ahí dentro no ha de ver

nunca lo que ocurre fuera. Es una loca; más bien una imbécil; mejor aún sería llamarla simple. Se trata de una lúgubre historia y de un singular caso patológico. ¿Le interesaría conocerlo?

Ante mi afirmativa respuesta, prosiguió:

—Han transcurrido veinte años desde que los propietarios de la casa que dejamos atrás tuvieron una hija, que al nacer fue una criatura como todas. Pero pronto advertí que, si bien el cuerpo de la niña se desarrollaba normalmente, no se manifestaba la inteligencia. Pronto soltó los andadores, pero no hubo manera de que pronunciase una palabra. La creí sorda, y me convencí pronto de que oía, pero no comprendía. Los ruidos violentos la sobresaltaban, sin darse cuenta de su origen.

Con los años creció hermosa y muda.

Muda por falta de inteligencia. Traté por todos los medios imaginables de sugerirle un pensamiento, y fueron inútiles mis atenciones. Imaginé que reconocía el pecho de su madre; pero desde que la destetaron esa idea mía se desvaneció. No hubo manera de que asomase a sus labios esa palabra que los niños pronuncian casi al nacer, en la cuna, y los soldados al morir en el campo de batalla: "¡Madre!" Inició algún balbuceo, algún vagido: nada más.

Al aire libre, y al ver el sol, reía y lanzaba chillidos alegres, comparables a los gorjeos de los pájaros en los días de lluvia, lloraba y gemía de una manera lúgubre, semejante al gruñido de los perros que olfatean la muerte. Le complacía revolcarse por la hierba como lo hacen los animalitos. Correr velozmente. Y palmoteaba todas las mañanas al sentir desde su lecho la caricia de los rayos del sol. Cuando abrían la ventana de su alcoba se alegraba su rostro, ansiosa de que la vistiesen.

No diferenciaba unas personas de otras.

No reconocía a los que la rodeábamos; no diferenciaba a su madre de la cocinera, del cochero, de su padre o de mi. Como es mucho mi afecto a esa familia, yo los visitaba diariamente, y con frecuencia me quedé a comer, lo cual me permitió advertir que Berta —le habían puesto ese nombre al bautizarla—

parecía reconocer los manjares y preferir unos a otros.

A los doce años ya tenía el desarrollo de los dieciocho y era tan alta como yo.

Se me ocurrió entonces cultivar su gula, y por este medio imponer a su dormida inteligencia distinciones que la obligaran por la diferencia de los gustos, ya que no a razonar, por lo menos a diferenciar instintivamente unas impresiones de otras, y esto constituiría ya un trabajo material del pensamiento.

Teniendo en cuenta sus pasiones y eligiendo las que juzgáramos convenientes, sería fácil obtener después algo así como una contraposición de lo corporal sobre lo inteligente y aumentar poco a poco el funcionamiento insensible del cerebro.

Le puse un día en la mesa dos platos: uno con sopa y otro de crema de vainilla, muy dulce. Le di a probar del uno y del otro alternativamente, y cuando lo dejé a su libre elección, tomó la crema.

En poco tiempo la hice muy golosa; tan golosa, que parecía no tener otro propósito ni otro deseo que la satisfacción de su apetito. Distinguía ya perfectamente unos platos de otros y se apoderaba del que fuera más de su gusto para saborearlo ávidamente. Y lloraba si no se le consentía comerlo.

Entonces quise acostumbrar su oído a comprender la relación del toque de la campana con la hora de la comida. Me costó mucho trabajo, pero logré mi propósito.

Seguramente supo establecer, en su rudimentario entendimiento, una correlación entre su oído y su gusto, una llamada hecha por un sentido a otro, y, por tanto, una especie de encadenamiento de ideas... Si puede considerarse idea lo que une instintivamente dos funciones orgánicas.

Llevé más adelante mi experimento y la enseñé, ¡a fuerza de enorme trabajo!, a conocer la hora de la comida en el reloj de pared.

Durante mucho tiempo me fue imposible fijar su atención sobre las saetas; sin embargo, llegué a lograr que distinguiera las horas por el sonido. El recurso empleado consistió en suprimir el toque de la campana

y que todos fuesen al comedor al dar las doce. Pero ella corría hacia la mesa en cuanto sonaba el reloj. Poco a poco fue dándose cuenta de que no todas las horas tenían la misma importancia respecto a la comida, y sus ojos, guiados por el oído, se fijaban con frecuencia en las saetas.

Al advertirlo yo, diariamente, a las doce y á las seis, puse un dedo sobre la cifra indicadora del momento esperado por ella; y noté pronto que seguía muy atentamente la marcha de las saetas.

¡Lo había comprendido!, aunque más bien debiera yo decir: ¡lo había cogido! Yo había logrado imponer en ella el conocimiento, mejor dicho, la sensación de la hora; como se consigue con las carpas, dándoles a comer todos los días metódicamente, pero sin el recurso del reloj.

Una vez obtenido este resultado, Berta fijó su atención, casi de un modo exclusivo, en todos los relojes que había en la casa. Los observaba con insistente atención en espera de las horas. Llegó a ocurrir algo en extremo curioso. El timbre de un bonito reloj Luis XVI, colgado sobre la cabecera de su cama, se había estropeado. Berta llevaba ya veinte minutos en observación del movimiento de las agujas, que habían pasado sobre la cifra indicadora sin que sonaran las diez; y su estupefacción fue tanta en aquel silencio, que decidió sentarse, abrumada, sin duda, por una emoción violenta, como las que sobrecogen el ánimo ante una espantosa catástrofe. Y tuvo la santa paciencia de aguardar a que la saeta señalara, las once, para ver lo que ocurría. Pero como, naturalmente, no sonó tampoco esa hora, colérica por el engaño sufrido y decepcionada, sea por el espanto que produce un misterio temible, sea por la impaciencia furiosa del apasionado que tropieza en una imprevista dificultad, cogió las tenazas de la chimenea, y a fuerza de golpes hizo pedazos el precioso reloj. Luego su cerebro funcionaba, calculaba, ciertamente de manera confusa y entre límites muy estrechos, al punto de que no logré hacerle distinguir unas personas de otras. Era, pues, necesario, para obtener un

funcionamiento de la inteligencia, recurrir a las pasiones en el sentido material de la palabra.

Se nos ofreció pronto una prueba más, una prueba terrible.

Su figura era encantadora; un modelo de la raza; una especie de Venus admirable y estúpida.

Acababa de cumplir dieciséis años, y no puede concebirse más perfección de formas en el cuerpo y de facciones en el rostro. La he comparado a Venus y era, en realidad, una Venus rubia, maciza, vigorosa, con hermosos ojos, claros y fríos, de pupilas azules; boca de labios carnosos, glotona, sensual; boca incitante al beso.

Una mañana entró en mi despacho su padre, con aspecto meditabundo, y después de sentarse, como si estuviese abatido, sin contestar a mis corteses atenciones, me sorprendió con la siguiente pregunta:

—He de consultar con usted algo muy grave. ¿Podríamos..., podríamos casar a Berta?

—¡Casar a Berta! —dije con asombro—.

¿Casar a Berta? Pero... ¡es absurdo!

Y él insistió:

—Si... Ya sé... Hay que reflexionar...

Acaso... Tal vez... Es posible... Tener un hijo sería para ella un sacudimiento... Una sorprendente ventura... ¡Quién sabe si su inteligencia despertaría en el misterio de la maternidad!

Me obligó a discurrir. Acaso estaba en lo justo. Puede acontecer que algo tan asombroso como el instinto maternal que arraiga en el corazón de las mujeres, como en el de las bestias, que lanza valientemente a la gallina contra la fiereza del zorro para defender a sus polluelos, causaría una revolución, un trastorno favorable para poner en marcha el mecanismo del pensamiento en la cabeza inerte de aquella hermosa criatura.

Y al punto recordé un ejemplo personal.

Tuve, años atrás, una perrita de caza tan estúpida que no me fue posible instruirla en su oficio; pero en cuanto crió, no diré que se volviera muy cazadora, pero si comparable a los perros de mediana utilidad.

Apenas vislumbré algún buen resultado

posible, me obsesionó el propósito de casar a Berta, no tanto en beneficio de la pobre criatura y de sus padres como por curiosidad profesional. ¿Qué ocurriría? Se planteaba un interesante problema.

Y contesté al padre:

—Acaso tenga usted ratón... Se puede intentar... Intentar... Pero... Pero... Lo difícil es buscarle marido.

Con la voz apagada, el padre dijo:

—Sé de alguno.

Estupefacto al oír esto, balbucí:

—Alguno... ¿digno? ¿Alguno de la sociedad que ustedes frecuentan?

El afirmó:

—Sí; un hombre correcto.

—¿Puedo saber su nombre?

—He venido, precisamente, a consultarlo con usted. Se trata de Gastón de Lucelles.

A punto estuve de gritar: "¡Ese canalla! "

Pero me contuve, y, después de un silencio, dije:

—Sí. Muy bien. Por mi parte, no veo inconveniente.

Y el Infeliz padre me oprimió la mano al decir:

—La casaremos el mes próximo.

Gastón de Lucelles era un calaverón de noble familia, que derrochó la herencia paterna y contraía deudas por indelicados procedimientos. En busca de nuevos recursos para procurarse dinero, había encontrado éste.

Buen mozo, de modales distinguidos, pero de la clase odiosa de calaveras provincianos, lo consideré para la prueba un marido suficiente, del que nos libraríamos pronto con asignarle una pensión.

Frecuentó el trato de la familia para galantear y pretender a la bella idiota, que al parecer le agradaba de veras. La llevaba flores, le besaba las manos, y sentado a sus pies la miraba con ternura; pero Berta no reparaba en sus atenciones y no le distinguía en modo alguno de las demás personas que vivían junto a ella. A pesar de todo, se realizó el matrimonio.

Comprenda usted hasta qué punto sentí despierta mi curiosidad.

Al día siguiente visité a Berta, para ver si descubría en su rostro algo que reflejara una emoción sentida; pero la encontré como siempre: sólo preocupada por el reloj y por la comida. En cambio, el marido parecía muy satisfecho y trataba de provocar alegría y cariño en su esposa con los arrumacos y los juegos que se les hacen a los gatitos. No había encontrado un recurso más propio.

Visité asiduamente a los recién casados y pronto advertí que Berta distinguía de las demás personas a su marido y le miraba con ávidos ojos, como solamente había mirado hasta entonces las golosinas. Imitaba sus movimientos, distinguía sus pasos en la escalera y en las habitaciones contiguas; al verle aproximarse, palmoteaba y en su transfigurado rostro se transparentaban la felicidad y el deseo. Le quería con todo su ser, con toda su alma, su pobre alma enferma; con todo su corazón, su pobre corazón de bestia agradecida.

Era, en verdad, un trasunto admirable de la pasión ingenua, de la pasión carnal, que no dejaba de ser pudorosa, como la Naturaleza la impuso a sus criaturas antes que el hombre la complicara y desfigurase con todas las variaciones del sentimiento.

Pero el esposo no tardó en sentirse fatigado por las ansias de aquella hermosa mujer muda y ardiente. Se alejaba del hogar la mayor parte de las horas del día, dando por supuesto que bastaba dedicar las de la noche a la esposa.

Y ella empezó a sufrir.

Le aguardaba mañana y tarde con los ojos fijos en el reloj, sin que la preocupara siquiera la comida, porque su marido comía siempre fuera, en Châtel-Guyon, en Clermont, en Royat, en cualquier parte, sin más objeto que verse libre de su presencia. La pobre criatura enflaquecía visiblemente. Cualquiera otra inclinación, cualquier otro deseo, cualquiera otra confusa esperanza se borraron en su ansiedad; y las horas en que no le veía llegaron a ser para ella un suplicio atroz.

Más adelante dejó el marido hasta de dormir en su casa, y después de pasar la

noche con mujeres galantes en el Casino de Royat, solamente al amanecer comparecía. Berta se negaba a dormir antes que su marido llegase. Sentada, inmóvil, con los ojos fijos en la esfera del reloj, se abstraía con el avance lento de las saetas sobre el cuadrante donde las horas estaban escritas.

Al oír, lejos aún, el trote del caballo, se levantaba precipitadamente, y al entrar el marido en la alcoba, con un gesto fantasmal, señalaba con el índice de su mano derecha la hora en la esfera del reloj como para decirle. "¡Mira qué tarde vienes! "

Llegó él a sentirse temeroso ante aquella imbécil enamorada y celosa, que manifestaba sus exaltaciones como los brutos, y una noche la golpeó.

Fueron a buscarme. La encontré desesperada, en una horrible crisis de dolor, de cólera, de apasionamiento, ¡qué sé yo! ¿Pueden adivinarse las manifestaciones de un cerebro rudimentario? La calmé con inyecciones de morfina y prohibí en absoluto que la viera su marido, cuyo trato sería para ella mortal.

Enloqueció. Si, amigo mío, la imbécil enloqueció.

Pensaba en el esposo constantemente, y le aguardaba. Le aguardaba de día y de noche despierta y dormida; en cada momento, sin cesar. Y enflaquecía, enflaquecía... Siempre con los ojos clavados en la esfera de los relojes.

Ordené que retirasen todo lo que había en las habitaciones para evitar que, al paso de las horas, buscara en oscuras reminiscencias el momento en que antes el marido comparecía. Me propuse apagar pacientemente aquella sensación, extinguir aquel reflejo de idea que yo había logrado con tanta dificultad.

Y días atrás hice una experiencia: le presenté mi reloj de bolsillo. Berta lo miraba y remiraba en silencio; y por fin articuló espantosos gritos, como si aquel objeto hubiese despertado la emoción adormecida. Enflaquece cada día más, de modo que ya me angustia verla, con los ojos hundidos y brillantes. Va y viene sin descanso, como una

bestia enjaulada.

No sólo mandé poner enrejado a las ventanas, sino que hice colocar en su parte inferior esas tablas y que fijasen los asientos en el suelo; todo para impedir que se asome y vea la calle por donde llegaba él. Sin duda le aguarda todavía.

¡Oh los infelices padres! ¡Qué vida la suya!

En esto habíamos llegado a la cumbre de la colina. El doctor se detuvo y me dijo: —Contemple usted a Riom desde aquí. La población ofrecía el triste aspecto de las viejas ciudades. A la espalda, y hasta perderse de vista, una extensa llanura verde, con arboledas, pueblos y caseríos, todo bañado en una transparente neblina que azuleaba el horizonte. Y por la derecha, a lo lejos, grandes montañas con una serie de cumbres cónicas y como descabezadas con una espada gigantesca.

Nombraba el doctor los lugares y me refería la historia de cada uno.

Pero yo no le atendía. Con el pensamiento fijo en la pobre loca, sólo su imaginaria figura se mostraba en mi presencia, y como un espíritu lúgubre invadía toda la extensión del paisaje.

Bruscamente hice al doctor esta pregunta:

—¿Qué fue del marido?

El doctor, que no esperaba esa curiosidad mía, se decidió a satisfacerla:

—Vive en Royat, en donde recibe la pensión asignada por su suegro. Es feliz y se divierte.

Cuando regresábamos a paso lento, entristecidos y silenciosos, un tálburi, tirado por un hermoso caballo, pasó rápidamente.

Mi amigo me apretó el brazo al decir:

—¡Ahí le tiene usted!

Sólo vi un sombrero de fieltro gris, inclinado sobre la oreja izquierda, sobre dos hombros robustos que desaparecieron entre nubes de polvo.

Le Figaro, 20 de noviembre de 1884

El beso

Le baiser

Encanto mío: De modo que te pasas el día y la noche llorando, porque te abandonó tu marido; no sabes qué hacer y sollicitas

consejo de tu anciana tía, a la que, por lo visto, supones muy experta. No estoy tan enterada como tú te lo imaginas; pero desde luego que no soy del todo ignorante en el arte de amar o, más bien, de hacerse amar, que a ti te falta un poco. A mis años creo que me debe estar permitido confesarlo.

Me cuentas que no tienes para él otra cosa que atenciones, cariños, caricias y besos. De ahí tal vez procede el daño; creo que te excedes en besarlo.

Tenemos en nuestras manos, querida, la potencia más terrible que existe: el amor. El hombre, dotado de su fuerza física, la ejerce por la violencia. La mujer, dotada del encanto, domina por la caricia. Es nuestra arma, arma temible, incontrastable, pero que es preciso saber manejar.

Somos, sábelo bien, las dueñas de la tierra. Narrar la historia del Amor desde los orígenes del mundo, equivaldría a narrar la historia del hombre mismo. Todo arranca del Amor: las artes, los grandes acontecimientos, las costumbres, la moral, las guerras, el derrumbamiento de los imperios.

En la Biblia tropiezas con Dalíla y Judit; en la Leyenda, con Onfala y Helena; en la Historia, con las Sabinas, Cleopatra y tantas más.

Reinamos, pues, como soberanas omnipotentes. Pero es indispensable que empleemos, lo mismo que los reyes, una diplomacia refinada.

El Amor, pequeña mía, está hecho de primores, de sensaciones imperceptibles. Sabemos que es fuerte como la muerte; pero es también tan frágil como el vidrio. El choque más insignificante lo quiebra y nuestro dominio se derrumba, sin que podamos ya reconstruirlo.

Tenemos el poder de hacernos adorar, pero necesitamos una cualidad minúscula: el discernimiento de matices en la caricia, la percepción sutil de lo excesivo en la manifestación de nuestra ternura.

En las horas del abrazo perdemos el sentido del matiz, mientras que el hombre, al que nosotras nos imponemos, no pierde el dominio de sí mismo, conserva la capacidad de apreciar lo ridículo de ciertas frases, lo

desorbitado de determinadas actitudes.

Encanto mío, permanece siempre en guardia sobre este punto, que es donde falla nuestra coraza, que es nuestro talón de Aquiles.

¿Sabes de dónde nace nuestro verdadero poder? ¡Del beso, sólo del beso! Sabiendo presentar y entregar nuestros labios, podemos llegar a ser reinas.

Y, sin embargo, el beso no es sino un prefacio. Pero es un prefacio encantador, más delicioso que la obra misma, un prefacio que se lee una y otra vez, mientras que no siempre es posible... releer el libro.

Sí, el unirse de dos bocas es la sensación más perfecta, más divina que ha sido concedida a los seres humanos; el límite último y supremo de la dicha.

Es en el beso, y únicamente en el beso, donde a veces creemos percibir la imposible fusión que vamos persiguiendo de dos almas, el confundirse en uno dos corazones desfallecientes.

¿Recuerdas los versos de Sully-Prudhomme:

Es la caricia inquieto
desvarío;
del pobre Amor, el
infructuoso empeño
de unir, cosa
imposible, nuestras
almas,
uniendo uno con otro
nuestros cuerpos.

Una caricia tan sólo produce esa sensación íntima, inmaterial. de dos seres convertidos en uno, y eso es el beso. Todo el frenesí violento de la posesión completa no iguala a ese trémulo acercamiento de las bocas, a ese primer contacto, húmedo y lleno de frescor, seguido de la conjunción inmóvil, ardorosa y larga, larguísima, de una y otra.

Es, pues, encanto mío, el beso nuestra arma más poderosa; pero guardémonos de embotar su filo. No olvides que su eficacia es relativa, de puro convencional. Cambia con las circunstancias el estado de ánimo del momento, el sentimiento de espera o de éxtasis del espíritu. Voy a basarme en un ejemplo.

Todas nos sabemos de memoria un verso debido a otro poeta, un verso que nos parece encantador, que nos causa estremecimientos que nos llegan al alma.

Después que el poeta ha descrito la espera del enamorado, en una habitación cerrada y en las primeras horas de una noche de invierno, sus inquietudes, sus impaciencias nerviosas, su miedo horrible de que ella no venga, pinta la llegada de la mujer amada, que entra, por fin, en la habitación, apresuradísima, jadeante trayendo el frío en sus faldas, y exclama:

¡Oh, qué primeros besos al través del velillo!

¿Verdad que hay en este verso un sentimiento exquisito, una observación fina y encantadora, una exactitud perfecta? Todas las mujeres que han corrido a una cita clandestina, aquellas a las que la pasión ha lanzado en los brazos de un hombre, conocen bien esos deliciosos primeros besos al través del velillo del sombrero, y sienten escalofríos con sólo recordarlos. Sin embargo, su encanto depende únicamente de las circunstancias. del retraso, de la espera anhelante; pero la verdad es que, desde el punto de vista pura o impuramente sensual, como prefieras, son detestables.

Fíjate. En la calle hace frío. La mujercita ha caminado de prisa, el velillo está húmedo del vaho frío ya, de su respiración. Brillan gotitas en las mallas del encaje negro. El amante se precipita y pega sus labios a este vaho condensado de los pulmones. El vaho húmedo, que destiñe y está impregnado del sabor repugnante de los colorantes químicos, entra en la boca del joven, le moja el bigote. No son los labios de la bien amada los que el joven saborea; saborea el tinte del encaje impregnado de aliento que se ha enfriado. Sin embargo, todas nosotras decimos con un suspiro, lo mismo que el poeta:

¡Oh, qué primeros besos al través del velillo!

Siendo, pues, completamente convencional la eficacia de esta caricia, debemos guardarnos de que pierda su valor.

Quiero decirte a este propósito, encanto, que he sido testigo en muchas ocasiones de

tu torpeza, aunque no constituyas a este respecto una excepción. La mayor parte de las mujeres pierden su autoridad sin más motivo que el abuso del besar, del besar intempestivo. Si ven que el marido o el amante da señales de un poco de fatiga, porque hay horas de laxitud en las que el corazón, lo mismo que el cuerpo, piden reposo, ellas, en vez de comprender lo que a él le ocurre, se obstinan en caricias inoportunas, lo hastian con su obstinación de ofrércerle los labios, lo cansan al estrecharlo entre sus brazos sin medida ni razón.

Presta fe a mi experiencia. Para empezar, no beses nunca a tu marido en público, en un vagón, en un restaurante. Es un acto del peor gusto. Aguántate las ganas. Él creería hacer el ridículo, y te guardaría siempre rencor.

Desconfía sobre todo de los besos inútiles, prodigados en la intimidad. Tengo la certeza de que haces un espantoso consumo de ellos. Y para citarte un caso, te diré que un día estuviste verdaderamente desagradable.

Nos hallábamos los tres en tu saloncito, y como mi presencia no os embarazaba, tu marido te tenía sentada en sus rodillas y te daba largos besos en la nuca, oculta su boca entre los rizados cabellos de tu cuello. De pronto exclamaste: "¡El fuego!" No os acordabais del fuego, y estaba a punto de consumirse. Todo lo que brillaba en el hogar eran unos tizones mortecinos y a punto de apagarse. Tu marido se levantó en el acto, se precipitó hacia el arcón de la leña y sacó del mismo dos troncos grandísimos, que llevaba con gran dificultad al hogar; y en ese preciso momento fuiste hacia él con tus labios mendicantes y le dijiste: "Bésame". Tu marido volvió la cabeza haciendo un gran esfuerzo para no dejar caer los maderos. Y tú posaste tu boca suave, lentamente, en la de aquel desdichado, que tuvo que aguantar, con el cuello doblado, la cintura en torsión, los brazos doloridos, temblando de cansancio y de esfuerzo violento. Y tu, sin ver ni comprender, eternizaste aquel beso martirizador. Después, cuando lo dejaste en libertad, te pusiste a refunfuñar con gesto de enojo: "¡No sabes besarme!..." ¡Era mucho pedirle encanto!

Ten cuidado con eso. Raya en estúpida manía, en impulso inconsciente tonto, nuestro afán de lanzarnos al beso en los momentos peor elegidos: Cuando él lleva en la mano un vaso de agua; cuando se está poniendo el calzado; cuando se hace el nudo de la corbata, en fin, cuando se encuentra en alguna postura incómoda, entonces lo inmovilizamos con alguna caricia molesta que le fuera a permanecer un minuto en una actitud iniciada, sin sentir, otro deseo sino el de desembarazarse de nosotras.

Sobre todo, no tomes esta crítica como insignificante y mezquina. El amor es cosa delicada, pequeña mía; un nada lo lastima; ten presente que todo depende de nuestro tacto en las zalamerías. Un beso torpe puede ocasionar un gran daño.

Pon en práctica mis consejos.

Tu tía que te quiere, Collette

POR LA COPIA FIEL

MAGNIFREUSE

Gil Blas, 14 de noviembre de 1882

El bicho de

Belhomme

La bête à Mait' Belhomme

Se disponía a salir de Criquetot la diligencia del Havre, y todos los viajeros aguardaban en el parador a que los fueran llamando para ocupar sus asientos.

Era un coche amarillo, cuyas ruedas —con indelebles incrustaciones de barro—, pequeñísimas las del juego delantero, grandes y delgadas las de atrás apoyaban el cajón, deforme y panzudo como el cuerpo de un coleóptero gigantesco. Tres rocinantes blancos, de cabezas enormes y callosas e hinchadas rodillas —dos enganchados en varas y uno delantero— debían arrastrar aquel vehículo monstruoso. Las pobres bestias parecían adormiladas en sus arreos.

El mayoral, Cesáreo Harloville, un hombrecito panzudo y sin embargo ligero —gracias a la obligada costumbre de subir al pescante y a la baca trepando por las ruedas—, que tenía el rostro curtido, arrebolado por el sol y el frío, por el viento, la lluvia y el aguardiente se asomó a la puerta del parador enjugándose los labios con el dorso de su manaza. Canastos redondos y

achataados llenos de gallinas alborotadas, yacían a los pies de los campesinos inmóviles. Cesáreo Harloville los cogió unos tras otro, para encaramarse una y otra vez a dejar su carga en lo alto del coche. Luego colocó, sin traquetearlas, con el mayor cuidado posible, las cestas de huevos. Tiró desde abajo, para no subir una vez más, los morrales de los piensos, paquetes y líos: todas las menudencias Luego abrió la portezuela, y sacó un papel del bolsillo y empezó a llamar a los viajeros:

—El señor párroco de Gorgeville.

Avanzó el cura, hombre fornido, alto, grueso, violáceo y de maneras afables. Se recogió la sotana para levantar el pie, como se recogen el vestido las mujeres, y subió en la diligencia.

—El señor maestro de Rollebose-les-Grinets.

Se apresuró, larguirucho, tímido, enlevitado; y desapareció a su vez, al entrar en la caja.

—El señor Poiret, dos asientos.

Se acercó Poiret, encorvado por la labranza, enflaquecido por la abstinencia, consumido; anguloso, con la piel resquebrajada y sucia. Le seguía su mujer, insignificante y encogida, oprimiendo entre ambas manos un colosal paraguas verde.

El señor Rabot, dos asientos.

Vaciló, por ser en todo indeciso, y mientras avanzaba dijo:

—Me has llamado, ¿no es cierto?

El mayoral, que tenía fama de brusco, se disponía a soltarle una desvergüenza, cuando Rabot fué a dar en la portezuela empujado por su mujer, una cuarentona metida en carnes, de vientre abultado, semejante a un tonel y de manos enormes.

Rabot se coló en el coche como un ratoncillo en su madriguera.

— El señor Caniveau.

Más pesado que un buey, al subirse al estribo se achataron las ballestas; y a su vez se acomodó en la caja.

—El señor Belhomme.

Belhomme, alto, acartonado, se aproximó con el rostro contraído, como si le angustiara un dolor agudo; apretaba un pañuelo sobre la

oreja.

Todos llevaban, sobre sus trajes domingueros, de paño verdoso o negro, blusas azules que se quitarían al llegar al Havre; y cubrían su cabeza con gorras de seda altas como torres: la suprema elegancia del campesino normando.

Cesáreo Harloville cerró la portezuela del coche y subió al pescante, y al restallar su látigo, los tres rocinantes, como si despertaran, erguidos, hicieron sonar los cascabeles de las colleras. Entonces el mayoral, sacudió las bridas y gritó con todo el brío de sus pulmones: "¡Ooé! ¡Ooé! ¡Ooé!", para animar a los pobres animales. "¡Ooé!... ¡Ooé!... ¡Ooé!...".

Sacando fuerzas de flaqueza arrancaron con un trote inseguro y lento. Y al rodar el coche retemblaban los cristales, crujían las maderas, rechinaban los hierros —como si todo aquel artefacto fuese a desquiciarse— con un ruido estruendoso, mientras las dos filas de viajeros traqueteados y sacudidos se agitaban con el vaivén tumultuoso de las olas.

Al principio, todos callaban porque les imponía respeto la presencia del sacerdote; pero como era éste de carácter expansivo y franco, no tardó en provocar la conversación.

—¿Qué me dice usted de bueno, señor Caniveau?

El voluminoso campesino, ligado con el sacerdote por una simpatía de naturaleza robusta y exuberante, respondió sonriente:

—Nada de particular, señor párroco: y usted, ¿cómo sigue?

—Perfectamente. Yo no puedo quejarme. ¡Vaya! ¡Vaya! y el señor Poiret, ¿de qué se duele ahora?

— ¡Nunca me faltan motivos!. La cosecha es medianeja este año, y los negocios... Ya no hay negocios.

—Cada vez se hace más difícil todo.

—Sí; cada vez se hace más difícil todo — repitió la señora Rabot, con acento de marimacho.

Como no era de su parroquia, el sacerdote la conocía sólo de referencias.

—¿Es usted la Blondel?

—Sí, la Blondel; casada Rabot.

Rabot, endeble y tímido, inclinó la cabeza, y sonrió como si dijera: "Si; la Blondel se casó conmigo."

De pronto, el señor Belhomme, que seguía sujetándose contra la oreja el pañuelo, comenzó a gemir de una manera lamentable; daba alaridos y pataleaba para desahogar su horrible sufrimiento.

El sacerdote le preguntó:

—¿Le duelen a usted las muelas?

El campesino dejó un momento de gemir para responder:

—No; no son las muelas...; no me duele ninguna muela... Es el oído...; es dentro del oído...

—Y ¿qué tiene usted en el oído? ¿Un absceso?

—Lo que tengo es un bicho que se me introdujo mientras yo dormía en el pajar.

—¿Un bicho? ¿Está usted seguro?

—¿Si estoy seguro? ¡Como de que hay cielo y purgatorio, señor párroco! Estoy seguro, porque me hurga y me roe constantemente. Me devora, me da calentura... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!...

Comenzó de nuevo a patalear y a dar alaridos.

Interesaron sus desdichas. Cada uno expresaba su parecer. Poiret suponía el tal bicho una araña; el maestro se inclinaba creerlo una oruga. En Campemuret —donde había regentado la escuela siete años— presenció un caso muy semejante: la oruga, que había entrado por la oreja, salió por la nariz, y como para ello, tuvo que romper el tímpano, dejó sordo al paciente.

—Más creíble me parece que sea una lombriz —dijo el sacerdote.

El señor Belhomme, con la cabeza inclinada y apoyado en la portezuela, no dejaba de gemir.

—¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!... Muerde como un lobo... Se abre camino... ¡Me come! ... ¡Huy! ... ¡Huy!...

—¿No has consultado al médico?—le preguntó Caniveau.

—No, no he consultado al médico.

—¿Por qué no fuiste a su casa?

El miedo al médico pareció aliviar a Belhomme.

Se enderezó, pero sin apartar la oreja de la mano, con que sostenía el pañuelo.

—¡A casa del médico! Y en cuanto un médico te coge, te de arruina. ¡Si bastara verle una vez! Pero a nada que tenga uno, hace una visita, y otra, y otra; no se cansa de visitar. Luego hay que darle diez francos, o veinte francos, o treinta francos... Y ¿Qué me hubiera hecho? ¿Lo sabes tú?

Caniveau reía.

—No lo sé. Pero ¿adónde vas así?

—Voy al Havre, a que me vea Chambrelán.

—¿Quién es Chambrelán?

—Un curandero.

—Y ¿te curará?

—Sí. A mi padre lo curó.

—¿A tu padre?

—Sí. Hace mucho tiempo.

—¿Qué tenía tu padre?

—Un mal de aire, que no le dejaba mover el brazo, ni la pierna.

—Y ¿qué le hizo el curandero?

—Le sobó el costado, como soban el pan cuando amasan, y en un par de horas lo puso bueno.

Belhomme sabía que Chambrelán aseguraba el efecto de sus curas con ciertas frases mágicas; pero no se atrevió a decirlo en presencia del sacerdote.

Caniveau insistía risueño:

—¿No será un conejo lo que se te ha entrado en el oído? Al ver la maraña de pelo que asoma, semejante a un zarzal, pudo confundirlo con su madriguera. Voy a espantarlo; verás cómo sale.

Y sirviéndole de tornavoz las palmas de las manos comenzó a imitar la estridente algarabía de perros de caza cuando persiguen a una res. Aullaba, ladraba, chillaba, gruñía, gemía. Y todos los viajeros, incluso el maestro, que no se reía nunca, se hartaron de reír.

El sacerdote comprendió que a Belhomme le molestaba ya servir de pretexto para tan ruidosa broma, y para dar a la conversación otro giro, dirigió a la hercúlea señora Rabot esta pregunta:

¿Tiene usted muchos hijos?

Muchos; demasiados — respondió la mujerona—. ¡Cuesta mucho criar tanta

familia!

Rabot inclinó la cabeza como para reforzar el razonamiento de su mujer.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

Con arrogancia, con voz firme y segura, dijo la señora Rabot:

—¡Quince! Catorce de mi marido.

El tal marido sonreía expresivamente, satisfecho. Tenía catorce hijos, a pesar de su aparente insignificancia. La mujer lo confesaba; nadie lo pondría en duda. Estaba orgullosa de tener catorce hijos.

Pero ¿de quién era el otro, si tenía quince?

La mujer no lo dijo entonces y a nadie sorprendió; conocerían la historia: un hijo anterior al matrimonio, un desliz de soltera.

Ni Caniveau, que reparaba en todo, hizo comentarios ni preguntas; nada.

Belhomme volvió a gimotear:

—¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!...

—¡Me hurga! ¡Me come! ¡Qué desgracia la mía!

La diligencia se detuvo en una posada. El sacerdote dijo:

—Tal vez con un poco de agua saldría.

¿Por qué no lo prueba? ¿Quiere usted probarlo?

—¡Bueno, sí; lo probaré! Se apearon todos para presenciar la operación.

El sacerdote pidió una jofaina, una toalla y medio vaso de agua, y encargó al maestro que sujetara la cabeza del paciente para mantener la oreja en posición horizontal, y cuando el agua hubiese penetrado bien, le volviera de pronto para verterla de un golpe.

Pero Caniveau, que tenía los ojos clavados en la oreja de Belhomme, procurando a simple vista descubrir el bicho, exclamo:

—¡Rediós, qué mermelada! Es necesario destapar la madriguera para que pueda salir el conejo. Se le pegarían las patas en esa confitura.

El sacerdote, al ver el orificio completamente cegado, también opinó que allí no era posible intentar nada. El maestro se encargó de la limpieza valiéndose de un palitroque y de un trapo.

Entre la general ansiedad, el sacerdote vertió en el pabellón de la oreja medio vaso de agua, que, al rebosar corría por la cara,

por el pelo, por el cogote del paciente.
Después, el maestro hizo girar violentamente la cabeza, como si fuese a desatornillarla. Cayeron algunas gotas de líquido en la jofaina. Todos los viajeros se acercaron a ver lo que había salido; pero no vieron bicho alguno.

Sin embargo, Belhomme dijo:

—Ya no siento nada; ya nada me duele.

Y el sacerdote, satisfecho, exclamó:

—¡Es posible que haya muerto ahogado!

Volvieron todos a la diligencia, pero apenas comenzaron a trotar los rocinantes, Belhomme lanzó nuevamente ayes horribles. El bicho se había despertado con más furia; ya le roía, le devoraba el cerebro. Chillaba y se retorció de tal modo, que la señora Poiret, creyéndole poseído por el demonio, comenzó a llorar y hacer cruces. Luego el dolor se calmó algo; el paciente notaba que había vuelto hacia fuera el bicho. Imitaba con los dedos la marcha del animal, y como si lo viera, decía:

—¡Ya sube otra vez!... ¡Huy!... ¡Huy!...

¡Huy!... ¡Qué desdichado soy!

Caniveau empezaba a impacientarse.

—Con el agua se ha exasperado No le gustará sin duda el agua... Echadle vino.

Volvieron todos a reír estrepitosamente.

—Cuando lleguemos a una venta echadle un trago de lo añejo y se calmará. Es lo que pide.

Pero, entre tanto, Belhomme sentía mordeduras inaguantables, Comenzó a gritar como si le arrancasen el alma. El sacerdote le sostenía la cabeza y el mayoral accedió a detenerse para pedir auxilio en cualquier casa de labor.

Así lo hicieron. Entre todos bajaron a Belhomme de la diligencia y lo tendieron sobre un banco de la cocina para preparar la operación. Caniveau aconsejaba se hiciera con aguardiente aguado el nuevo lavatorio, con objeto de adormecer al bicho emborrachándole, y matarlo así tal vez. El sacerdote prefirió vinagre.

Lo dejaba caer gota a gota para que penetrase hasta el fondo, y así estuvo algún rato. Era imposible que resistiera el bicho tan prolongada y desagradable inundación.

Después de preparar como antes una jofaina para recibir en ella lo que saliese del orificio, el sacerdote y Caniveau —dos celosos— volvieron a Belhomme y lo sostuvieron en vilo mientras el maestro le golpeaba en la oreja sana para que se vaciase completamente la otra.

Hasta Cesáreo Harloville estaba presente, atraído por la curiosidad, con el látigo en la mano.

De pronto, repararon que había en la jofaina una mota negra, ¡una pulga que se ahogaba en el vinagre! Hubo exclamaciones de sorpresa primero y después, gritos y risas ruidosas. ¡Una pulga! ¡Tenía gracia, muchísima gracia! Caniveau se golpeaba las rodillas con las manos. Cesáreo Harloville hizo chascar su látigo; el sacerdote soltó la carcajada; el maestro desahogaba su alegría la con una especie de estornudo, y las dos mujeres chillaban de un modo semejante al cacareo de las gallinas.

Belhomme se había sentado, y con la jofaina sobre las rodillas contemplaba con odio y placer al bicho, que forcejeaba por librarse de las gotas de vinagre que no le permitían saltar.

Masculló:

—¡Al fin caíste, roña!—y la envolvió en un salivazo escupido furiosamente.

Cesáreo, loco de alegría, exclamaba:

—¡Una pulga! ¡Una pulga! ¡Ya caíste, animal feroz, animal feroz!

Pero calmándose de pronto, exclamó:

—¡Señores, al coche! Nos hemos entretenido ya demasiado ¡Al coche!

Y los viajeros iban hacia la diligencia sin dejar de reír.

Belhomme, rezagado, insinuó:

—Me quedo aquí para volverme a pie. Ya no tengo que hacer nada en el Havre.

Cesáreo le dijo:

—Está bien. Págame tu asiento.

—Te daré la mitad, pues no he llegado a medio camino siquiera.

—No puede ser; pagarás el asiento hasta el Havre, porque así lo encargaste.

Hubo réplicas insistentes, y la discusión degeneró en disputa furiosa: Belhomme decía que sólo pagaría un franco, y el mayoral que

le cobraría dos.

Vociferaban, acercándose mucho el uno al otro, mirándose amenazadores, topando casi nariz contra nariz.

Caniveau intervino:

—De todos modos, Belhomme, debes al sacerdote dos francos por la cura, y a todos una convidada por los auxilios; en junto, dos francos y medio, más uno que debes a Cesáreo, son tres francos y medio. Paga.

El mayoral se regocijaba seguro de que Belhomme se vería obligado a soltar aquel dinero, y dijo:

—Me conformo.

—Paga —insistió Caniveau.

—No pago y no pago —sostuvo el otro—.

No pago. El sacerdote no es médico.

—Si no pagas en seguida, te meto en la diligencia y te llevaré al Havre.

Cogió a Belhomme por la cintura y lo alzó como a un chiquillo.

Belhomme, al ver que sería inútil su resistencia, sacó la bolsa y pagó.

El coche siguió hacia el Havre, mientras Belhomme desandaba lo andado por la carretera, pesaroso y a pie; y los viajeros reían aún a carcajadas al ver cómo se balanceaba al compás de sus largas piernas.

Gil Blas, 22 de septiembre de 1885

El bigote

La moustache

Una dama de la nobleza, hace toda una apología del bigote, argumentando las excelencias de este cúmulo de pelos sobre el labio, en las actitudes galantes, amorosas y viriles de los hombres de Francia.

Castillo de Solles, lunes 30 de julio de 1883.

Querida Lucía, nada nuevo. Vivimos en el salón viendo como cae la lluvia. No se puede salir con este tiempo horroroso; entonces hacemos teatro. Que estúpidas son, querida, las obras de teatro del repertorio actual. Todo es forzado, todo es grosero, pesado. Las bromas impactan como las balas de cañón, rompiéndolo todo. Ni rastro de espíritu, de naturalidad, ningún humor, ninguna elegancia. Estos literatos por cierto no saben nada del mundo. Ignoran por completo como pensamos y como hablamos nosotros. Tolero

perfectamente que desprecien nuestras costumbres, nuestras convenciones y nuestros modales, pero no les permito en absoluto que no los conozcan. Para ser finos, hacen juegos de palabras que podrían servir para alegrar un cuartel militar; para ser joviales nos sirven un ingenio que han debido cosechar en las alturas del bulevar exterior, en esas cervecerías llenas de artistas en las que se repiten, desde hace cincuenta años, las mismas paradojas de estudiante.

En fin, hacemos teatro. Como sólo somos dos mujeres, mi marido desempeña los papeles de doncella, y para ello se afeitó. No te imaginas, querida Lucía, que cambiado está, ya no lo reconozco... ni de día ni de noche. Si no dejase crecer enseguida su bigote creo que le sería infiel, de tanto que me disgusta así.

En serio, un hombre sin bigote deja de ser un hombre. No me gusta mucho la barba que casi siempre da un aspecto desaliñado, pero el bigote, ¡ay, el bigote!, se hace imprescindible en una fisonomía viril. No, nunca podrías imaginar cuán útil resulta para la vista y... las relaciones entre esposos este pequeño cepillo de vello en el labio. Se me han ocurrido un montón de reflexiones sobre este tema que apenas me atrevo a contarte por escrito. Te las diré de buena gana... en voz baja. Pero las palabras que expresan ciertas cosas son tan difíciles de encontrar, y algunas palabras insustituibles, resultan tan feas sobre el papel, que no puedo escribirlas. Y además, el tema es tan complejo, tan delicado, tan escabroso, que necesitaría una ciencia infinita para abordarlo sin peligro. ¡En fin! da igual si no me entiendes. Y además, querida, procura leer entre líneas. Sí, cuando mi marido me llegó afeitado, enseguida supe que jamás sentiría debilidad por un comediante, ni por un predicador, aunque fuese el padre Didon, el más seductor de todos. Y cuando más tarde estuve a solas con él (mi marido), fue mucho peor. ¡Oh! querida Lucía, nunca te dejes besar por un hombre sin bigote; sus besos no tienen ningún sabor, ninguno, ninguno! ya no tiene ese encanto, esa suavidad y esa...pimienta, sí, esa pimienta del auténtico beso. El bigote

es su guindilla.

Imagínate que te apliquen en el labio un pergamino seco...o húmedo. Esa es la caricia del hombre afeitado. Desde luego ya no merece la pena.

¿De dónde viene pues la seducción del bigote, me preguntarás? ¿Acaso lo sé? Primero te produce un delicioso cosquilleo. Te roza la boca y sientes un escalofrío agradable por todo el cuerpo, hasta la punta de los pies. Es él el que acaricia, el que estremece y sobresalta la piel, el que otorga a los nervios esa vibración exquisita que te arranca ese pequeño "¡Ah!", como si una tuviese mucho frío.

¡Y en el cuello! Sí, ¿has sentido alguna vez un bigote en tu cuello? Eso te embriaga y te crispa, te baja por la espalda, te llega hasta la punta de los dedos. Te retuerces, mueves los hombros, echas la cabeza hacia atrás. Una desearía huir y quedarse; ¡es adorable e irritante! ¡Pero qué sensación tan agradable! Hay más todavía...¡de verdad, ya no me atrevo! Un marido que te quiere del todo sabe encontrar un montón de recónditos lugares donde esconder sus besos, de los cuales una no se percataría nunca sola. Pues bien, sin bigote esos besos también pierden mucho de su sabor; ¡sin contar que se vuelven casi indecentes! Explícalo como puedas. En cuanto a mí, ésta es la razón que lo justifica. Un labio sin bigote está igual de desnudo que un cuerpo sin ropa; y, la ropa siempre hace falta, muy poca si tú quieres, ¡pero es necesaria!

El Creador (no me atrevo a escribir otra palabra al hablar de estas cosas), el Creador tuvo el detalle de velar todos los amparos de nuestra carne donde tenía que esconderse el amor. Una boca afeitada se me parece a un bosque talado alrededor de alguna fuente a donde se va a comer y dormir.

Eso me recuerda una frase (de un político) que desde hace tres meses me está dando vueltas en la cabeza.

Mi marido, que lee los periódicos, me leyó, una noche, un discurso singular de nuestro ministro de agricultura que se llamaba entonces el Señor Méline, ¿habrá sido sustituido por otro? Lo ignoro.

No estaba escuchando, pero el nombre de Méline me llamó la atención. Me recordó, no sé muy bien porqué, las escenas de la vida de Bohemia. Creí que se trataba de una modistilla. Así fue cómo memoricé unos fragmentos de este discurso. Entonces el Señor Méline les hacía a los habitantes de Amiens, creo, esta declaración cuyo significado llevaba buscando hasta la fecha: "No hay patriotismo sin agricultura". Pues ese significado, lo he hallado hace un rato; y he de confesarte que no hay amor sin bigote. Cuando uno lo dice de este modo suena raro, ¿verdad?.

¡No hay amor sin bigote!.

"No hay patriotismo sin agricultura", afirmaba el Señor Méline; y tenía razón ese ministro, ¡ahora lo entiendo!

Desde otro punto de vista, el bigote es esencial. Determina la fisonomía. Te da un semblante dulce, tierno, violento, de rudo, de golfo, ¡de atrevido! El hombre barbudo, realmente barbudo, el que lleva todo el pelo (¡oh!, ¡qué palabra más fea!) en las mejillas no tiene finura en la cara, pues quedan ocultos sus rasgos; y la forma de la mandíbula y del mentón revelan muchas cosas a quien sabe ver. El hombre con bigote conserva su aspecto propio y su elegancia al mismo tiempo.

¡Y que variados son esos bigotes! Tanto son solapados, rizados, como coquetos.

¡Estos parecen querer a las mujeres por encima de todo!

Tanto son puntiagudos, como agujas, amenazadores. Éstos prefieren el vino, los caballos y las batallas.

Tanto son enormes, caídos, espantosos. Éstos enormes suelen disimular un carácter excelente, una bondad que linda con la debilidad y una dulzura que se confunde con la timidez.

Además, lo que primero me encanta del bigote es que sea francés, muy francés. Procede de nuestros padres los galos y luego perduró como señal de nuestro carácter nacional.

Es fanfarrón, galante y bravo. Se empapa graciosamente de vino y sabe reír con elegancia, mientras que las anchas

mandíbulas barbudas son pesadas en todo lo que hacen.

Por cierto, me acuerdo de una cosa por la que lloré con fuerza y que me hizo también, ahora me doy cuenta de ello amar el bigote en los labios de los hombres.

Fue durante la guerra, en casa de papá.

Era jovencita por aquel entonces. Un día hubo un combate cerca del castillo. Llevaba toda la mañana oyendo cañonazos y disparos, y por la noche un coronel alemán entró y se instaló en nuestra casa. Luego, al día siguiente se marchó. Fueron a avisar a mi padre de que había muchos muertos en los campos. Los mandó traer a casa para enterrarlos juntos. Los tumbaban a lo largo de la gran avenida de abetos, por ambos lados, a medida que iban llegando; y como empezaban a oler mal, se les echaba tierra en el cuerpo mientras se esperaba a que hubieran cavado la fosa común. De este modo ya no se veía más que sus cabezas que parecían salir del suelo, igual de amarillas, con sus ojos cerrados. Quise verlos; pero cuando descubrí aquellas dos largas líneas de horribles caras, pensé que iba a perder el sentido; y me puse a examinarlas, una tras otra, procurando adivinar lo que habían sido esos hombres.

Los uniformes estaban enterrados, ocultos bajo la tierra, y sin embargo de repente, sí querida, de repente reconocí a los franceses, ¡por su bigote!

Unos se habían afeitado el día mismo del combate, ¡como si hubiesen querido ser coquetos hasta el último momento!. No obstante, su barba había crecido un poco, pues sabes que la barba sigue creciendo aún después de la muerte. Otros parecían tenerla de ocho días, pero todos al fin llevaban el bigote francés, muy distinto, el orgulloso bigote, que parecía estar diciendo: "No me confundas con mi vecino barbudo, pequeña, soy de los tuyos". Y lloré, ¡oh!, lloré mucho más que si no los hubiese reconocido de esta manera, a esos pobres muertos.

Hice mal en contarte esto. Ahora estoy triste y me siento incapaz de charlar por más tiempo.

Venga, adiós, querida Lucía. Te envío un

abrazo con toda mi alma. ¡Viva el bigote!

JEANNE.

Gil Blas, 31 de julio de 1883

Blanco y azul

Blanc et blue

Mi pequeña barca, mi querida barquita, toda blanca con una red a lo largo de la borda, iba suavemente, suavemente sobre la mar en calma, en calma, adormilada, densa, y también azul, azul de un azul transparente, líquido, donde la luz se hundía, la luz azul, hasta las rocas del fondo.

Los chalets, los hermosos chalets blancos, todos blancos, observaban a través de sus ventanas abiertas el Mediterráneo que venía a acariciar los muros de sus jardines, de sus hermosos jardines llenos de palmeras, de áloes, de árboles siempre verdes y de plantas siempre en flor.

Le dije a mi marinero, que remaba despacio, que se detuviera delante de la puerta de mi amigo Pol. Y grité con todos mis pulmones:

—¡Pol, Pol, Pol!

Apareció en su balcón, asustado como un hombre que uno acaba de despertar. El enorme sol de la una, deslumbrándolo, le hacía cubrirse los ojos con la mano.

Le grité:

—¿Quieres dar una vuelta?

—Voy, respondió

Y cinco minutos más tarde subía en mi barquita.

Le dije a mi marinero que se dirigiera hacia alta mar.

Pol había traído su periódico, que no había podido leer por la mañana, y, tumbado al fondo del barco, se puso a ojearlo.

Yo miraba la tierra. A medida que me alejaba de la orilla, toda la ciudad aparecía, la hermosa ciudad blanca, tendida totalmente al borde de las olas azules. Después, por encima, la primera montaña, la primera grada, un gran bosque de abetos, lleno también de chalets, de chalets blancos, aquí y allá, parecidos a orondos huevos de pájaros gigantes. Se esparcían a medida que nos aproximábamos a la cima, y sobre la cumbre se veía uno muy grande, cuadrado, un hotel, tal vez, y tan blanco que parecía que se había

vuelto a pintar la misma mañana.

Mi marinero remaba apáticamente, en meridional tranquilo; y como el sol que quemaba en el medio del cielo azul me cansaba los ojos, miré hacia el agua, el agua azul, profunda, a la cual los remos destruían su reposo.

Pol me dijo:

—Siempre nieva en París. Hay helada todas las noches a 6 grados.

Yo aspiraba el aire tibio inflando mi pecho, el aire inmóvil, adormilado sobre el mar, el aire azul. Y volví a levantar los ojos.

Y vi detrás la montaña verde, y por encima, allá, la inmensa montaña blanca aparecía. No se la descubría en un instante. Ahora, comenzaba a mostrar su gran pared de nieve, su alta pared brillante, cercada por una tenue cintura de cimas heladas, de cimas blancas, agudas como pirámides, a lo largo de la orilla, la suave orilla cálida, donde crecen las palmeras, donde florecen las anémonas.

Le dije a Pol:

—Aquí está la nieve, mira. Y le mostré los Alpes.

La extensa cadena blanca se extendía hasta perderse de vista y crecía en el cielo con cada golpe de remo que azotaba el agua azul. La nieve parecía tan vecina, tan próxima, tan espesa, tan amenazante que me daba miedo, me daba frío.

Luego descubrimos más abajo una línea negra, derecha, cortando la montaña en dos. Allá donde el sol de fuego dijo a la nieve de hielo: «Tú no irás más lejos».

Pol, que sujetaba siempre su periódico, pronunció:

—Las noticias de Piémont son terribles. Las avalanchas han destruido dieciocho pueblos. Escucha esto; y leyó: «Las noticias del valle de Aoste son terribles. La población enloquecida no tiene ya descanso. Las avalanchas sepultan una y otra vez los pueblos. En el valle de Lucerna los desastres son también graves. En Locane, siete muertos, en Sparone, quince, en Romborgogno, ocho, en Ronco, Valprato, Campiglia, que la nieve ha cubierto, contamos treinta y dos cadáveres. En

Pirronne, en Saint-Damien, en Musternale, en Demonte, en Massello, en Chiabrano, los muertos son igualmente numerosos. El pueblo de Balzégliha ha desaparecido completamente bajo la avalancha. Nadie recuerda haber visto semejante calamidad. »Detalles horribles nos llegan de todas las costas. He aquí una entre mil:

»Un valiente hombre de Groscavallo vivía con su mujer y sus dos niños. La mujer estaba enferma desde hacía mucho tiempo.

»El domingo, día del desastre, el padre cuidaba a su mujer, ayudado por su hija, mientras que su hijo estaba en casa de un vecino.

»De repente, una enorme avalancha cubre la choza y la destruye. Una gruesa viga, al caer, corta casi en dos al padre, que muere en el instante. La madre fue protegida por la misma viga, pero uno de sus brazos queda cortado y triturado debajo.

»Con su otra mano podía tocar a su hija, prisionera igualmente bajo el montón de madera. La pobre pequeña gritó “Socorro” durante casi treinta horas. De vez en cuando decía: “Mamá, dame tu almohada para mi cabeza. Me duele.”

»Sólo la madre ha sobrevivido.»

Nosotros observábamos ahora la montaña, la enorme montaña blanca que siempre crecía, mientras que la otra, la montaña verde, no parecía más que una enana a sus pies.

La ciudad había desaparecido en la lejanía. Nada más que la mar azul alrededor de nosotros, bajo nosotros, delante de nosotros, y los Alpes blancos detrás de nosotros, los Alpes gigantes con su pesada capa de nieve. Por encima de nosotros, el cielo ligero ¡de un suave azul dorado de luz!

¡Oh! ¡Hermoso día!

Pol continuó:

—¡Debe de ser horroroso esta muerte, bajo esta pesada espuma de hielo!

Y suavemente llevado por el mar, acunado por el movimiento de los remos, lejos de tierra, de la que no veía más que la cresta blanca, pensaba en esta pobre y pequeña humanidad, en esta insignificancia de vida, tan modesta y tan hostigada, que se movía

sobre este grano de arena perdido en la polvareda de los mundos, en esta miserable tropa de hombres, diezmado por las enfermedades, aplastado por las avalanchas, sacudido y perturbado por los temblores de tierra, en estos pobres pequeños seres invisibles desde un kilómetro, y tan locos, tan vanidosos, tan pendencieros, que se matan unos a otros, no teniendo más que unos días para vivir. Yo comparaba las moscas que viven unas horas con los animales que viven algunos años, con los universos que viven algunos siglos. ¿Qué es todo esto?

Pol dijo:

—Sé una buena historia de nieve.

Le dije:

—Cuenta.

Él siguió:

—¿Te acuerdas del gran Radier, Jules Radier, el guapo de Jules?

—Sí, perfectamente

—Tú sabes cómo estaba orgulloso de su cabeza, de sus cabellos, de su torso, de su vigor, de sus bigotes. Él tenía todo mejor que los demás, pensaba. Y era un destroza corazones, un irresistible, uno de esos buenos mozos de media estopa que tienen mucho éxito sin que uno sepa realmente por qué.

»Ellos no son ni inteligentes, ni finos, ni delicados, pero tienen un temperamento de galantes chicos carniceros. Esto es suficiente.

»El pasado invierno, estando París cubierto de nieve, fui a un baile a casa de una galante mujer, que conoces, la bella Sylvie Raymond.»

—Sí, perfectamente.

—Jules Radier estaba allí, llevado por un amigo, y yo vi cómo él agradaba mucho a la señora de la casa. Yo pensé: «He aquí uno al que la nieve no molestará en absoluto para irse esta noche».

»Luego me ocupé yo mismo de buscar alguna distracción entre el montón de bellas disponibles.

»No tuve éxito. No todo el mundo es Jules Radier y me fui, completamente solo, hacia la una de la mañana.

»Delante de la puerta, una decena de simones esperaban tristemente a los últimos

invitados. Parecían tener ganas de cerrar sus ojos amarillos, que miraban las aceras blancas.

»Como no vivía lejos, quise volver a pié. Y al girar la calle percibí una cosa extraña: una gran sombra negra, un hombre, un gran hombre, se meneaba, iba, venía, patinaba en la nieve levantándola, arrojándola, esparciéndola delante de él. ¿Era un loco? Me acerqué con precaución. Era el bello Jules.

»Sujetaba con una mano sus botines de charol y de la otra sus calcetines. Su pantalón estaba subido por encima de sus rodillas, y corría en redondo, como en una doma, empapando sus pies desnudos en esta espuma helada, buscando los lugares donde permanecía intacta, más espesa y más blanca. Se movía, daba coces, hacía movimientos de encerador de suelo.

»Permanecí estupefacto.

»Murmuré:

»—¡Pero qué! ¿Perdiste la cabeza?

»Él respondió sin pararse:

»—En absoluto, me lavo los pies. Figúrate que he seducido a la bella Sylvie. ¡Hay una oportunidad! Y creo que mi buena suerte va a materializarse esta misma noche. Al hierro candente hay que batir de repente. Yo no había previsto esto, sino habría tomado un baño.»

Pol concluyó:

—Como puedes ver la nieve es útil para alguna cosa.

Mi marinero, cansado, había dejado de remar. Permanecimos inmóviles sobre el agua serena.

Le dije al hombre:

—Volvamos. Y él retomó los remos.

A medida que nos aproximábamos a tierra, la alta montaña blanca disminuía su altura, se hundía detrás de la otra, la montaña verde.

La ciudad volvió a aparecer, semejante a una espuma, una espuma blanca, al borde del mar azul. Los chalets se mostraron entre los árboles. Ya no percibíamos más que una línea de nieve, por encima, la línea labrada de cimas que se perdía a la derecha, hacia Niza.

Después, una única cumbre quedó visible, una gran cumbre que desaparecía poco a

poco ella misma, comida por la costa más próxima.

Y pronto no vimos nada más que la orilla de la ciudad, la ciudad blanca y el mar azul sobre el que se deslizaba mi barquita, mi querida barquita, al suave ruido de los remos.

Gil Blas, 3 de febrero de 1885

La boda del
lugarteniente Laré

Le mariage du lieutenant Laré

Desde el comienzo de la campaña, el lugarteniente Laré arrebató a los prusianos dos cañones. Su general le dijo: "Gracias, lugarteniente", y le entregó la cruz de honor. Como él era tan prudente como valiente, sutil, inventivo, lleno de astucias y recursos, se le confió un centenar de hombres y organizó un servicio de exploradores que, en las retiradas, salvó muchas veces a la armada.

Pero como un mar desbordado, la invasión penetraba por toda la línea fronteriza. Se trataba de enormes oleadas de hombres que llegaban, unos a continuación de los otros, dejando tras ellos un desecho de merodeadores. La brigada del general Carrel, separada de su división, retrocedía sin cesar, batiéndose día tras día, pero se mantenía casi intacta, gracias a la vigilancia y celeridad del lugarteniente Laré, que parecía estar por todas partes al mismo tiempo, desbarataba todas las artimañas del enemigo, burlaba sus previsiones, desorientaba a sus ulanos, asesinaba sus avanzadillas.

Una mañana, el general lo hizo llamar: —Lugarteniente —dijo— tengo aquí un despacho del general de Lacère que está perdido si nosotros no llegamos en su auxilio mañana al amanecer. Está en Blainville, a ocho horas de aquí. Usted partirá al caer la noche con trescientos hombres que irá relevando a lo largo del camino. Yo los seguiré dos horas después. Estudie la ruta con atención; temo encontrar una división enemiga.

El frío era intenso desde hacía ocho horas. Dos horas antes la nieve comenzó a caer; por la noche la tierra estaba cubierta y densos remolinos blancos hacían volar los objetos más próximos. A las seis, el destacamento se puso en marcha. Dos hombres iban en

avanzadilla, solos, trescientos metros por delante. Después venía un pelotón de diez hombres bajo las órdenes del propio lugarteniente. El resto avanzaba a continuación en dos largas columnas. A trescientos metros sobre el flanco de la pequeña tropa, a derecha e izquierda, algunos soldados iban de dos en dos. La nieve, que caía sin parar, los cubría de un blanco polvo en la sombra; ésta no se derretía sobre sus ropas, de forma que, a medida que oscurecía, apenas manchaban la palidez uniforme del campo.

Hacíamos una parada de vez en cuando. En esos momentos no escuchábamos más que el innumerable arrugamiento de la nieve que cae, más sensación que ruido, suave murmullo, siniestro y vago. Una orden se comunicaba en voz baja, y, cuando la tropa volvía a ponerse en marcha, dejaba detrás de ella como una especie de fantasma blanco por encima de la nieve. Poco a poco se iba borrando y terminaba por desaparecer. Eran los escalafones jerárquicos los que debían guiar a la armada.

Los exploradores ralentizaron su marcha.

Algo se alzaba delante de ellos.

—Giren hacia la derecha —dijo el lugarteniente— es el bosque de Ronfé; el castillo se encuentra más hacia la izquierda. Rápidamente la palabra: "¡Alto!" circuló. El destacamento se paró y esperó al lugarteniente que, acompañado solamente de diez hombres, llevaba a cabo un reconocimiento hasta el castillo.

Avanzaban, arrastrándose bajo los árboles.

De repente todos se quedaron inmóviles. Una calma horrorosa planeó sobre ellos. Después, muy cerca, una vocecita clara, musical y joven atravesó el silencio del bosque. Decía:

—Padre, vamos a perdernos en la nieve.

No llegaremos jamás a Blainville.

Una voz más fuerte respondió:

—No temas nada, hijita, conozco el país como la palma de mi mano.

El lugarteniente dijo algunas palabras, y cuatro hombres se alejaron, como sombras, sin hacer ruido.

De repente un grito de mujer, agudo, se elevó en la noche. Dos prisioneros

comparecieron ante él: un anciano y una niña. El lugarteniente los interrogó, siempre con voz baja.

—¿Nombre?

—Pierre Bernad.

—¿Profesión?

—Bodeguero del conde de Ronfé.

—¿Es su hija?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—Es costurera del castillo.

—¿A dónde se dirigen?

—Huimos.

—¿Por qué?

—Doce prusianos han pasado esta noche.

Han fusilado a tres guardas y colgado al jardinero; yo he tenido miedo por la pequeña.

—¿A donde van?

—A Blainville.

—¿Por qué?

—Porque allí hay un ejército francés.

—¿Conocen el camino?

—Perfectamente.

—Muy bien, sígnanos. Reunimos a la columna y comenzó la marcha campo través. Silencioso, el anciano se mantenía a los lados del lugarteniente. Su hija iba cerca de él. De repente se paró: —Padre —dijo— estoy tan cansada que no iré más lejos. Y se sentó. Temblaba de frío y parecía dispuesta a morir. Su padre quiso llevarla. Era demasiado viejo y débil.

—Mi lugarteniente —dijo sollozando—, nosotros entorpeceríamos su marcha.

¡Francia ante todo! Déjennos.

El oficial había dado una orden. Algunos hombres habían partido. Volvieron con ramas cortadas. Entonces, en un minuto, fue hecha una litera. El destacamento entero las había reunido.

—Allá hay una mujer que se muere de frío

—dijo el lugarteniente— ¿quién quiere donar su abrigo para cubrirla?

Doscientos abrigos se quitaron a la vez.

Unos veinte de ellos fueron arrojados sobre la camilla.

—¿Y ahora, quién quiere llevarla?

Todos los brazos se ofrecieron. La joven fue envuelta con estas cálidas capotas de soldado, acostada suavemente sobre la litera

y después cuatro robustas espaldas la levantaron; y, como una reina de Oriente llevada por sus esclavos, fue colocada en el medio del destacamento, que retomó su marcha con más intensidad, más ánimo, más alegría, estimulado por la presencia de una mujer, esta soberana musa que ha hecho llevar a cabo tantos prodigios a la vieja sangre francesa.

Al cabo de una hora nos paramos de nuevo y todo el mundo se acostó sobre la nieve. Allá abajo, en el medio de la llanura, se extendía una gran sombra negra. Era como un monstruo fantástico que se alargaba como una serpiente y después, de repente, se encogía en una bola, cogía impulsos vertiginosos, se paraba, volvía a partir sin cesar. Las órdenes circulaban en murmullos entre los hombres y, de vez en cuando, un ruidito seco y metálico crujía. La forma errante se aproximó bruscamente, y la vimos venir al trote, uno detrás de otro, doce ulanos perdidos en la noche. Un fulgor terrible les mostró de repente doscientos hombres acostados delante de ellos. Una detonación rápida se perdió en el silencio de la nieve, y los doce, con sus doce caballos, cayeron.

Esperamos mucho tiempo. Después retomamos la marcha. El anciano que habíamos encontrado servía de guía. Por último, una voz muy lejana gritó: "¡Quién vive!" Otra más próxima respondió con una orden. Esperamos de nuevo; se entablaban conversaciones. La nieve había dejado de caer. Un viento frío barría las nubes, y detrás de ellas, más alto, innombrables estrellas centelleaban. Palidecieron y el cielo se volvió rosa hacia el Oriente.

Un oficial de rango mayor vino a recibir al destacamento. Pero como él preguntaba a quién llevábamos en la litera, ella se movió; dos manecitas apartaron los gruesos capotes azules, y, rosa como la aurora, con unos ojos más claros que las estrellas que habían desaparecido, y una sonrisa luminosa como el sol que se levantaba, una bonita figura respondió:

—Soy yo, señor.

Los soldados, locos de alegría, aplaudieron

y llevaron a la joven triunfalmente hasta el medio del campo, donde se custodiaban las armas. Poco después el general Carrel llegaba.

A las nueve los prusianos atacaban.

Éstos se batieron en retirada a medio día.

Por la tarde, como el lugarteniente Laré, muerto de cansancio, se quedaba dormido sobre un haz de paja, vinieron a buscarlo de parte del general. Lo encontró bajo su tienda, charlando con el anciano que había encontrado en la noche.

Tan pronto como hubo entrado, el general lo tomó por la mano y dirigiéndose al desconocido:

—Querido conde —dijo— he aquí al joven del que me hablaba hace un rato; uno de mis mejores oficiales.

Sonrió, bajó la voz y añadió:

—El mejor.

Después, girándose hacia el estupefacto lugarteniente, le presentó "al Conde de Ronfé-Quédissac".

El anciano le tomó las dos manos:

—Mi querido lugarteniente —dijo—, usted ha salvado la vida de mi hija, yo no tengo más que un medio de darle las gracias... en unos meses venga a decirme... si ella le gusta...

Un año después, en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, el capitán Laré se casaba con la señorita Louise-Hortense-Geneviève de Ronfé-Quédissac. Ella aportaba seiscientos mil francos de dote y era, se decía, además, la boda más hermosa que pudimos ver aquel año.

Le mosaiïque, 25 de mayo de 1878

Boitelle

Boitelle

A Robert Pinchan

El viejo Boitelle (Antonio) tenía en la zona la especialidad de las tareas sucias. Cada vez que había que limpiar una letrina, un estercolero, un pozo negro, que vaciar una cloaca, cualquier agujero fangoso, iban a buscarlo a él.

Llegaba con sus instrumentos de pocero y sus zuecos embadurnados de mugre, y se ponía a la tarea renegando sin cesar de su oficio. Cuando le preguntaban entonces por

qué hacía aquel trabajo repugnante, respondía con resignación: "¡Pardiez!, tengo bocas a las que alimentar. Y esto rinde más que otras cosas."

Tenía, en efecto, catorce hijos. Si alguien le preguntaba qué era de ellos, decía con aire indiferente:

"Me quedan ocho en casa. Hay uno en la mili y cinco casados."

Cuando alguien quería saber si estaban bien casados, proseguía con vivacidad:

"No les llevé la contraria. No les llevé la contraria para nada. Se casaron con quien quisieron. No hay que oponerse a las inclinaciones, la cosa sale mal. Si vivo entre basuras es porque mis padres se opusieron a mis gustos. De no ser por eso, habría sido un obrero como los otros."

He aquí en qué sus padres contrariaron sus gustos.

Era entonces soldado, y hacía el servicio en El Havre, no más burro que otros, ni más espabilado tampoco, aunque, eso sí, un poco simple. Durante las horas libres, su mayor placer consistía en pasear por los muelles, donde se congregan los vendedores de pájaros. Unas veces solo, otras con un paisano, marchaba lentamente a lo largo de las jaulas donde los loros de dorso verde y cabeza amarilla del Amazonas, los loros de dorso gris y cabeza roja del Senegal, los guacamayos enormes con pinta de pájaros cultivados en invernadero, con sus plumas floridas, sus penachos y sus copetes, las cotorras de todos los tamaños, que parecen coloreadas con minucioso cuidado por un Dios miniaturista, y los pequeños, pequeñísimos pajarillos saltarines, rojos, amarillos, azules y abigarrados, al mezclar sus gritos con el ruido del muelle, aportan al estruendo de la descarga de los barcos, de los transeúntes y de los carruajes, un ruido violento, agudo, piante, ensordecedor, de bosque remoto y sobrenatural.

Boitelle se detenía, los ojos muy abiertos, la boca abierta, risueño y encantado, enseñándoles los dientes a las cacatúas prisioneras que saludaban con su moño blanco o amarillo el resplandeciente rojo de sus pantalones y el cobre de su cinturón.

Cuando encontraba un pájaro parlero, le hacía preguntas; y si el animal estaba ese día dispuesto a responder y dialogaba con él, se quedaba alegre y satisfecho hasta la noche. También al contemplar a los monos pasaba muy buenos ratos, y no imaginaba en los ricos un lujo mayor al de poseer esos animales, lo mismo que otros tienen gatos y perros. Esa afición, esa afición a lo exótico, la llevaba en la sangre como otros llevan la de la caza, la medicina o el sacerdocio. Le era imposible, cada vez que se abrían las puertas del cuartel, dejar de volver al muelle como si se hubiera sentido atraído por un ardiente deseo.

Una vez, habiéndose detenido casi extasiado ante un arara monstruoso que hinchaba sus plumas, se inclinaba, se erguía, parecía hacer las reverencias cortesananas del país de los loros, vio abrirse la puerta de un pequeño café contiguo a la pajarería, y aparecer una joven negra, tocada con un pañuelo rojo, que barría hacia la calle .los tapones y la arena del establecimiento. La atención de Boitelle se distribuyó al punto entre el animal y la mujer, y nadie habría podido decir en verdad cuál de los dos seres contemplaba con más asombro y placer.

La negra, tras haber echado fuera la basura de la taberna, alzó los ojos y se quedó a su vez deslumbrada con el uniforme del soldado. Permanecía en pie, frente a él, con la escoba en las manos como si estuviera presentando armas, mientras el arara seguía inclinándose. Ahora bien, al cabo de unos instantes, el sorche se sintió molesto con aquella atención, y se marchó a pasitos cortos, para no semejar batirse en retirada. Pero volvió. Casi todos los días pasó por delante del Café de las Colonias, y con frecuencia divisó a través de los cristales a la criadita de piel negra que servía cañas o aguardiente a los marineros del puerto. A menudo también ella, al verlo, salía; pronto, incluso, sin haberse hablado nunca, se sonrieron como conocidos; y Boitelle sentía el corazón agitado, al ver relucir de repente, entre los labios oscuros de la moza, la resplandeciente línea de los dientes. Por fin

un día entró, y se quedó muy sorprendido al ver que ella hablaba francés como todo el mundo. La botella de gaseosa, de la cual ella aceptó un vaso, perduró, en el recuerdo del sorche, como algo memorablemente delicioso; y cogió la costumbre de ir a tomar, a aquella tabernucha del puerto, todas las líquidas dulzuras que le permitía su bolsa. Constituía para él una fiesta, una felicidad en la que pensaba sin cesar, ver la mano negra de la criadita sirviendo algo en su vaso, mientras los dientes reían, más brillantes que los ojos. Al cabo de dos meses de trato, se habían hecho muy buenos amigos, y Boitelle, tras el asombro inicial al ver que las ideas de la negra eran similares a las buenas ideas de las chicas de su pueblo, que respetaba el ahorro, el trabajo, la religión y la buena conducta, la amó aún más, se prendó de ella hasta el punto de querer casarse.

Le comunicó este proyecto, que la hizo bailar de alegría. Ella tenía, por otra parte, algo de dinero, heredado de una vendedora de ostras que la había recogido cuando la dejó en El Havre un capitán americano. Este capitán la encontró cuando ella contaba unos seis años, acurrucada entre las balas de algodón en la cala de su navío, unas horas después de salir de Nueva York. Al llegar al Havre, confió a los cuidados de aquella ostrera compasiva el animalillo negro oculto a bordo, no sabía por quién ni cómo. La vendedora de ostras murió, y la joven negra entró a servir en el Café de las Colonias.

Antoine Boitelle agregó:

"Lo haremos si mis padres no se oponen. Nunca les llevaría la contraria, ¿comprendes? ¡Nunca! Les diré dos palabritas la primera vez que regrese al pueblo."

A la semana siguiente, en efecto, habiendo conseguido veinticuatro horas de permiso, fue a casa de su familia, que cultivaba una pequeña granja en Tourteville, cerca de Yvetot.

Esperó al final de la comida, a la hora en que el café, bautizado con aguardiente, abría más los corazones, para informar a sus mayores de que había encontrado una chica que se ajustaba tan bien a sus aficiones, a todas sus aficiones, que no debía existir en la

tierra otra que le conviniera tan a la perfección.

Los viejos, ante esta frase, se pusieron también circunspectos, y pidieron más explicaciones. No ocultó nada, por lo demás, salvo el color de su piel.

Era una criada, sin gran capital, pero laboriosa, ahorrativa, limpia, de buena conducta y muy sensata. Todas esas cosas valían más que el dinero en manos de una mala ama de casa. Tenía algunos cuartos, por lo demás, heredados de la señora que la había criado, un dinerillo, casi una pequeña dote, mil quinientos francos en la caja de ahorros. Los viejos, conquistados por sus palabras, confiando también en su juicio, cedían poco a poco, hasta que llegó al punto delicado. Riéndose con una risa un poco forzada:

"Sólo hay una cosa, dijo, que podría no gustaros. No es blanca del todo."

No lo comprendían, y tuvo que explicar largamente, con muchas precauciones, para no desanimarlos, que pertenecía a la raza oscura de la cual sólo habían visto muestras en las estampas de Epinal.

Entonces se quedaron inquietos, perplejos, temerosos, como si les hubiera propuesto una unión con el diablo.

La madre decía: "¿Negra? Pero ¿cuánto? ¿Por toas partes? "

Respondía: "Pos claro: Por toas partes, lo mesmo que tú eres blanca por toas partes."

El padre proseguía: " ¿Negra? ¿Tan negra como el alquitrán? "

El hijo respondía: "A lo mejor un poquito menos. Es negra, pero no es desagradable. ¡Y la sotana del señor cura es negra, y no es más fea que una sobrepelliz blanca!"

El padre decía: "Y en su tierra, ¿las hay más negras que ella?"

Y el hijo, convencido, exclamaba:

"¡Pos claro!"

Pero el buen hombre meneaba la cabeza.

"¡Debe ser desagradable!"

Y el hijo:

"No es más desagradable que otra cosa, ya que uno se acostumbra en seguida."

La madre preguntaba:

"¿Y no manchan la ropa más que otras,

esas pieles?

—No más que la tuya, ya que es su color."

Así, pues, tras otras muchas preguntas, se convino que los padres verían a la muchacha antes de decidir nada, y que el mozo, que acabaría el servicio militar al mes siguiente, la traería a casa con el fin de que pudieran decidir, charlando con ella, si no era demasiado oscura para entrar en la familia Boitelle.

Antoine anunció entonces que el domingo 22 de mayo, día en que lo licenciaban, saldría para Tourteville con su amiguita.

Para este viaje a casa de los padres de su enamorado se había puesto sus ropas más bonitas y más vistosas, en las que predominaban el amarillo, el rojo y el azul, de forma que parecía empavesada para una fiesta nacional.

En la estación, al salir del Havre, la miraron mucho, y Boitelle estaba orgulloso de dar el brazo a una persona que atraía así la atención. Después, en el vagón de tercera donde se sentó a su lado, provocó tal sorpresa entre los aldeanos que los de los departamentos vecinos se subieron a las banquetas para examinarla por encima del tabique de madera que dividía la caja con ruedas. Un niño, ante su aspecto, se puso a gritar de miedo, otro ocultó el rostro en el delantal de su madre.

Sin embargo, todo fue bien hasta la estación de llegada. Pero cuando el tren aflojó la marcha al aproximarse a Yvetot, Antoine se sintió a disgusto, como en el momento de una inspección cuando no se sabía bien la teoría. Después, asomándose a la portezuela, reconoció de lejos a su padre que sujetaba las riendas del caballo enganchado a la carreta y a su madre que se había acercado a la empalizada que contenía a los curiosos.

Bajó el primero, alargó la mano a su amiguita y, tan tieso como si escoltase a un general, se dirigió hacia su familia.

La madre, al ver llegar a aquella dama negra y abigarrada en compañía de su hijo, se quedó tan estupefacta que no podía abrir la boca, y el padre se las veía y se las deseaba para contener al caballo, encabritado

a la vez por la locomotora y la negra. Pero Antoine, asaltado de pronto por la sincera alegría de ver a los viejos, se precipitó con los brazos abiertos, besuqueó a su madre, besuqueó a su padre, a pesar del susto de la jaca, y después, volviéndose hacia su compañera, a quien los transeúntes atónitos examinaban deteniéndose, se explicó: "¡Ya está! Os había dicho que a primera vista es una pizca rara, pero en cuanto se la conoce, de verdad, no hay nada más agradable en este mundo. Decidle hola, para que no se aturda."

Entonces la señora Boitelle, intimidada también hasta casi perder la cabeza, hizo una especie de reverencia, mientras el padre se quitaba la gorra murmurando:

"Buenos días tenga usted". Después, sin demora, se encaramaron a la carreta, las dos mujeres atrás en unas sillas que las hacían saltar por el aire a cada bache de la carretera, y los dos hombres delante, en la banqueta.

Nadie hablaba. Antoine, inquieto, silboteaba una canción del cuartel, el padre azotaba a la jaca, y la madre miraba de soslayo, con miradas de garduña, a la negra, cuya frente y cuyos pómulos relucían bajo el sol como zapatos bien embetunados.

Queriendo romper el hielo, Antoine se volvió.

"¿Qué?, dijo, ¿no habláis?"

—Hace falta tiempo", respondió la vieja.

Él prosiguió:

"Vamos, cuéntale a la chica la historia de los ocho huevos de tu gallina."

Era una broma célebre en la familia. Pero como su madre seguía callada, paralizada de emoción, tomó él la palabra y contó, riéndose mucho, la memorable aventura. El padre, que se la sabía de memoria, desfrunció el ceño con las primeras palabras; su mujer pronto siguió su ejemplo, y la propia negra, en el pasaje más gracioso, saltó de pronto una carcajada tal, una carcajada tan ruidosa, arrolladora, torrencial, que el caballo, excitado, emprendió un corto galope.

Habían trabado conocimiento.

Conversaron.

Apenas llegados, cuando todos bajaron,

después de que él acompañó a su amiga a su cuarto para quitarse el traje, que podría manchar al hacer un buen guiso preparado a su manera, destinado a conquistar a los viejos por el estómago, él se llevó a sus padres a la puerta, y les preguntó, con el corazón palpitante:

"Bueno, ¿qué os parece?"

El padre calló. La madre, más atrevida, declaró:

"¡Es demasio negra! No, de veras, es demasio. Me se ha revuelto la sangre.

—Os acostumbraréis, dijo Antoine.

—Pué ser, pero no de momento."

Entraron, y la buena mujer se emocionó al ver a la negra cocinar. Entonces la ayudó, con las faldas remangadas, activa a pesar de su edad.

La comida fue buena, fue larga, fue alegre.

Cuando a continuación dieron una vuelta, Antoine se llevó aparte a su padre.

"Bueno, padre, ¿qué te decía yo?"

El campesino no se comprometió.

"No tengo opinión. Pregúntale a madre."

Entonces Antoine dio alcance a su madre y, quedándose rezagado con ella:

"Bueno, madre, ¿qué te decía yo?"

—Probe hijo mío, de veras, es demasio negra. Con sólo un poquito menos, no me opondría, pero es demasio. ¡Paece Satanás!

"

No insistió, sabiendo que la vieja era obstinada, pero sentía que en su corazón entraba un huracán de pesar. Buscaba qué tendría que hacer, qué podría inventar, sorprendido además de que no los hubiera conquistado ya como lo había seducido, a él. Y marchaban los cuatro a pasos lentos a través de los sembrados, cada vez más silenciosos. Cuando pasaban junto a una cerca, los granjeros aparecían en la barrera, los chavales trepaban a los taludes, todos se precipitaban al camino para ver pasar a la negra que se había traído el joven Boitelle. Se distinguía a lo lejos gente que corría a campo traviesa como se acude cuando redobla el tambor que anuncia los fenómenos vivos. El señor y la señora Boitelle, espantados con la curiosidad difundida en la campiña al acercarse ellos, apresuraban el

paso, uno junto a otro, precediendo de lejos a su hijo, a quien su compañera preguntaba qué pensaban de ella sus padres.

Respondió vacilando que aún no se habían decidido.

Pero en la plaza del pueblo se produjo una salida masiva de todas las casas, sobresaltadas, y ante la creciente aglomeración, los viejos Boitelle emprendieron la huida y llegaron a su alojamiento, mientras Antoine, sublevado por la cólera, con su amiga del brazo, avanzaba con majestad ante los ojos agrandados por el pasmo.

Comprendía que se había acabado, que no cabían esperanzas, que no se casaría con su negra; y también ella lo comprendía; y al acercarse a la granja ambos se echaron a llorar. En cuanto hubieron entrado, ella se quitó de nuevo el traje para ayudar a la vieja en las tareas; la siguió por todas partes, a la lechería, al establo, al gallinero, ocupándose de la mayoría del trabajo, repitiendo sin cesar: "Déjeme a mí, señora Boitelle", hasta el punto de que, al caer la noche, la vieja, conmovida e inexorable, le dijo a su hijo: "De tos modos, es una buena chica.

Lástima que sea tan negra, pero de veras, lo es demasio. No podría acostumbrarme, tié que marcharse, es demasio negra."

Y el joven Boitelle le dijo a su amiguita:

"Ella no te quiere, te encuentra demasio negra. Tiés que irte. Te llevaré al tren. No importa, no te desanimes. Les hablaré cuando te hayas marchao."

La acompañó a la estación, pues, dándole todavía esperanzas, y tras haberla besado, la ayudó a subir al vagón, que miró alejarse con los ojos hinchados por el llanto.

Por mucho que imploró a los viejos, jamás accedieron.

Y cuando había contado esta historia, que todo el pueblo conocía, Antoine Boitelle agregaba siempre:

"A partir de entonces, no tuve ganas de na, de na. Ningún oficio me gustaba, y me convertí en lo que soy, un basurero."

Le decían:

"Pero, de todos modos, usted se casó.

—Sí, y no puedo decir que mi mujer no me

guste, ya que le he hecho catorce hijos, pero no es la otra, ¡oh no, pos claro! ¡Oh, no! La otra, ya ve usted, mi negra, sólo tenía que mirarme, y yo me sentía como transportao...
"

Le Echo de Paris, 22 de enero de 1889

Bola de sebo

Boule de suif

Durante varios días los restos del ejército derrotado habían cruzado la ciudad. No era tropa: eran hordas desbandadas. Los hombres tenían la barba larga y sucia, uniformes en harapos, y avanzaban con paso blando, sin bandera, sin regimiento. Todos parecían abrumados, extenuados, incapaces de un pensamiento o de una resolución. Caminaban únicamente por costumbre y caían de fatiga en cuanto se detenían. Sobre todo, los movilizados, gente pacífica, rentistas tranquilos, se doblaban bajo el peso del fusil; pequeños voluntarios alertas, fáciles para el espanto y rápidos para el entusiasmo, prontos al ataque como a la huida. Luego, en medio de ellos, algunos pantalones rojos, despojos de una división diezmada en una gran batalla, artilleros sombríos alineados con esos infantes diversos; y a veces, el casco brillante de un dragón de pie lerdo que seguía con dificultad la marcha más liviana de los infantes.

Legiones de francotiradores con apodos heroicos: "los Vengadores de la Derrota", "los Ciudadanos de la Tumba", "los Compartidores de la muerte", pasaban a su vez con aspecto de bandidos.

Sus jefes, antiguos comerciantes en telas o en granos, ex vendedores de sebo o de jabón, guerreros de circunstancias, ascendidos a oficiales por su peso o por el tamaño de sus bigotes, cubiertos de armas, de franela y de galones, hablaban con voz retumbante, discutían planes de campaña, y pretendían sostener, solos, la Francia agonizante sobre sus hombros de fanfarrones, pero temían a veces a sus propios soldados, gente de horca y cuchillo, temerarios hasta la exageración, saqueadores y libertinos.

Los prusianos iban a entrar en Rouen, se decía.

La guardia nacional, que desde hacía dos meses efectuaba reconocimientos muy prudentes en los bosques vecinos, fusilando a veces a sus propios centinelas, y preparándose al combate cuando un conejito se movía entre las malezas, ya había regresado a sus hogares. Sus armas, sus uniformes, todo el equipo mortífero con el cual aterrorizaban otrora a tres leguas a la redonda los límites de las rutas nacionales, había desaparecido súbitamente.

Los últimos soldados franceses acababan, en fin, de cruzar el Sena para llegar a Pont-Audemer por Saint-Sever y Bourg-Achard; y caminando a la zaga, el general desesperado, que no podía intentar nada con esos pingajos informes, desesperado él también ante la gran catástrofe de un pueblo acostumbrado a vencer y desastrosamente vencido a pesar de su valor legendario, se iba a pie entre dos oficiales de orden.

Luego, una paz profunda, una espera aterrada y silenciosa había caído sobre la ciudad. Muchos burgueses barrigones, embotados por el comercio, esperaban ansiosamente a los vencedores, temblando de que sus asadores o sus grandes cuchillos de cocina fueran considerados como armas.

La vida parecía detenida; las tiendas estaban cerradas; la calle silenciosa. A veces un habitante, intimidado por ese silencio, se deslizaba rápidamente a lo largo de las paredes.

La angustia de la espera hacía desear la llegada del enemigo.

En la tarde del día que siguió a la partida de las tropas francesas, algunos ulanos salidos no se sabe de dónde atravesaron rápidamente la ciudad. Luego, un poco más tarde, una masa negra bajó de la barranca Santa Catalina, mientras otros dos ríos invasores aparecían por las rutas de Darnetal y de Boisguillaume. Justo en el mismo momento las avanzadas de tres cuerpos se unieron en la plaza de la Municipalidad, y por todas las calles cercanas llegaba el ejército alemán, desparramando sus batallones, que hacían sonar el empedrado bajo su paso rítmico y duro.

Ordenes gritadas por una voz desconocida

y gutural subían a lo largo de las casas, que parecían muertas y desiertas, mientras, tras los postigos cerrados, los ojos espiaban a esos hombres victoriosos, dueños de la ciudad, de las fortunas y de las vidas por el "derecho de guerra". Los habitantes, en sus cuartos ensombrecidos, sentían el enloquecimiento que dan los cataclismos, los grandes trastornos mortíferos de la tierra, contra los cuales resultan inútiles toda fuerza y toda sabiduría. Pues la misma sensación vuelve a aparecer cada vez que el orden establecido de las cosas es subvertido, que todo lo que protegían las leyes de los hombres o de la naturaleza se encuentra a la merced de una brutalidad inconsciente y feroz. El temblor de tierra que aplasta a un pueblo entero bajo las casas derrumbadas; el río desbordado que mezcla a los campesinos ahogados con los cadáveres de bueyes y las vigas arrancadas a los techos, o el ejército victorioso que asesina a los que se defienden, lleva prisioneros a los otros, saquea en nombre de la espada y da gracias a Dios al son del cañón, son otras tantas plagas espantosas que desconciertan toda creencia en la justicia eterna, toda la confianza que nos ha sido enseñada en la protección del cielo y en la razón de los hombres. Pero a cada puerta golpeaban pequeños destacamentos y luego desaparecían en las casas. Era la ocupación después de la invasión. Empezaba para los vencidos el deber de mostrarse amables con los vencedores.

Luego de algún tiempo, una vez desaparecido el primer terror, una nueva paz se estableció. En muchas familias el oficial prusiano comía a la mesa. A veces era bien educado y por cortesía compadecía a Francia; decía su repugnancia en tomar parte en esa guerra. Le quedaban agradecidos por ese sentimiento; además, un día u otro podían necesitar su protección. Quizás halagándolo podrían alimentar a algunos hombres menos. ;Y por qué herir a alguien de quien se depende completamente? Obrar así no sería coraje, sino temeridad. Y la temeridad ya no es un defecto de los burgueses de Rouen, como en los tiempos de las defensas

heroicas, cuando se hizo ilustre la ciudad. Se decía, por fin, razón suprema, sacada de la urbanidad francesa, que era permitido ser cortés en el interior, con tal de no mostrar familiaridades en público con el soldado extranjero. Afuera ya no se conocían, pero en la casa se conversaba con gusto, y el alemán permanecía mucho tiempo, cada noche, calentándose en el hogar común.

La ciudad poco a poco recobraba su aspecto habitual. Los franceses todavía no salían, pero los soldados prusianos hormigueaban en las calles. Por otra parte, los oficiales de los húsares azules, que arrastraban con arrogancia sus grandes instrumentos mortíferos sobre el empedrado, no parecían tener mucho más desprecio por los simples ciudadanos que los oficiales de cazadores que el año anterior bebían en los mismos cafés. No obstante, había algo en el aire, algo sutil y desconocido, una intolerable atmósfera extraña, como un olor desparramado, el olor de la invasión. Llenaba las viviendas y las plazas públicas, cambiaba el gusto de los alimentos, daba la impresión de estar de viaje, muy lejos, entre tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero; bastante dinero y los habitantes pagaban siempre. Por lo demás eran ricos. Pero cuanto más opulento es un comerciante normando, más sufre por cualquier sacrificio, por cualquier partícula de su fortuna que ve pasar a manos de otros.

Sin embargo, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del arroyo hacia Croisset, Dieppedalle o Biessart, los marineros y los pescadores sacaban a menudo del fondo del agua el cadáver de algún alemán, hinchado en su uniforme, muerto de una puñalada o de un golpe, la cabeza aplastada por una piedra o arrojado al agua de un empujón desde lo alto de un puente. El fango del río amortajaba estas oscuras venganzas, salvajes y legítimas, heroísmos desconocidos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas en pleno día y sin la resonancia de la gloria.

Pues el odio por el extranjero arma siempre a algunos intrépidos dispuestos a

morir por una idea. En fin, como los invasores, aunque avasallaban la ciudad con su inflexible disciplina, no habían cometido ninguno de los horrores que la fama les hacía cometer a lo largo de su marcha triunfal, la gente empezó a animarse, y la necesidad del negocio trabajó de nuevo el magín de los comerciantes del país. Algunos tenían importantes intereses comprometidos en El Havre, entonces ocupado por el ejército francés, y resolvieron tratar de llegar a ese puerto yendo por tierra a Dieppe, en donde se embarcarían.

Emplearon la influencia de los oficiales alemanes con los cuales se habían relacionado y obtuvieron del general en jefe la autorización para partir. Por lo tanto, habiendo reservado una gran diligencia de cuatro caballos para el viaje, e inscrito en la cochería diez personas, se resolvió partir un martes por la mañana antes del alba para evitar cualquier aglomeración.

A las cuatro de la mañana los viajeros se reunieron en el patio del hotel de Normandía, donde tomarían el coche.

Estaban aún adormilados y tiritaban de frío bajo sus mantas. Se distinguían mal en la oscuridad; y las pesadas ropas de invierno hacían que todos esos cuerpos se pareciesen a curas obesos con largas sotanas. Pero dos hombres se reconocieron; un tercero se acercó; conversaron:

—Llevo a mi mujer.

—Y yo también.

El primero agregó:

—No volveremos a Rouen, y si los prusianos se acercan a El Havre, pasaremos a Inglaterra.

Todos tenían los mismos proyectos, pues compartían ideas semejantes.

Sin embargo, no enganchaban el coche.

Una pequeña linterna, llevada por un mozo de establo, salía de tanto en tanto de una puerta oscura para desaparecer inmediatamente en otra. Cascos de caballos golpeaban la tierra, amortiguados por el estiércol de las pajazas, y se oía en el fondo del edificio una voz de hombre que hablaba a los animales y profería insultos. Un ligero murmullo de cascabeles anunció que movían

los arneses; ese murmullo fue pronto un estremecimiento claro y continuo, ritmado por el movimiento del animal, deteniéndose a veces, volviendo a empezar en una brusca sacudida que acompañaba el ruido sordo de una herradura que golpeaba el suelo.

La puerta se cerró súbitamente. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, habían callado; permanecían inmóviles y rígidos.

Una cortina ininterrumpida de copos blancos reverberaba sin cesar, descendiendo hasta la tierra; velaba las formas, empolvaba las cosas de una espuma de hielo; y sólo se oía en el gran silencio de la gran ciudad apacible y amortajada bajo el invierno ese susurro vago, innombrable y flotante de la nieve que cae; más bien sensación que ruido, enlazamiento de átomos ligeros que parecían llenar el espacio, cubrir el mundo.

El hombre reapareció con su linterna, llevando en el extremo de una cuerda a un caballo triste que no parecía seguirlo con gusto. Lo colocó contra la lanza, lo ató a los tiros, dio muchas veces vuelta a su alrededor para asegurar los arneses, pues únicamente podía utilizar una mano, por llevar la luz en la otra. Cuando iba en busca del segundo animal advirtió a todos esos pasajeros inmóviles, ya blancos de nieve:

—¿Por qué no suben al coche? Por lo menos estarán al abrigo.

No habían pensado en ello, sin duda, y se apresuraron. Los tres hombres instalaron a sus mujeres en el fondo y subieron luego; después las otras formas indecisas y veladas tomaron a su vez los últimos lugares sin cambiar una palabra.

El piso estaba cubierto de paja, en la cual se hundieron los pies. Las damas del fondo, que habían traído pequeños braseros de cobre con un carbón químico, encendieron esos aparatos, y durante algún tiempo, en voz baja, enumeraron las ventanas, repitiéndose cosas que sabían desde hacía tiempo.

Cuando la diligencia estuvo uncida con seis caballos en lugar de cuatro, a causa del tiro más penoso, una voz preguntó desde fuera:

—¿Ha subido todo el mundo?

Una voz respondió desde adentro:

—Sí.

Partieron.

El coche avanzaba lentamente, lentamente. Las ruedas se hundían en la nieve; el cofre entero gemía con sordos crujidos, y el látigo gigantesco del cochero chasqueaba sin descanso, revoloteaba por todos lados, enrollándose y desenrollándose como una serpiente delgada, y pegando bruscamente alguna grupa rolliza que se alargaba entonces bajo un esfuerzo más violento.

Pero el día crecía imperceptiblemente.

Esos copos livianos, que un viajero ruenés de pura sangre había comparado con una lluvia de algodón, ya no caían. Un resplandor sucio se filtraba a través de grandes nubes oscuras y pesadas que hacían más brillante la blancura del campo en donde aparecían, tan pronto una hilera de grandes árboles vestidos de escarcha, tan pronto un rancho con una capucha de nieve.

En el coche, la gente se miraba curiosamente bajo la triste claridad de esa aurora. Completamente al fondo dormitaban en los mejores asientos el señor y la señora Loiseau, comerciantes en vino al por mayor de la calle Grand-Pont.

Antiguo dependiente de un patrón arruinado en los negocios, Loiseau había comprado el fondo del comercio y había hecho fortuna. Vendía muy barato muy malos vinos a los vendedores minoristas del campo, y era considerado entre sus relaciones y sus amigos como un pillo astuto, un verdadero normando lleno de picardías y de jovialidad. Su reputación de tramposo estaba tan bien establecida, que una noche en la prefectura el señor Tournel, autor de fábulas y de canciones, espíritu fino y mordaz, una gloria local, propuso a las señoras, que veía un poco soñolientas, jugar un partido de Loiseau vole. El chiste voló a través de los salones del prefecto; luego, introduciéndose en los de la ciudad, hizo reír durante un mes todas las mandíbulas de la provincia.

Loiseau era célebre, además, por sus bromas de toda naturaleza, sus bromas buenas o malas; y nadie podía hablar de él sin agregar inmediatamente: "Es impagable

este Loiseau...".

De estatura exigua, presentaba un vientre como una pelota, dominado por un rostro rijozo entre dos patillas canosas.

Su mujer, grande, fuerte, resuelta, tenía la voz alta y la decisión rápida; era el orden y la aritmética de la casa de comercio, que él animaba con su alegre actividad.

Al lado de ellos se encontraba, más digno, pues pertenecía a una casta superior, el señor Carré Lamadon, hombre considerable, comerciante en algodón, propietario de tres hilanderías, oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo General. Durante todo el imperio había permanecido como jefe de la benevolente oposición únicamente para hacerse pagar más caro su unión a la causa que combatía con armas corteses, según su propia expresión. La señora Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los oficiales de buena familia enviados a Rouen en guarnición.

Junto a su marido parecía muy pequeña, muy graciosa, muy bonita, apelonada, acurrucada en sus pieles, y miraba con ojos desolados el interior lamentable del coche.

Sus vecinos, el conde y la condesa Huberto de Breville, llevaban uno de los nombres más antiguos y más nobles de Normandía. El conde, viejo gentilhomme de gran apariencia, se esforzaba en acentuar por los artificios de su toilette su parecido natural con el rey Enrique IV, que, según una leyenda gloriosa para la familia, había dejado encinta a una señora de Breville, cuyo marido, por ese hecho, había sido conde y gobernador de provincia.

Colega del señor Carré-Lamadon en el Consejo General, el conde Huberto representaba el partido orleanista en el departamento. La historia de su casamiento con la hija de un pequeño armador de Nantes había permanecido siempre misteriosa. Pero como la condesa tenía gran apariencia, recibía mejor que nadie, y hasta pasaba por haber sido amada por uno de los hijos de Luis Felipe, toda la nobleza la agasajaba y su salón seguía siendo el primero del país, el único en donde se conservaba la vieja galantería y cuya entrada era difícil.

La fortuna de los Breville, toda en bienes raíces, alcanzaba, se decía, a unas quinientas mil libras de renta.

Esas seis personas formaban el fondo del coche, el lado de la sociedad rentista, serena y fuerte, de la gente honrada, autorizada, que tiene religión y principios.

Por un extraño azar, todas las mujeres estaban en el mismo banco; y la condesa tenía además por vecinas a dos hermanitas que desgranaban largos rosarios, murmurando Pater y Ave. Una era vieja y tenía el rostro comido por la viruela, como si hubiera recibido una descarga de metralla en plena cara. La otra, muy endeble, tenía un rostro lindo y enfermizo sobre un pecho de tísica carcomida por esa fe devoradora que hace mártires e iluminados.

Frente a las dos religiosas, un hombre y una mujer atraían todas las miradas.

El hombre, muy conocido, era Cornudet, el demócrata, el terror de las personas respetables. Desde hacía veinte años mojaba su gran barba roja en los bocks de todos los cafés democráticos. Habíase comido con sus hermanos y amigos una fortuna bastante abultada que le venía de su padre, ex confitero, y esperaba impacientemente la República para obtener, por fin, el lugar merecido por tantas consumiciones revolucionarias. El cuatro de septiembre, a consecuencia de una broma, quizá, se había creído nombrado prefecto, pero cuando quiso entrar en funciones, los escribientes, únicos dueños del lugar, rehusaron reconocerlo, lo que lo obligó a retirarse. Muy buen muchacho, por otra parte, inofensivo y servicial, se había ocupado con un fervor incomparable de organizar la defensa. Había hecho cavar agujeros en las praderas, voltear todos los árboles jóvenes de los bosques vecinos, sembrar trampas en todas las rutas, y al acercarse el enemigo, satisfecho de sus preparativos, se había replegado rápidamente hacia la ciudad. Ahora pensaba ser más útil en El Havre, donde iban a ser necesarios nuevos destacamentos.

La mujer, una de esas llamadas galantes, era célebre por su precoz gordura, que le había valido el sobrenombre de Bola de Sebo.

Baja, redonda por todas partes, gorda a reventar, con dedos hinchados, estrangulados en las falanges, semejantes a rosarios de pequeñas salchichas, de piel brillante y tensa, un pecho enorme que resaltaba bajo el vestido, era todavía apetitosa y buscada, pues su frescura era agradable a la vista. Su rostro era una manzana roja, un pimpollo de peonía pronto a brotar; y en todo eso se abrían, arriba, dos ojos negros, magníficos, sombreados por grandes pestañas espesas que ponían una sombra dentro de ellos. Abajo, una boca encantadora, angosta, húmeda para el beso, adornada por dientes brillantes y menudos.

Poseía, además, según se decía, cualidades inapreciables.

En cuanto fue reconocida, corrieron susurros entre las mujeres honradas, y las palabras "prostituta", "vergüenza pública", fueron susurradas tan alto que ella alzó la cabeza. Entonces paseó sobre sus vecinos una mirada tan provocativa y osada, que inmediatamente reinó un gran silencio y todo el mundo bajó los ojos, a excepción de Loiseau, que espiaba con aire socarrón. Pero pronto se reanudó la conversación entre las tres señoras súbitamente amigas, casi íntimas, por la presencia de esa mujer. Tenían que hacer, les parecía, como un haz con sus dignidades de esposas frente a esa vendida sin vergüenza, pues el amor legal siempre mira de arriba a su libre colega. También los tres hombres, que el aspecto de Cornudet acercaba a un instinto conservador, hablaban de dinero con un cierto tono desdeñoso para los pobres. El conde Huberto decía los destrozos que le habían causado los prusianos, las pérdidas que resultarían del ganado robado y de las cosechas perdidas, con una seguridad de gran señor diez veces millonario a quien esos estragos molestarían apenas un año. El señor Carre-Lamadon, muy golpeado en la industria algodonera, había tenido cuidado de mandar seiscientos mil francos a Inglaterra, una pequeña reserva para cualquier ocasión. En cuanto a Loiseau, se había arreglado para vender a la intendencia francesa todos los vinos comunes que le quedaban en la

bodega, de manera que el Estado le debía una suma formidable que pensaba cobrar en El Havre.

Y los tres se lanzaban miradas rápidas y amistosas. Aunque de distinta condición, se sentían hermanos por el dinero; de la masonería de los que poseen, de los que hacen sonar el oro poniendo la mano en el bolsillo del pantalón.

El coche iba tan lentamente que a las diez de la mañana no habían andado cuatro leguas. Los hombres bajaron tres veces para subir las cuestas a pie. Empezaban a inquietarse, pues pensaban almorzar en Tótes y ya estaban perdiendo la esperanza de llegar antes de la noche. Todos acechaban para descubrir un mesón en el camino, cuando la diligencia se empantanó en un amontonamiento de nieve y hubo que perder dos horas para sacarla.

El apetito crecía, turbaba los ánimos; y ningún boliche, ninguna venta de vino aparecía. La cercanía de los prusianos y el paso de las tropas francesas hambrientas habían asustado a los comerciantes.

Los señores corrieron a buscar provisiones a las chacras de la vera del camino, pero no encontraron ni siquiera pan, pues el campesino, desconfiado, escondía sus reservas por temor a ser saqueado por los soldados, que al no tener nada que ponerse bajo el diente tomaban por la fuerza lo que descubrían.

Hacia la una del día Loiseau anunció que decididamente sentía un, fuerte vacío en el estómago. Desde hacía tiempo todo el mundo sufría como él; y a medida que aumentaba el violento deseo de comer, morían las conversaciones.

De cuando en cuando, alguno bostezaba; otro lo imitaba casi en seguida. Y cada uno por turno, según su carácter, su educación y su posición social, abría la boca con estruendo o modestamente, poniendo una mano ante la entrada abierta, de la cual salía como un vapor.

Bola de Sebo, en diversas ocasiones, se había inclinado como si buscara algo bajo sus faldas. Titubeaba un minuto, miraba a sus vecinos; luego se enderezaba

tranquilamente. Los rostros estaban pálidos y crispados. Loiseau afirmó que pagaría mil francos por un jamón. Su mujer hizo un ademán como para protestar; luego se calmó. Siempre sufría cuando oía hablar de dinero despilfarrado y ni siquiera comprendía las bromas a ese respecto.

—La verdad es que no me siento bien — dijo el conde—. ¿Cómo no pensé en traer provisiones?

Cada cual se hacía el mismo reproche. Sin embargo, Cornudet tenía una botella llena de ron. Ofreció; rechazaron fríamente. Sólo Loiseau aceptó dos gotas, y cuando devolvió la botella agradeció:

—Es bueno; calienta y engaña el apetito.

El alcohol lo puso de buen humor y propuso que se hiciera como en el pequeño navío de la canción: comer al más gordo de los viajeros. Esta alusión indirecta a Bola de Sebo chocó a la gente bien educada. Nadie contestó; sólo Cornudet esbozó una sonrisa.

Las dos hermanitas habían dejado de desgranar sus rosarios, y las manos sumergidas en sus grandes mangas, permanecían inmóviles, los ojos bajos obstinadamente, ofreciendo sin duda al cielo el sufrimiento que les mandaba.

Por fin, a las tres, cuando se encontraban en medio de un valle interminable, sin un solo pueblo a la vista, Bola de Sebo, agachándose rápidamente, sacó de abajo del asiento una gran canasta cubierta por una servilleta blanca.

Sacó primeramente un plato pequeño de porcelana y un fino vaso de plata; luego una vasija, en la cual dos pollos enteros, cortados, se conservaban bajo la gelatina; además, se veían en la canasta muchas otras cosas apetecibles: pasteles, frutas, golosinas; provisiones preparadas para un viaje de tres días a fin de no tener que probar la comida de las posadas. Cuatro cuellos de botellas pasaban entre los paquetes de alimentos.

Tomó un ala de pollo y delicadamente se puso a comerla con uno de esos pancitos que en Normandía se llaman "Regencia".

Todas las miradas convergían en ella.

Luego el olor se desparramó, ensanchando las narices, llenando las bocas de una saliva

abundante, con una contracción dolorosa de las mandíbulas junto a las orejas. El desprecio de las señoras por esa mujer se volvía feroz; sentían como ganas de matarla o de tirarla del coche en la nieve, a ella, su vaso, su canasto y sus provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos la cazuela de pollo. Dijo:

—Me alegro; la señora ha sido más precavida que nosotros. Hay personas que piensan siempre en todo.

Ella alzó la cabeza hacia él:

—¿Desea un bocado el señor? Es duro ayunar desde la mañana.

El saludó:

—Francamente, no digo que no; ya no puedo más. Hay que hacer de la necesidad virtud; ¿no es verdad, señora?

Y echando una mirada circular, agregó:

—En momentos como éste uno se alegra de encontrar gente servicial.

Tenía un diario que extendió para no manchar su pantalón, y con la punta de un cuchillo que llevaba en el bolsillo sacó un muslo barnizado de gelatina, lo cortó con los dientes, y luego lo masticó con una satisfacción tan evidente que hubo en el coche un gran suspiro de angustia.

Pero Bola de Sebo, con voz humilde y dulce, propuso a las dos hermanitas que compartieran su colación. Las dos aceptaron instantáneamente, y sin alzar los ojos se pusieron a comer muy rápido después de haber balbuceado las gracias. Cornudet tampoco rechazó los ofrecimientos de su vecina y formaron con las religiosas una sola mesa, desplegando diarios sobre las rodillas. Las bocas se abrían y se cerraban sin cesar; tragaban, masticaban, engullían ferozmente. Loiseau, en su rincón, trabajaba firme, y en voz baja convencía a su mujer que lo imitara. Ella resistió largo rato; luego, después de una crispación que le recorrió las entrañas, cedió. Entonces su marido, redondeando la frase, pidió a su "encantadora compañera" que le permitiera ofrecer un pedacito a la señora Loiseau.

Ella dijo:

—Pero sí, sin duda, señor.

Y con una sonrisa amable, tendió la

cazuela.

Un malestar se produjo cuando descorcharon la primera botella de bordeaux: había sólo un vaso. Se lo fueron pasando después de haberlo limpiado. únicamente Cornudet, por galantería, sin duda, posó sus labios en el lugar todavía húmedo por los labios de su vecina.

Entonces, rodeados de gente que comía, sofocados por las emanaciones de los alimentos, el conde y la condesa de Breville, así como el señor y la señora de Carré-Lamadon, sufrieron ese suplicio odioso que ha conservado el nombre de Tántalo. De pronto, la joven esposa del manufacturero lanzó un suspiro que hizo volver las cabezas; estaba blanca como la nieve de afuera; sus ojos se cerraron, su frente cayó: había perdido el conocimiento. Su marido, enloquecido, imploraba el socorro de todo el mundo. Todos perdían la cabeza, cuando la mayor de las dos hermanitas, sosteniendo la cabeza de la enferma, deslizó entre sus labios el vaso de Bola de Sebo y le hizo tragar algunas gotas de vino. La linda señora se movió, abrió los ojos, sonrió y declaró con una voz moribunda que ahora se sentía muy bien. Pero a fin de que esto no se repitiese, la monja la obligó a beber un gran vaso de bordeaux, y agregó:

—Es el hambre, nada más.

Entonces Bola de Sebo, roja y avergonzada, balbuceó, mirando a los cuatro viajeros que habían permanecido en ayunas: —¡Dios mío, si me atreviera a ofrecerles a estos señores y a estas señoras!...

Calló, temiendo un ultraje. Loiseau tomó la palabra:

—Bueno, caramba, en casos semejantes todo el mundo es hermano y debe ayudarse. Vamos, señoras mías, nada de ceremonias; acepten, ¡qué diablos! ¿Sabemos siquiera si encontraremos una casa para pasar la noche? De la manera como vamos no estaremos en Tôtes antes de mañana a mediodía. Titubeaban; nadie se atrevía a asumir la responsabilidad del "sí".

Pero el conde resolvió la situación. Se volvió hacia la muchacha gorda, intimidada, y tomando su gran aire de gentilhomme le

dijo:

—Aceptamos con gratitud, señora.

Sólo el primer paso costaba. Una vez pasado el Rubicón se entregaron resueltamente. El canasto fue vaciado.

Contenía, además, un pâté de foie gras, un pastel de liebre, un pedazo de lengua ahumada, peras de Crassane, un Pontl'Évêque, acaramelados, y una taza llena de pepinos y de cebollas en vinagre. Bola de Sebo, como todas las mujeres, adoraba lo crudo.

No era posible comer las provisiones de esa muchacha sin hablarle. Por lo tanto se conversó, primeramente con reservas; luego, como ella se mantenía en su lugar, se abandonaron un poco más. Las señoras de Breville y de Carré-Lamadon, que tenían mucho mundo, fueron amables con delicadeza. La condesa, sobre todo, mostró esa amable condescendencia de las señoras muy nobles que no pueden ser ensuciadas por ningún contacto, y fue encantadora. Pero la fuerte señora Loiseau, que tenía un alma de sargento, permaneció hosca hablando poco y comiendo mucho.

Se habló de la guerra, naturalmente.

Contaron hechos horribles de los prusianos, rasgos de coraje de los franceses; y todas esas personas que huían rindieron homenaje al valor de los demás. Las historias personales empezaron pronto, y Bola de Sebo contó con verdadera emoción, con ese calor en la palabra que tienen a veces las ramera para expresar sus arrebatos naturales, cómo había salido de Rouen.

—Primeramente creía que podría quedarme —decía—. Tenía mi casa llena de provisiones y prefería alimentar a algunos soldados a expatriarme no sé dónde. Pero cuando vi a esos prusianos, fue más fuerte que yo. Me hicieron hervir la sangre de rabia; y lloré de vergüenza durante todo el día. ¡Ah, si yo fuera hombre, verían! Miraba desde mi ventana a esos grandes puercos con sus cascos en punta, y mi criada me sujetaba las manos para impedirme que les arrojara los muebles encima. Luego vinieron algunos para hospedarse en casa; entonces salté sobre el primero. ¡No son más difíciles de estrangular

que otros! Y habría muerto a ése si no me hubieran arrancado por el cabello. Después de eso fue preciso esconderme. En fin, cuando encontré una oportunidad me fui y aquí estoy.

La felicitaron mucho. Crecía en la estima de sus compañeros, que no se habían mostrado tan valientes; y Cornudet, escuchándola, conservaba una sonrisa aprobadora y benevolente de apóstol; así escucha un sacerdote a un devoto alabar a Dios, pues los demócratas de barba larga tienen el monopolio del patriotismo, así como los hombres de sotana tienen el de la religión. Habló a su vez en tono doctrinario, con el énfasis aprendido en las proclamas que pegaban todos los días en las paredes, y acabó con un trozo de elocuencia en el cual zarandeaba magistralmente a ese "crápula de Badinguet".

Pero Bola de Sebo se enojó porque era bonapartista. Se ponía más roja que una guinda, y tartamudeaba de indignación: —Hubiera querido verlos en su lugar a ustedes. Sí, cómo no. ¡Ustedes lo han traicionado a ese hombre! No nos quedaría más que salir de Francia si estuviéramos gobernados por pícaros como ustedes. Cornudet, impasible, conservaba una sonrisa desdeñosa y superior; pero se presentía que iban a llegar a insultarse, cuando el conde se interpuso y calmó, no sin trabajo, a la mujer exasperada, proclamando, con autoridad, que todas las opiniones sinceras son respetables. No obstante, la condesa y la manufacturera, que tenían en el alma el odio irracional de la gente bien por la República y esa ternura instintiva que alimentan todas las mujeres por los gobiernos de galones y despóticos, se sentían a pesar de ellas, atraídas por esa prostituta llena de dignidad, cuyos sentimientos se parecían tanto a los propios.

La canasta estaba vacía. Entre diez la habían vaciado sin dificultad, lamentando que no fuera más grande. La conversación continuó algún tiempo, un poco enfriada, no obstante, desde que habían terminado de comer.

La noche caía; poco a poco la oscuridad se

hizo profunda, y el frío, más sensible durante las digestiones, hacía estremecer a Bola de Sebo a pesar de su grasa. Entonces la señora de Breville le propuso su braserito, cuyo carbón había sido renovado varias veces desde la mañana, y la otra aceptó en seguida porque tenía los pies helados. Las señoras de Carré Lamadon y de Loiseau dieron los suyos a las religiosas.

El cochero había encendido los faroles.

Éstos iluminaban con un vivo resplandor una nube de bruma sobre las grupas sudorosas de los caballos, y a ambos lados de la ruta de nieve parecía desenrollarse bajo el movable reflejo de las luces.

En el coche ya no se distinguía nada; pero de pronto hubo un movimiento entre Bola de Sebo y Cornudet; y Loiseau, cuyos ojos hurgaban las sombras, creyó ver al hombre de larga barba apartarse vivamente como si hubiera recibido algún buen golpe dado sin ruido.

Pequeñas puntas luminosas aparecieron adelante, en el camino. Era Tótes. Habían andado once horas, lo cual, con las dos horas de descanso dadas en cuatro etapas a los caballos para comer avena y resollar, sumaban catorce horas. Entraron en el hurgo y se detuvieron ante la Bolsa de Comercio. La puerta se abrió. Un ruido muy conocido hizo estremecer a todos los viajeros: eran los choques de una vaina de espada contra el suelo. En seguida la voz de un alemán gritó alguna cosa.

Aunque la diligencia estaba inmóvil, nadie se apeaba, como si temieran ser asesinados a la salida. Entonces el conductor apareció llevando en la mano una de las linternas, que iluminó súbitamente hasta el fondo del coche las dos hileras de cabezas aterradas, cuyas bocas estaban abiertas y los ojos muy abiertos de sorpresa y de espanto.

Junto al cochero se hallaba, en plena luz un oficial alemán, un gran muchacho excesivamente delgado y rubio, apretado en su uniforme como una mujer en un corsé y llevando ladeada su gorra chata y lustrosa que lo hacía parecerse al mensajero de un hotel inglés. Su desmesurado bigote de largos pelos lacios, adelgazándose

indefinidamente de cada lado y terminado por un solo hilo rubio tan delgado que no se veía el fin, parecía pesar sobre las comisuras de su boca, y estirando la mejilla imprimía a los labios una arruga en descenso.

En un francés con acento invitó a los viajeros a que salieran, diciendo en tono seco:

—¿Quieren "pajar", señores y señoras?

Las dos hermanitas fueron las primeras en obedecer con una docilidad de santas mujeres acostumbradas a todas las sumisiones. El conde y la condesa aparecieron después, seguidos por el manufacturero y su mujer; luego Loiseau, empujando ante él a su gran mitad. Éste, apeándose, dijo al oficial: "Buenos días, señor", por un sentimiento de prudencia más que por cortesía. El otro, insolente como las personas omnipotentes, lo miró sin contestar. Bola de Sebo y Cornudet, aunque estaban cerca de la puerta, fueron los últimos en bajar, graves y altivos ante el enemigo. La muchacha gorda trataba de dominarse y de estar serena; el demócrata atormentaba con una mano crispada y un poco temblorosa su larga barba rojiza. Querían conservar la dignidad, comprendiendo que en esos encuentros cada uno representa un poco a su país; e igualmente sublevados por la flexibilidad de sus compañeros, ella intentaba mostrarse más altanera que sus vecinas, las mujeres honradas, en tanto él, sintiendo que debía dar el ejemplo, continuaba con su actitud la misión de resistencia empezada en los baches de los caminos.

Entraron en la vasta cocina de la posada, y el alemán, habiéndose hecho presentar la autorización de partida firmada por el general en jefe y en donde estaban mencionados los nombres, la filiación y la profesión de cada viajero, examinó largamente a todo ese mundo, comparando a las personas con los informes escritos.

Luego dijo bruscamente:

—Están bien. —Y desapareció.

Entonces respiraron. Todavía tenían hambre; encargaron la comida. Era necesaria una media hora para prepararla, y mientras dos sirvientas se ocupaban de ella, fueron a

visitar las habitaciones. Daban todas a un largo corredor que terminaba en una puerta con cristales marcada con un número sugestivo.

Por fin iban a sentarse a la mesa cuando apareció el patrón de la posada. Era un antiguo vendedor de caballos, un gordo asmático que tenía siempre silbidos, ronqueras, cantos de flemas en la laringe. Su padre le había transmitido el nombre de Follenvie.

Preguntó:

—¿La señorita Elisabeth Rousset?

Bola de Sebo se estremeció; se volvió:

—Soy yo.

—Señorita, el oficial prusiano quiere hablarle inmediatamente.

—¿A mí?

—Sí, si usted es la señorita Elisabeth Rousset.

Ella se turbó; reflexionó un segundo; luego declaró abiertamente:

—Es posible, pero no iré.

Hubo una agitación a su alrededor. Cada cual discutía, buscaba la causa de esa orden.

El conde se acercó:

—Hace mal, señora, pues su rechazo puede traer considerables dificultades, no solamente para usted, sino para todos sus compañeros. Nunca hay que oponerse a los más fuertes. Seguramente, este paso no puede entrañar ningún peligro; sin duda, es para alguna formalidad olvidada.

Todo el mundo se unió a él; le rogaron, la instaron, la sermonearon, y terminaron por convencerla, pues todos temían las complicaciones que podrían resultar de un capricho. Al fin ella dijo:

—Es por ustedes que lo hago, ¡seguro!

La condesa le tomó la mano:

—Y se lo agradecemos.

Salió. La esperaron para sentarse a la mesa. Cada cual se desolaba de no haber sido requerido en lugar de esa muchacha violenta e irascible, y preparaba mentalmente bajezas para el caso de ser llamado a su vez.

Pero al cabo de diez minutos ella reapareció, resoplando, roja como si fuera a estallar, exasperada. Balbuceó:

—¡Oh, el canalla, el canalla!

Todos la rodearon para saber, pero ella no dijo nada; y como el conde insistía, respondió con una gran dignidad:

—No, esto no les incumbe, no puedo hablar. Entonces se sentaron alrededor de una gran sopera de la cual salía un aroma de repollo. A pesar de ese alerta, la comida fue alegre. Era buena la sidra que el matrimonio Loiseau y las hermanitas tomaron por economía. Los demás pidieron vino; Cornudet reclamó cerveza. Tenía una manera particular de destapar las botellas, de hacer espumar el líquido, de considerarlo inclinando el vaso, que luego levantaba entre la lámpara y sus ojos para apreciar bien el color. Cuando bebía, su gran barba, que había tomado el tono de su amado brebaje, parecía estremecerse de ternura; sus ojos bizqueaban para no perder de vista su chop y parecía llenar la única función para la cual había nacido. Parecía que establecía en su espíritu un acercamiento, y como una afinidad entre las dos grandes pasiones que ocupaban toda su vida: el Pale Ale y la Revolución, y seguramente no podía saborear el uno sin pensar en la otra.

El señor y la señora Follenvie comían en un extremo de la mesa. El hombre, jadeando como una locomotora gastada, tenía demasiado tiraje en el pecho para poder hablar mientras comía; pero la mujer no callaba nunca. Contó todas sus impresiones de la llegada de los prusianos, lo que hacían, lo que decían, aborreciéndolos, primeramente porque le costaban dinero, y además porque tenía dos hijos en el ejército. Se dirigía siempre a la condesa halagada de conversar con una señora de su calidad.

Luego bajaba la voz para decir las cosas delicadas, y su marido, de tiempo en tiempo, la interrumpía:

—Harías mejor en callarte, señora Follenvie. Pero ella no lo tomaba en cuenta y continuaba:

—Sí, señora, esta gente no hace sino comer papas y cerdo. No hay que creer que son limpios. ¡Ah, no! Se ensucian por todos lados, perdone la palabra. Y si los viera hacer ejercicios durante horas y días... Están allí todos en un campo; y marcha adelante y

marcha atrás, y vuelta para aquí y vuelta para allí. ¡Si cultivaran la tierra, al menos, o si trabajaran en los caminos de su país!... Pero, no señora, ¡estos militares no son provechosos para nadie! El pobre pueblo los alimenta para que aprendan a asesinar. Yo no soy sino una pobre mujer, una vieja sin educación, es verdad, pero al ver que se estropean el carácter en patear de la mañana a la noche, me digo: "¡Cuando hay personas que hacen tantos descubrimientos para ser útiles, es necesario que otros se den tanto trabajo para ser nocivos! Verdaderamente, ¿no es una abominación matar gente, sean prusianos, o bien ingleses, o bien polacos o franceses?" Si uno se venga de alguien que lo ha perjudicado está mal, puesto que lo condenan; pero cuando exterminan a nuestros muchachos como presas de caza, con fusiles, está bien, puesto que dan condecoraciones al que destruye más. No, créame usted, ¡nunca comprenderé esto!

Cornudet alzó la voz:

—La guerra es un acto de barbarie cuando se ataca a un vecino apacible; es un deber sagrado cuando se defiende a la patria.

La vieja bajó la cabeza:

—Sí, cuando uno se defiende es otra cosa, pero no sería mejor matar a todos los reyes que hacen eso por placer?

La mirada de Cornudet se inflamó.

—¡Bravo, ciudadana! —dijo.

El señor Carré-Lamadon reflexionaba profundamente. Aunque era un fanático de los ilustres capitanes, el sentido común de esa campesina le hacía pensar en la opulencia que traerían a un país tantos brazos desocupados, y por consiguiente ruinosos; tantas fuerzas que se mantienen improductivas, si se emplearan en los grandes trabajos industriales que haría falta siglos para terminar.

El señor Loiseau, levantóse y fue a hablar en voz baja con el posadero. El gordo reía, tosía, escupía; su enorme abdomen saltaba de alegría al oír las bromas de su vecino y le compró seis toneles de bordeaux para la primavera cuando los prusianos ya se hubiesen ido.

En cuanto hubieron terminado de comer,

como estaban rendidos de cansancio, se acostaron. Sin embargo, Loiseau, que había observado las cosas, mandó a su mujer a la cama, y luego pegó, ora una oreja, ora un ojo, al agujero de la cerradura para tratar de descubrir lo que él llamaba "el misterio del corredor".

Al cabo de una hora, más o menos, oyó un crujido, miró rápidamente y vio a Bola de Sebo, que parecía más gorda todavía bajo su batón de casimir azul ribeteado de puntillas blancas. Llevaba un candelero en la mano y se dirigía hacia el gran número al fondo del corredor. Pero una puerta, al lado, se entreabrió, y cuando ella volvió al cabo de algunos minutos, Cornudet, en camiseta, la seguía. Hablaban en voz baja; luego se detuvieron, Bola de Sebo parecía defender la entrada de su cuarto con energía. Loiseau, desgraciadamente, no oía las palabras, pero al fin, como alzaban la voz, pudo atrapar algunas. Cornudet insistía con vivacidad.

Decía:

—Vamos, no sea tonta; ¿qué le importa?

Ella parecía indignada, y contestó:

—No, hijo; hay momentos en que esas cosas no se hacen; y además, aquí sería una vergüenza.

Él no comprendía, sin duda, y preguntó por qué. Entonces ella se enojó, alzando aún más el tono:

—¿Por qué? ¿No comprende por qué?

¿Cuándo hay prusianos en la casa, en el cuarto de al lado, quizá?

Él se calló. Ese pudor patriótico de ramera que no se dejaba acariciar cerca del enemigo; debió de despertar en su corazón la dignidad desfalleciente, pues después de haberla besado, volvió a su cuarto de puntillas.

Loiseau, muy encendido, se alejó de la cerradura, hizo una cabriola en su cuarto; se puso su madrás, alzó la sábana bajo la cual yacía el duro esqueleto de su compañera, a quien despertó con un beso, y murmuró:

—¿Me quieres, querida?

Entonces toda la casa quedó silenciosa.

Pero pronto se alzó en algún lado, en una dirección indeterminada que podía ser lo mismo la bodega que el altillo, un ronquido poderoso, monótono, regular, un ruido sordo

y prolongado con temblores de caldera con presión. El señor Follenvie dormía. Como había quedado decidido que saldrían al día siguiente a las ocho, todo el mundo se juntó en la cocina; pero el coche, cuya capota tenía un estrato de nieve, se erguía solitario en medio del patio, sin caballos y sin conductor. Buscaron en vano a este último en las caballerizas, en los forrajes, en las cocheras. Entonces todos los hombres resolvieron hacer una batida por el pueblo y salieron. Se encontraron en la plaza con la iglesia al fondo, y de ambos lados, casas bajas donde se veían soldados prusianos. El primero que vieron pelaba papas. El segundo, más lejos, lavaba el negocio de un peluquero. Otro barbudo hasta los ojos, besaba a un chiquilín que lloraba y lo acunaba sobre sus rodillas para tratar de calmarlo; y las fornidas campesinas, cuyos hombres estaban en "el ejército de la guerra", indicaban por señales a sus obedientes vencedores el trabajo que debían comenzar: cortar madera, preparar la sopa, moler el café; uno de ellos lavaba la ropa de la dueña de casa, una vieja inválida. El conde, asombrado, interrogó al bedel, que salía del presbiterio. El viejo guardián de la iglesia le contestó:

—¡Ah, éstos no son malos, no son prusianos!, según se dice. Son de más lejos; no sé bien de dónde, y todos han dejado una mujer y chicos en su país; no les divierte la guerra, ¡vaya! Estoy seguro de que allá también se llora por los hombres; y esto traerá una linda miseria allá como entre nosotros. Aquí no somos muy desgraciados por el momento, porque no nos hacen ningún mal y trabajan como si estuvieran en sus casas. ¿Comprende, señor? Entre los pobres hay que ayudarse... Son los poderosos quienes hacen la guerra.

Cornudet, indignado por el entendimiento cordial establecido entre los vencedores y los vencidos, se retiró, prefiriendo encerrarse en la posada. Loiseau dijo una palabra chistosa: "Repueblan". El señor Carré-Lamadon dijo una palabra grave: "Reparan". Pero no encontraban al cochero. Por fin, lo descubrieron en el café del pueblo, sentado fraternalmente a una mesa con el ordenanza

del oficial. El conde le interpeló:

—¿No le habían dado orden de enganchar para las ocho?

—Ah, sí, claro, pero me dieron otra después.

—¿Cuál?

—La de no enganchar.

—¿Quién le ha dado esa orden?

—El comandante prusiano.

—¿Por qué?

—No sé nada. Vaya a preguntárselo. Me prohíben enganchar, yo no engancho. Ya está. —¿Él mismo le ha dicho eso?

—No, señor, es el hotelero que me ha dado la orden de su parte.

—¿Cuándo?

—Anoche, cuando iba a acostarme.

Los tres hombres volvieron muy inquietos. Mandaron llamar al señor Follenvie, pero la sirvienta contestó que el señor, a causa de su asma, no se levantaba nunca antes de las diez. Había prohibido formalmente que se le despertara más temprano, excepto en caso de incendio.

Quisieron ver al oficial, pero eso era absolutamente imposible, aunque vivía en la posada. Solamente el señor Follenvie estaba autorizado a hablarle para los asuntos civiles. Entonces esperaron. Las mujeres subieron a sus cuartos y se ocuparon en futilidades.

Cornudet se instaló junto a la alta chimenea de la cocina, donde ardía un gran fuego. Se hizo traer allí una de las mesillas del café, una copa, y sacó su pipa, que gozaba entre los demócratas de una consideración casi igual a la suya, como si sirviera a la patria, sirviendo a Carnudet. Era una espléndida pipa de espuma admirablemente curada, tan negra como los dientes de su dueño, pero perfumada, curva, reluciente, acostumbrada a su mano y complemento de su fisonomía. Permaneció inmóvil, los ojos fijos tan pronto en la llama del hogar, tan pronto en la espuma que coronaba su chop; y cada vez que había bebido pasaba con un aire satisfecho sus largos dedos flacos por sus largos cabellos grasientos mientras chupaba sus bigotes ribeteados de espuma.

Loiseau, bajo el pretexto de estirar las

piernas, fue a colocar sus vinos entre los compradores del país. El conde y el manufacturero se pusieron a hablar de política. Preveían el porvenir de Francia. El uno creía en los Orleáns; el otro en un salvador desconocido, un héroe que se revelaría cuando todo pareciera desesperado: ¿un du Guesclín, una Juana de Arco, quizá? ¿U otro Napoleón I? ¡Ah, si el príncipe imperial no fuera tan joven!... Cornudet, escuchándolo, sonreía como hombre que sabe la palabra del destino. Su pipa perfumaba la cocina.

Al dar las diez, el señor Follenvie apareció. Lo interrogaron bien pronto; pero sólo pudo repetir dos o tres veces, sin una variante, estas palabras:

—El oficial me dijo así: "Señor Follenvie, usted prohibirá que enganchen mañana el coche de esos viajeros. No quiero que salgan sin mi orden. ¿Oye? Esto basta".

Entonces quisieron ver al oficial. El conde le mandó su tarjeta en la cual el señor Carré-Lamadon agregó su nombre y todos sus títulos. El prusiano mandó contestar que aceptaría hablar con esos dos hombres luego de haber almorzado, es decir, alrededor de la una.

Las señoras reaparecieron y comieron un poco a pesar de la inquietud. Bola de Sebo parecía enferma y visiblemente turbada.

Acababan de tomar el café cuando el ordenanza vino a buscar a los señores.

Loiseau se unió a los dos primeros; pero como intentaban arrastrar a Cornudet para dar más solemnidad a la entrevista, éste declaró altivamente que esperaba no tener nunca cuestiones con los alemanes. Y volvió a su chimenea pidiendo otra cerveza.

Los tres hombres subieron y fueron introducidos en la más hermosa habitación de la posada, donde los recibió el oficial, tendido en un diván, fumando en una larga pipa de porcelana y envuelto en una bata llameante, escamoteada sin duda en la vivienda abandonada de algún burgués de mal gusto. No se levantó, no los saludó ni siquiera los miró. Era una magnífica muestra de la grosería natural del militar victorioso.

Por fin, al cabo de algunos instantes, dijo:

—¿Qué "quierren"?

El conde tomó la palabra:

—Deseamos partir, señor.

—No.

—¿Osaré preguntarle la causa de esa negativa?

—Porque no "quierro".

—Le haré observar respetuosamente, señor, que su general en jefe nos ha otorgado permiso de partida para llegar a Dieppe; y pienso que nada hemos hecho para merecer sus rigores.

—No "quierro"... Esto es todo... Pueden "pajar".

Los tres se retiraron, después de haberse inclinado. La tarde fue lamentable. No comprendían el capricho del alemán; y las ideas más extrañas turbaban las cabezas. Todo el mundo estaba en la cocina y se discutía sin cesar, imaginando cosas inverosímiles. Tal vez querían guardarlos como rehenes —pero ¿con qué fin?— o llevarlos prisioneros. ¿O más bien pedirles un rescate considerable? Al pensar en esto, fueron presa de pánico. Los más ricos eran los más aterrados; ya se veían obligados para rescatar sus vidas a volcar bolsas llenas de oro entre las manos de ese soldado insolente. Se devanaban los sesos para descubrir mentiras aceptables, disimular sus riquezas, hacerse pasar por pobres, por muy pobres. Loiseau sacó la cadena de su reloj y la escondió en su bolsillo. La noche que caía aumentó las aprensiones. La lámpara fue encendida, y como aún quedaban dos horas antes de comer, la señora Loiseau propuso una partida de treinta y uno. Sería una distracción. Aceptaron. Hasta Cornudet, que había apagado su pipa por cortesía, tomó parte en ella.

El conde mezcló las barajas. Dio. Bola de Sebo tenía treinta y uno de un golpe; y pronto el interés del partido aplacó el temor que llenaba los espíritus. Pero Cornudet se dio cuenta de que el matrimonio Loiseau se entendía para hacer trampa.

Cuando iban a sentarse a la mesa, el señor Follenvie apareció; y con su voz cascada pronunció:

—El oficial prusiano manda preguntar a la

señorita Elisabeth Rousset si aún no ha cambiado de opinión.

Bola de Sebo permaneció de pie, muy pálida. Luego, volviéndose súbitamente escarlata, tuvo tal ahogo de rabia que ya no podía hablar. Por fin estalló:

—¡Le diré a ese crápula, a ese cochino, a esa carroña de prusiano, que nunca querré! ¿Entiende bien?, ¡jamás, jamás, jamás!

El macizo posadero salió. Entonces Bola de Sebo fue rodeada, interrogada, solicitada por todo el mundo para que revelara el misterio de su visita. Ella se resistió al principio: pero pronto la exasperación venció:

—¡Lo que quiere?... ¿Lo que quiere?

¡Quiere acostarse conmigo! —gritó.

A nadie le chocó esa palabra, a tal punto fue la indignación. Cornudet rompió su chop al colocarlo violentamente sobre la mesa. Era un clamor de reprobación contra ese soldado innoble, un soplo de ira, una unión de todos para la resistencia, como si le hubieran pedido a cada uno una parte del sacrificio exigido de ella. El conde declaró con asco que esas gentes se conducían a la manera de los antiguos bárbaros. Las mujeres, sobre todo, demostraron a Bola de Sebo una conmiseración enérgica y acariciadora. Las hermanitas, que sólo aparecían para las comidas, habían bajado la cabeza y no decían nada.

No obstante, cuando se aplacó el primer furor, comieron; pero hablaban poco; pensaban.

Las señoras se retiraron temprano; y los hombres, fumando, organizaron un écarté al cual fue convidado el señor Follenvie, pues tenían la intención de interrogarlo hábilmente sobre los medios que emplear para vencer la resistencia del oficial.

Pero sólo pensaba en sus cartas, sin escuchar nada, sin contestar nada; y repetía sin cesar: "Al juego, señores, al juego". Su atención estaba tan tensa que se olvidaba de escupir, lo que le ponía a veces notas de órgano en el pecho. Sus pulmones silbantes daban toda la gama del asma, desde las notas graves y profundas hasta los ronquidos agudos de los jóvenes gallos que intentan cantar.

Hasta rehusó subir cuando su mujer, que se caía de sueño, vino a buscarlo. Entonces ella se fue sola, pues era de "la mañana", siempre levantada antes que el sol, mientras su hombre era de "la noche", siempre listo a pasar la noche con amigos. Él le gritó: —¡Coloca mi caldo de gallina sobre el fuego! Y volvió a su partida.

Cuando se dieron cuenta de que no podrían sacarle nada, declararon que era hora de irse y cada cual se fue a su cama. Se levantaron también bastante temprano al día siguiente con una esperanza indeterminada, un deseo más grande de irse, un terror del día que habría que pasar en esa horrible posada.

¡Ay!, los caballos permanecían en la caballeriza, el cochero continuaba invisible. Fueron, por desocupación, a dar vueltas alrededor del coche.

El almuerzo fue muy triste; se había producido como un enfriamiento con respecto a Bola de Sebo, pues la noche, que trae consejo, había modificado un poco los juicios. Estaban casi resentidos ahora con esa muchacha, por no haber ido a buscar secretamente al prusiano a fin de prepararles al despertar una buena sorpresa a sus compañeros. ¿Hay algo más sencillo? Por otra parte, ¿quién lo hubiera sabido? Hubiera podido salvar las apariencias haciendo decir al oficial que se apiadaba de ellos. ¡Para ella eso tenía tan poca importancia! Pero nadie confesaba todavía esos pensamientos.

A la tarde, como se morían de aburrimiento, el conde propuso dar un paseo por los alrededores del pueblo. Cada cual se abrigó con cuidado, y la pequeña compañía partió, a excepción de Cornudet, que prefería permanecer junto al fuego, y de las hermanitas, que pasaban sus días en la iglesia o en casa del cura.

El frío, cada vez más intenso, lastimaba cruelmente la nariz y las orejas; los pies se ponían tan dolorosos que cada paso era un sufrimiento; y cuando el campo se abrió ante ellos les pareció tan atrozmente lúgubre bajo esa blancura ilimitada que todo el mundo regresó rápidamente con el alma helada y un

nudo en el corazón.

Las cuatro mujeres caminaban delante, los tres hombres seguían un poco atrás.

Loiseau, que comprendía la situación, preguntó de pronto si esa "loca" los haría permanecer por mucho tiempo todavía en un lugar semejante. El conde, siempre cortés, dijo que no se podía exigir de una mujer un sacrificio tan penoso y que debía nacer de ella. El señor Carré-Lamadon hizo notar que si los franceses hacían, como se decía, un regreso ofensivo por Dieppe, el encuentro sólo podía tener lugar en Tótes. Esta reflexión preocupó a los otros.

—¿Si nos escapamos a pie? —dijo Loiseau.

El conde se encogió de hombros.

—Ni pensarlo. ¿Con esta nieve? ¿Con nuestras mujeres? Además, seríamos inmediatamente perseguidos, alcanzados en diez minutos y traídos prisioneros a la merced de los soldados.

Era verdad: callaron.

Las señoras hablaban de vestidos; pero un cierto estiramiento parecía desunirlas.

De pronto, al extremo de la calle, apareció el oficial. Sobre la nieve que cerraba el horizonte perfilaba su gran talle de avispa en uniforme, y caminaba, las rodillas separadas, con ese movimiento particular de los militares que se esfuerzan por no ensuciar sus botas cuidadosamente lustradas.

Se inclinó al pasar junto a las señoras, y miró desdeñosamente a los hombres, que tuvieron, por otra parte, la dignidad de no descubrirse, aunque Loiseau esbozó un ademán para retirar su sombrero.

Bola de Sebo se había puesto roja hasta las orejas; y las tres mujeres casadas sentían una gran humillación al ser vistas por ese soldado en compañía de esa mujer a quien había tratado tan libremente.

Entonces se habló de él, de su aspecto, de su rostro. La señora Carré-Lamadon, que había conocido a muchos oficiales y que los juzgaba como experta, no lo encontraba nada mal; hasta sentía que no fuera francés, porque sería un lindo húsar por quien todas las mujeres estarían locas.

Una vez de vuelta ya no supieron qué hacer. Hasta cambiaron palabras agrias a

propósito de cosas insignificantes. La comida, silenciosa, duró poco, y cada cual subió a acostarse, esperando dormir para matar el tiempo.

Al día siguiente bajaron con el rostro cansado y el corazón exasperado. Las mujeres hablaban apenas con Bola de Sebo. Una campana repiqueteó. Era para un bautismo. La muchacha tenía un chico, que vivía con unos campesinos de Yvetot. No lo veía sino una vez al año y nunca pensaba en él; pero la idea de que iban a bautizar le llenó el corazón de una ternura súbita por el suyo, y quiso absolutamente asistir a la ceremonia. En cuanto hubo salido, todo el mundo se miró; luego acercaron las sillas porque sentían que por fin había que decidir algo. Loiseau tuvo una inspiración: su opinión era proponer al oficial que guardara solamente a Bola de Sebo y dejara partir a los demás. El señor Follenvie volvió a encargarse del mandado, pero bajó casi en seguida. El alemán, que conocía la naturaleza humana, lo había echado del cuarto. Pretendía retener a todo el mundo mientras su deseo no fuera satisfecho.

Entonces el temperamento vulgar de la señora Loiseau estalló:

—¡Sin embargo, no vamos a morirnos aquí de vejez! ¡Puesto que es el oficio de esa ramera hacer eso con todos los hombres, considero que no tiene derecho a rechazar a uno y no a otro!... ¡Hay que ver! ¡Ha tomado todo lo que ha encontrado en Rouen, hasta los cocheros! ¡Sí, señora, el cochero de la prefectura! Bien lo sé; compra vino en casa. Y hoy, que se trata de sacarnos de apuros, se hace la remilgada, ¡esa mocosa!... Yo creo que hace muy bien el oficial. A lo mejor hace tiempo que se siente privado; y aquí somos tres que él hubiera preferido, sin duda. Pero no, se contenta con la de todo el mundo. Respeta a las mujeres casadas. Pero piensen, pues, que es el amo. Le bastaba decir: "Quiero", y podía tomarnos a la fuerza con sus soldados.

Las dos mujeres tuvieron un pequeño estremecimiento. Los ojos de la bonita señora Carré Lamadon brillaban, y estaba un poco pálida como si ya se sintiera tomada a la

fuerza por el oficial.

Los hombres, que discutían un poco apartados, se acercaron. Loiseau, furibundo, quería entregar a esa miserable atada de pies y manos al enemigo. Pero el conde, descendiente de tres generaciones de embajadores y dotado de un físico de diplomático, era partidario de la habilidad. —Habría que convencerla —dijo.

Entonces conspiraron.

Las mujeres se acercaron, bajaron el tono de las voces y la discusión se hizo general; cada cual daba su opinión. Por otra parte, era muy correcto. Las señoras, sobre todo, encontraban delicadezas de giros, sutilezas de expresión encantadoras, para decir las cosas más escabrosas. Eran tan observadas las precauciones de lenguaje, que un extraño no hubiera comprendido nada. Pero la ligera capa de pudor con la cual está barnizada toda mujer de mundo cubre sólo la superficie, y ellas se encendían en esa aventura pícara, se divertían locamente en el fondo, sintiéndose en su elemento, manoseando el amor con la sensualidad de un cocinero goloso que prepara la comida de otro.

Al fin la historia les pareció tan graciosa, que la alegría volvió sola. El conde encontró bromas un poco subidas, pero tan bien dichas, que hacían sonreír. A su vez Loiseau largó algunas picardías más crudas, pero nadie se sintió herido; y el pensamiento, brutalmente expresado por su mujer, dominaba todos los espíritus. "Puesto que es el oficio de esa mujer, ¿porqué va a rechazar a éste y no a otro." La gentil señora Carré-Lamadon parecía pensar que en su lugar ella rechazaría menos a este que a otro.

Prepararon largamente el bloqueo como para una fortaleza defendida. Cada cual eligió el papel que representaría, los argumentos en los cuales se apoyaría, las maniobras que tendría que ejecutar. Se dispuso el plan de los ataques, los ardides a emplear, y las sorpresas del asalto, para forzar a esa ciudadela viviente a recibir al enemigo en la plaza.

Cornudet, no obstante, permanecía apartado, completamente ajeno a ese asunto. Una atención tan profunda tendía los

espíritus, que no oyeron entrar a Bola de Sebo. Pero el conde sopló un ligero "chut", que hizo alzarse todos los ojos. Ella estaba allí. Callaron bruscamente, y una cierta incomodidad impidió al principio hablarle. La condesa, más ágil que los demás en las duplicidades de los salones, la interrogó:

—Era divertido ese bautismo'

La muchacha, todavía conmovida, contó todo, las caras, y las actitudes, y hasta el aspecto de la iglesia. Agregó:

—Es bueno rezar a veces.

Sin embargo, hasta la hora del almuerzo las señoras se contentaron con ser amables con ella para aumentar su confianza, y su docilidad para aceptar consejos.

En cuanto estuvieron en la mesa comenzaron las aproximaciones.

Primeramente fue una conversación vaga sobre la abnegación. Citaron ejemplos antiguos: Judit y Holofernes; luego, sin razón alguna, Lucrecia con Sixto; Cleopatra haciendo pasar por su lecho a todos los generales enemigos y reduciéndolos a servilismos de esclavos. Entonces se desarrolló una historia fantástica nacida de la imaginación de esos millonarios ignorantes, en que las ciudadanas de Roma iban a Capua a adormecer a Aníbal entre sus brazos, y con él a sus tenientes y a las falanges de sus mercenarios. Citaron a todas las mujeres que han detenido a los conquistadores, que han hecho de su cuerpo un campo de batalla, un medio de dominar, un arma; que han vencido a seres horribles y detestados con sus caricias heroicas y han sacrificado su castidad a la venganza y a la abnegación.

Hasta se habló en términos velados de esa inglesa de gran familia que se había dejado inocular una horrible y contagiosa enfermedad para transmitirla a Bonaparte, salvado milagrosamente por una debilidad súbita, en la hora de la cita fatal.

Y todo esto fue contado de una manera correcta y moderada, en donde estallaba a veces un entusiasmo forzado apto para excitar la emulación. Al fin, habría podido creerse que el único papel de la mujer sobre la tierra era un perpetuo sacrificio de su persona, un abandono continuo a los apetitos

de las soldadescas.

Las dos hermanitas no parecían oír, perdidas en pensamientos profundos. Bola de Sebo no decía nada.

Durante toda la tarde la dejaron reflexionar. Pero en lugar de llamarla "señora", como habían hecho hasta entonces, le decían simplemente "señorita", sin que nadie supiera muy bien por qué, como si hubieran querido hacerla bajar un escalón en la estima que había escalado, hacerle sentir su vergonzosa situación.

En el momento en que sirvieron la sopa, el señor Follenvie reapareció repitiendo su frase de la víspera:

—El oficial prusiano manda preguntar a la señorita Elizabeth Rousset si todavía no ha cambiado de opinión.

Bola de Sebo respondió secamente:

—No, señor.

Pero en la comida la coalición se debilitó. Loiseau dijo tres frases desgraciadas. Cada uno se rompía la cabeza por descubrir nuevos ejemplos, y nadie encontraba nada cuando la condesa, sin premeditación, quizá, experimentando una vaga necesidad de rendir homenaje a la religión, interrogó a la mayor de las hermanitas sobre los grandes hechos de la vida de los santos. Muchos habían cometido actos que serían crímenes a nuestros ojos; pero la Iglesia absuelve sin dificultad esos pecados cuando son cometidos por la gloria de Dios o para el bien del prójimo. Era un argumento poderoso; la condesa aprovechó. Entonces, sea por una de esas comprensiones tácitas, de esas complacencias veladas en las que se destacan los que llevan ropas eclesiásticas, sea simplemente por el efecto de una feliz ininteligencia, de una auxiliadora tontería, la vieja religiosa aportó un formidable apoyo a la conspiración. La creían tímida: se mostró osada, verbosa, violenta. Ella no estaba turbada por los titubeos de la casuística; su doctrina parecía una barra de hierro; su fe nunca dudaba; su conciencia no tenía escrúpulos. Le parecía muy simple el sacrificio de Abrahán, pues ella hubiera dado muerte inmediatamente a su padre y madre por una orden venida de lo alto; y nada a su

entender podía disgustar a Dios cuando la intención era loable. La condesa, aprovechando la autoridad sagrada de su inesperada cómplice, le hizo hacer como una paráfrasis edificante de este axioma de moral: "El fin justifica los medios".

La interrogaba:

—Entonces, hermana, ¿usted piensa que Dios acepta todos los caminos y perdona el hecho cuando el motivo es puro?

—¿Quién podría dudarlo, señora? Una acción condenable en sí se vuelve a menudo meritoria por el pensamiento que la inspira. Y continuaban así desenredando las voluntades de Dios, previendo sus decisiones, haciéndolo interesarse por cosas que verdaderamente no tenían nada que ver con Él.

Todo esto era velado, hábil, discreto. Pero cada palabra de la santa mujer con cofia abría una brecha en la resistencia indignada de la cortesana. Luego la conversación se desvió un poco y la mujer de rosarios colgantes habló de las casas de su Orden, de su superiora, de sí misma, y de su encantadora vecina, la querida hermana San Nicéforo. Habían sido llamadas a El Havre para cuidar, en los hospitales, a centenares de soldados atacados de viruela. Describió a esos miserables, detalló la enfermedad. Y mientras ellas estaban detenidas en su ruta por el capricho de ese prusiano, un gran número de franceses podía morir, cuando quizá hubieran podido salvarlos. Era su especialidad cuidar militares; había estado en Crimea, en Italia, en Austria, y contando sus campañas, se reveló de pronto como una de esas religiosas de armas llevar que parecen hechas para seguir los campamentos, recoger los heridos en los remolinos de las batallas y, mejor que un jefe, domar con una palabra a los soldados indisciplinados; una verdadera hermana "Rataplán", cuyo rostro devastado, cribado de agujeros sinnúmeros, parecía una imagen de los estragos de la guerra.

Nadie dijo nada después de ella, a tal punto parecía excelente el efecto causado. Cuando terminaron de comer subieron a sus cuartos para no bajar hasta el día siguiente bastante entrada la mañana. El almuerzo fue

tranquilo. Daban a la semilla, sembrada la víspera, tiempo para germinar y dar sus frutos.

La condesa propuso dar un paseo por la tarde. Entonces el conde, como estaba convencido, tomó del brazo a Bola de Sebo y se quedó atrás con ella.

Le habló con ese tono familiar, paternal, un poco desdeñoso que los hombres serios emplean con las ramerías; la llamaba "mi hija querida", la trataba desde lo alto de su posición social, de su honorabilidad indiscutida. Entró inmediatamente en lo vivo del asunto:

—Entonces, ¿prefiere dejarnos aquí, expuestos, así como usted, a todas las violencias que resultarían de una derrota de las tropas prusianas, antes que consentir en una de esas complacencias que ha tenido tan a menudo en su vida?

Bola de Sebo no contestó nada.

Trató de convencerla por la dulzura, por —¿Y sabes, querida? Se podrá jactar de el razonamiento, por los sentimientos. Supo permanecer el "señor conde" mostrándose asimismo galante cuando fue preciso, piropoeador, amable, en fin. Exaltó el servicio que ella les haría, habló de la gratitud de ellos. Luego, pronto, tuteándola alegremente: haber probado una linda muchacha como no encontrará muchas en su país.

Bola de Sebo no contestó y se unió al resto del grupo.

En cuanto estuvo de regreso subió a su cuarto y no volvió a aparecer. La inquietud era extrema. ¿Qué iba a hacer? Si se resistía, ¡qué complicación!

La hora de la comida sonó; la esperaron en vano. Entonces el señor Follenvie entró anunciando que la señorita Rousset se sentía indispuesta y que podían sentarse a la mesa.

Todo el mundo paró la oreja. El conde se acercó al hotelero, y en voz baja:

—¿Ya está?

—Sí.

Por corrección no dijo nada a sus compañeros, pero les hizo solamente una ligera señal con la cabeza. En seguida un gran suspiro de alivio salió de todos los pechos, una viva alegría apareció en los

rostros. Loiseau gritó:

—¡Caramba, pago champaña si lo hay en el establecimiento!

Y la señora Loiseau sintió una angustia cuando el patrón volvió con cuatro botellas en las manos. Todos se habían vuelto súbitamente comunicativos y ruidosos; una alegría chispeante llenaba los corazones. El conde pareció notar que la señora Carré Lamadon era encantadora; el manufacturero dijo piropos a la condesa. La conversación fue viva, jovial, llena de rasgos de ingenio.

De pronto, Loiseau, la faz ansiosa y alzando los brazos, gritó:

—¡Silencio!

Todo el mundo calló, sorprendido, casi asustado ya. Entonces tendió la oreja haciendo "chist" con las dos manos, alzó los ojos hacia el cielo raso, escuchó de nuevo, y agregó con su voz natural:

—Tranquilícense, todo va bien.

No se atrevían a comprender, pero pronto corrió una sonrisa.

Al cabo de un cuarto de hora hizo la misma broma y la repitió a menudo durante la velada; y fingía interpelar a alguien en el piso de arriba dándole consejos de doble sentido, con su ingenio de viajante de comercio. A ratos tomaba un aire triste para suspirar: "¡Pobre muchacha!", o bien murmuraba entre dientes con aire rabioso: "¡Prusiano sinvergüenza!" A veces, cuando ya nadie pensaba en eso, lanzaba con una voz vibrante varios: "¡Basta, basta!" Y agregaba como hablándose a sí mismo: "Con tal que volvamos a verla... ¡que no la mate el miserable!

Aunque esas bromas eran de un gusto deplorable, divertían y no herían a nadie, pues la indignación, como el resto, depende de los ambientes, y la atmósfera que poco a poco se había creado alrededor de ellos estaba cargada de pensamientos maliciosos. En el postre, hasta las mujeres hicieron alusiones espirituales y discretas. Las miradas brillaban; habían bebido mucho. El conde, que conservaba aún en sus desvíos su gran apariencia de gravedad, encontró una comparación muy apreciada sobre los inviernos en el Polo y la alegría de los

náufragos que ven abrirse una ruta hacia el Sur.

Loiseau, lanzado, se levantó con un vaso de champaña en la mano:

—¡Bebo por nuestra liberación!

Todo el mundo se puso de pie; lo aclamaban. Hasta las hermanitas, solicitadas por las señoras, consintieron en mojar sus labios en ese vino espumoso que nunca habían probado. Declararon que se parecía a la limonada gaseosa, pero que, sin embargo, era más fino.

Loiseau resumió la situación:

—Es una lástima no tener piano porque hubiéramos podido bailar una cuadrilla.

Cornudet no había dicho una palabra; no había hecho un gesto; hasta parecía sumido en pensamientos muy graves; y tiraba a veces con ademán furioso su gran barba como si quisiera alargarla aún más. Por fin, a eso de medianoche, cuando iban a separarse, Loiseau, que tambaleaba, le golpeó de pronto el estómago y le dijo farfullando:

—Esta noche usted no está para bromas.

¿No dice nada ciudadano?

Pero Cornudet alzó bruscamente la cabeza y recorrió al grupo con una mirada brillante y terrible.

—¡Les digo a todos que acaban de cometer una infamia!

Se levantó, llegó a la puerta, repitió una vez más:

—¡Una infamia!

Y desapareció.

Primeramente esto produjo una sensación de frío. Loiseau, sorprendido, se quedaba como tonto; pero recobró su aplomo y de golpe se echó a reír, repitiendo:

—Están verdes, mi viejo, están verdes...

Como nadie comprendía, contó los "misterios del corredor". Entonces hubo una repetición de alegría formidable. Las señoras se divertían como locas. El conde y el señor Carré-Lamadon lloraban a fuerza de reír. No podían creer.

—¿Cómo? ¿Está seguro? ¿Quería...?

—Les digo que lo he visto.

—¿Y ella se negó...?

—Porque el prusiano estaba en el cuarto de al lado.

—¡No es posible!

—Lo juro.

El conde se ahogaba. El industrial se comprimía el estómago con las dos manos, Loiseau continuaba:

—Y ustedes comprenden, esta noche no le parece chistosa, pero ni un poquito.

Y los tres volvían a empezar, enfermos, jadeantes.

Después de eso se separaron. Pero la señora Loiseau, que tenía naturaleza de ortiga, hizo notar a su marido en el momento en que se acostaba que "esa mala pécora", la pequeña Carré-Lamadon, se había reído sin ganas, durante toda la noche.

—¿Sabes? A las mujeres, cuando les gusta el uniforme, que sea francés o prusiano les es igual, te aseguro. ¡Si no es vergonzoso, señor Dios!...

Y durante toda la noche en la obscuridad del corredor corrieron como estremecimientos, ruidos leves, apenas sensibles, semejantes a soplos, rozamientos de pies desnudos, crujidos imperceptibles. Y seguramente no se durmieron hasta muy tarde, pues hilos de luz se filtraron durante mucho tiempo por debajo de las puertas. El champaña causa esos efectos; según dicen, turba el sueño.

Al día siguiente un claro sol de invierno hacía brillar la nieve. La diligencia, enganchada por fin, esperaba ante la puerta, mientras un ejército de palomas blancas, engalladas en sus espesas plumas, con ojos rosa manchados en el centro por un punto negro, se paseaban gravemente entre las patas de los seis caballos y se buscaban la vida en la bosta humeante que desparramaban.

El cochero, envuelto en su piel de carnero, encendía una pipa en el pescante, y todos los viajeros, radiantes, hacían empaquetar rápidamente provisiones para el resto del viaje.

Sólo esperaban a Bola de Sebo. Apareció. Parecía un poco turbada, avergonzada; y se adelantó tímidamente hacia sus compañeros, quienes, todos con un mismo movimiento, le volvieron la espalda como si no hubieran reparado en ella. El conde tomó con dignidad

el brazo de su mujer y la alejó de ese contacto impuro.

La fornida muchacha se detuvo, estupefacta. Entonces, empleando todo su coraje, abordó a la mujer del manufacturero con un "buenos días, señora", humildemente murmurado. La otra hizo con la cabeza un pequeño saludo impertinente que iba acompañado de una mirada de virtud ultrajada. Todo el mundo parecía ocupado y se mantenía lejos de ella como si hubiera traído una infección en sus faldas. Luego se precipitaron hacia el coche, donde ella llegó sola, la última, y tomó en silencio el lugar que había ocupado durante la primera parte de la ruta.

Parecían no verla, no conocerla. Pero la señora Loiseau, considerándola de lejos con indignación, dijo a media voz a su marido: —Felizmente, no estoy al lado de ella.

El pesado carruaje se movió y reanudaron el viaje.

Al principio nadie habló, Bola de Sebo no se atrevía a alzar los ojos. Se sentía al mismo tiempo indignada contra todos sus vecinos y humillada por haber cedido, mancillada por los besos de ese prusiano entre cuyos brazos la habían arrojado hipócritamente.

Pero la condesa, volviéndose hacia la señora Carré-Lamadon, rompió de pronto ese penoso silencio:

—¿Usted conoce, según creo, a la señora de Etreilles?

—Sí, es una de mis amigas.

—¡Qué mujer encantadora!

—¡Maravillosa! Una verdadera naturaleza de élite; muy instruida, por otra parte, y artista hasta la punta de los dedos. Canta espléndidamente y dibuja que es una perfección.

El manufacturero conversaba con el conde, y en medio del estruendo de los vidrios surgía a veces una palabra: "Cupones, vencimientos, prima, a término".

Loiseau, que había substraído el viejo juego de cartas de la posada, grasiento por cinco años de roce sobre las mesas mal secadas, empezó una partida de béciga con su mujer.

Las hermanitas tomaron de sus cinturas el

largo rosario que colgaba, hicieron a un tiempo la señal de la cruz y, pronto, sus labios empezaron a moverse rápidamente, apresurándose cada vez más, precipitando su vago murmullo como para una carrera de oremus: y de cuando en cuando besaban una medalla, se persignaban de nuevo y reanudaban su rápido y continuo susurro. Cornudet soñaba, inmóvil.

Al cabo de tres horas de viaje, Loiseau recogió sus cartas:

—Tengo apetito —dijo.

Entonces su mujer alcanzó un paquete bien atado del cual hizo salir un pedazo de ternera fría. Lo cortó limpiamente en rebanadas delgadas y firmes, y ambos se pusieron a comer.

—Si hiciéramos otro tanto... —dijo la condesa.

El conde accedió y ella desenvolvió las provisiones preparadas para las dos parejas. Era, en uno de esos potes alargados cuya tapa lleva una liebre de porcelana para indicar que una liebre en pasta yace ahí abajo, un fiambre succulento, en el cual blancas lagunas de panceta atraviesan la carne morena de la presa, mezclada con otras carnes picadas. Un hermoso pedazo de gruyère, envuelto en un diario, conservaba impreso: "Información general", sobre su pasta untuosa.

Las dos hermanitas desarrollaron un salchichón que olía a ajo: y Cornudet hundiendo las dos manos en los amplios bolsillos de su sobretodo, sacó de uno cuatro huevos duros y del otro un pedazo de pan. Desprendió la cáscara, la tiró bajo sus pies, en la paja, y se puso a morder los huevos, haciendo caer sobre su vasta barba partículas de amarillo claro que allí adentro parecían estrellas.

Bola de Sebo, en la prisa y en el azoramiento de su despertar, no había podido pensar en nada; y miraba exasperada, sofocada de rabia, a toda esa gente que comía plácidamente. Una ira tumultuosa la crispó al principio y abrió la boca para gritarles la verdad con un borbotón de injurias que le subía a los labios; pero la exasperación la ahogaba tanto que no podía

hablar.

Nadie la miraba ni pensaba en ella. Se sentía ahogada en el desprecio de esos honestos canallas que la habían sacrificado primeramente, rechazado luego, como una cosa sucia e inútil. Entonces pensó en su gran cesta llena de cosas buenas que ellos habían devorado golosamente; en sus dos pollos brillantes de gelatina; en sus pasteles, en sus peras, en cuatro botellas de bordeaux; su dolor cayó de pronto como una cuerda demasiado tensa que se rompe, y se sintió a punto de llorar. Hizo esfuerzos terribles, se contrajo, tragó sus sollozos como los chicos, pero el llanto subía, brillaba en el borde de sus párpados, y pronto dos grandes lágrimas, desprendiéndose de sus ojos, rodaron lentamente sobre sus mejillas. Otras las siguieron más rápidas, fluyendo como gotas de agua que se filtran de una roca, y caían regularmente sobre la curva rolliza de su pecho. Ella permanecía erguida, la mirada fija, la faz rígida y pálida, con la esperanza de que no la vieran.

Pero la condesa lo advirtió y enteró con una seña a su marido. Él se encogió de hombros, como para decir: "¿Qué quieres? No es culpa mía". La señora Loiseau tuvo una risa muda de triunfo y murmuró:

—Llora su vergüenza.

Las dos hermanitas habían vuelto a rezar después de haber envuelto en el papel el resto del salchichón.

Entonces Cornudet, que digería sus huevos, extendió sus largas piernas bajo el asiento de enfrente, se echó hacia atrás, cruzó los brazos, sonrió como un hombre que acaba de inventar una buena broma y se puso a silbar la Marsellesa.

Todos los rostros se ensombrecieron.

Seguramente, el canto popular no gustaba a sus vecinos. Se sintieron molestos, irritados y parecían listos a aullar como perros que oyen un organito. Él se dio cuenta y ya no se detuvo. A veces hasta tarareaba las palabras:

Amour sacré de la

patrie,

Conduis, soutiens, nos

tiras vangeurs;

Liberté, liberté chérie,

Combats avec tes
défenseurs.

Huían más rápido, pues la nieve estaba más dura; y hasta Dieppe, durante las largas y tristes horas del viaje, entre el traqueteo del camino en la noche que caía, luego en la oscuridad profunda del coche, continuó con una obstinación feroz su silbido vengador y monótono, obligando a los espíritus cansados y exasperados a seguir el canto de un extremo al otro, a recordar cada palabra que aplicaban a cada nota.

Y Bola de Sebo lloraba siempre. Y a veces un sollozo que no había podido retener pasaba entre dos estrofas, en las tinieblas.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario